

revista del centro de estudiantes de filosofía y letras

# centro

buenos aires  
1 9 5 6

# CENTRO

LAS HERAS 2176

BUENOS AIRES

El Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, afiliado a la Federación Universitaria de Buenos Aires, edita la Revista "CENTRO", cuya aparición, prevista en los estatutos de la entidad, tiene por objeto ofrecer lugar de publicación a los trabajos intelectuales de todos los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras.

Las colaboraciones se seleccionarán de acuerdo a la calidad literaria y pueden versar sobre distintos temas. Se aceptarán ensayos, poesía, cuentos, notas, comentarios bibliográficos, etc.,

Los originales no se devuelven. No se mantiene correspondencia acerca de las colaboraciones recibidas. La responsabilidad de los juicios emitidos queda a cargo de los autores.

## COMISION DE REVISTA

Director: Ernesto Verón

Susana Abelleira

Carlos F. Lafuente

Inés Carretero

María Luz Romero

Esther M. Smud

*Condiciones de suscripción por 3 (tres) ejemplares:*

Argentina . . . . .	30.—	m\$ n
Sud América . . . . .	40.—	m\$ n.
Norte América . . . . .	3	dólares
Número suelto . . . . .	10.—	m\$ n.

La reproducción de los trabajos contenidos en el presente ejemplar sólo será posible mediante autorización previa.

Viñetas de Inés Futen

## CINE UNIVERSITARIO

Se desarrolla en la actualidad un curso de "Realización Cinematográfica", a cargo del prof. Simón Feldman. Las clases teóricas se dictan en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, y las prácticas en estudios de la Compañía Sudamfilm.

En fecha próxima comenzará el curso "Cine experimental", cuatro clases dictadas por el señor Víctor Iturralde que comprenderán: una introducción a la historia de los métodos de expresión cinematográfica, técnicas, etc. y un panorama de las diversas tendencias actuales. En clases prácticas, se trabajará en dibujo directo sobre celuloide o película filmada.

## MUSICA EN LA UNIVERSIDAD

Conciertos programados para octubre:

- 4 de Octubre, en la Facultad de Filosofía y Letras:  
"Música antigua y contemporánea alrededor del bandoneón". En el programa: Concierto para órgano y conjunto de cuerdas, de J. F. Haendel.  
Intérprete: Alejandro Barletta, bandoneón, y quinteto de cuerdas.
- 11 de Octubre, en el Colegio Nacional de Buenos Aires:  
Tercer Concierto del ciclo. "Música para órgano":  
En el programa: "Historia de un coral" (un coral, en ocho versiones, desde J. S. Bach hasta M. Reger).  
Ejecución completa, en 1ª audición, de ocho pequeños preludios y fugas de J. S. Bach.  
Intérprete: Walter E. Rosenberg.
- 18 de Octubre, en la Facultad de Odontología:  
Quinto Concierto del ciclo, de "Música Coral":  
Música coral de Mozart y Schumann.  
Intérprete: Coro del Collegium Musicum de Buenos Aires. Director: E. Leuchter.
- 25 de Octubre.  
Cuarto Concierto del ciclo, "La joven generación americana".  
Compositores de la joven generación argentina.

# CENTRO

NUMEROS ATRASADOS

No. 1. Agotado.	
Nos. 2 - 3 .....	\$ 12.—
Nos. 4 - 5 - 6 - 7 .....	\$ 10.—
No. 8 .....	\$ 5.—
No. 9 .....	\$ 8.—
No. 10 .....	\$ 15.—
No. 11 .....	\$ 10.—

# revista universitaria

Publicación reformista  
por la Universidad  
Argentina

SAN MARTIN 244  
BUENOS AIRES

# CONTORNO

REVISTA - EDITORIAL

DNAL. NORTE 651 (8º) 30 - 2409 BUENOS AIRES

Consejo de Dirección: Ismael Viñas, David Viñas, Noé Jitrik, Adelaida Gigli, Ramón Alcalde, León Rozitchner

## REVISTA (Nos. 1 al 8)

- No. 2 - Dedicado a Roberto Arlt
- No. 4 - Dedicado a Martínez Estrada
- No. 5-6 - Dedicado a la novela argentina
- No. 7-8 - Análisis del peronismo

## EDITORIAL

Noé Jitrik: FERIADOS (poemas)

FILOSOFIA  
LITERATURA

HISTORIA  
LINGÜISTICA

## LIBRERIA VERBVM

VIAMONTE 411

T. E. 31 - 2255

BUENOS AIRES

---

### FONDO DE CULTURA ECONOMICA

INDEPENDENCIA 802 • BUENOS AIRES

NOVEDADES

EDICIONES ARGENTINAS

**Bernardo Canal Feijóo** "Constitución y Revolución" \$ 55.-

**José Luis Romero** "Historia de las Ideas Políticas Argentinas" (2ª edición) . . . . . \$ 38.-

---

### Fragmentos Filosóficos

Karl Barth. - \$ 25.-

### Cristianismo y Revolución Social

Ricardo Shull. - \$ 17.-

### Bosquejo de Dogmática

Sören Kierkegaard. - \$ 19.-

### Revista "CUADERNOS TEOLOGICOS"

Trimestral. - \$ 20.- por año.

---

EDITORIAL Y LIBRERIA "LA AURORA"

CORRIENTES 728

BUENOS AIRES

# IMAGO MUNDI

REVISTA DE HISTORIA DE LA CULTURA

PUBLICACION TRIMESTRAL

Director:

JOSE LUIS ROMERO

Dirección y Administración:

Av. Roque Sáenz Peña 832 - 3º - Of. 309 - Buenos Aires

Distribuidores: Fondo de Cultura Económica, Independencia 802

Casa Cecil

MODAS

Lencería Fina

Cuotas personales

MEDRANO 52

62-4325

Casa Moreno

*librería*

*papejería*

Maipú 229 - Lanús

# Librería Letras

VIAMONTE 472 • 31-2612

**Libros Ingleses  
y Americanos**

Recibidos en exclusividad

# CUCHILLERIA

ARTICULOS FINOS  
PARA REGALOS

# LACUCHI

*agentes lapiceras Escritor*

REPARACIONES DE LAPICERAS A BOLILLA  
TECNICOS ESPECIALISTAS EN COMPOSTURAS  
REPUESTOS DE TODAS LAS MARCAS

GALERIA BELGRANO - LOCAL N. 5  
CABILDO 1849 BUENOS AIRES

# Ricardo Raiteri

*Clases individuales  
de Francés e Inglés*

Guevara 657

Capital

# bar americano

lunch económico

precios especiales

para estudiantes

reconquista 650

# IMPRIMART

S. R. LTDA.

Impresiones  
en Offset

PUNA 3541

91-8529

# SAGITARIO

Revista trimestral  
de Humanidades

DIRECTOR:  
CARLOS SANCHEZ VIAMONTE

FLORIDA 910 - 3° B

Buenos Aires

¿Probó las galletitas

# ORO?

con las propiedades  
del  
trigo integral

## Productos COLOMBINA

ARENGREEN 822

BUENOS AIRES

DONACION

12

**CENTRO**

# CENTRO

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFÍA y LETRAS

PROPIEDAD INTELECTUAL 532608

BUENÓS AIRES • OCTUBRE 1956

## SUMARIO

LEOPOLDO ZEA: El mundo Occidental y el liberalismo como filosofía de expansión .....	Pág.	5
MARIA MOMBRU: Último acto .....	>	24
JORGE RAUL LAFFORGUE: Jirones del quebranto .....	>	30
ALFREDO LETTIS: In Promptu .....	>	32
CESAR MAGRINI: Et ascendit in caelum .....	>	33
Prof. GINO GERMANI: Informe preliminar del Instituto de Sociología sobre las encuestas entre estudiantes universitarios. ....	>	34
RODOLFO MARIO PANDOLFI: Bolivia, Revolución Nacional. ....	>	47
NOE JITRIK: Crónicas de viaje de José Ingenieros. ....	>	54
SAN MARTIN Y VIAMONTE. ....	>	59
Ivonne Bordelois: "El Tango, Mito y esencia", de Tulio Carella; Marcelo N. Abadi: "Feriados", de Noé Jitrik. ....	>	64
PERIFERIA .....	>	64
C. M.: "Acomodos con el cielo", de Beatrix Beck; Sophie Fisher: "Bonjour Tristesse" y "Un certain sourire", de Françoise Sagan; Esther M. Smud: "Caminos de utopía", de Martín Buber. - LIBROS RECIBIDOS. ....	>	71
CINE .....	>	71
E. V. T.: "Antes del diluvio", de André Cayatte. E. V. T.: "Las hijas del mercader de caballos", de Egil Holmsen y el cine sueco. Esther Smud: "La calle de la esperanza", de Carol Reed. E. M. S.: "Le balon rouge", de Albert Lamorisse. E. V. T.: "Un verano con Mónica" de Ingmar Bergman. ....	>	80
REVISTA DE REVISTAS. ....	>	80
C. F. L.: "Diógenes". E. V. T.: "Voz Universitaria" E. V. T. "Revista del mar dulce". ....	>	85
APUNTES. ....	>	85
Ernesto Verón Thirion: Los católicos y la política. H. L.: El heroísmo secreto de Gherardo Marone (A propósito de "Bajo dos dictaduras"). ....	>	

# El mundo Occidental y el liberalismo como filosofía de expansión

## I

En estos días, hace cien años, se estaban reuniendo los miembros del Congreso Extraordinario Constituyente que dió origen a la Constitución de 1857. En esta reunión dieron sus frutos las ideas e ideología que se habían venido debatiendo en México casi al entrar nuestro país en su etapa de independencia política por lo que respecta a la Metrópoli Española. Ideas e ideología que tenían su origen en una filosofía que hasta entonces había sido prácticamente extraña a nuestra realidad; la cual, había sido formada dentro de una filosofía cuya expresión ideológica venía a ser como las antípodas de esa filosofía, llamada en su conjunto, Liberalismo. Filosofía que es algo más que una doctrina definible: un modo de sentir y vivir la vida, una concepción del mundo. Del liberalismo en general ha dicho Harold J. Laski que es tanto una doctrina como un modo de ver. "No es fácil describirlo —dice—, y menos definirlo, pues apenas si es menos un hábito mental que un cuerpo doctrinario". Pues bien, es este hábito mental, este modo de ver el mundo, el que se encontraba en las antípodas de la realidad mexicana al iniciarse su etapa de independencia política.

Los mexicanos, como los hispanoamericanos en general, habían sido formados en otras doctrinas, dentro de otros hábitos y modos de ver el mundo. Esos hábitos, doctrinas y modos de ver el mundo que, precisamente en Europa, habían tenido que retroceder ante las nuevas doctrinas, hábitos y modos de ver modernos que dieron origen a ese mundo que ahora llamamos Occidental. Los mexicanos, tal y como veremos con mayor detalle más adelante, despertaron a la vida inde-

pendiente dentro de un mundo que marchaba por caminos que eran los opuestos de aquellos en los cuales habían sido enseñados a marchar. Al organizarse y tratar de constituirse en pueblo o nación independiente, se dieron cuenta de que tenían que hacer violencia sobre sí mismos para adaptarse al ritmo que seguía el mundo moderno, para no quedar atrás de él, para no quedar, como lo mostraban ya signos inequívocos, en calidad de simple campo de expansión de ese mundo que llegaba a su apogeo en el siglo XIX.

*Por ello se trató de completar la tarea de los llamados emancipadores políticos con otra forma de emancipación: la emancipación mental. Emancipación mental*, será este el nombre con que se inicia la labor de nuestros llamados liberales, de los liberales mexicanos. No bastaba la independencia política, era menester completar ésta con una emancipación mental. Esto es, era menester cambiar los hábitos y costumbres de los mexicanos, sus doctrinas sociales y políticas, su modo de ver el mundo. Por ello nuestro liberalismo tomó desde sus inicios caracteres pedagógicos, educativos. El libro y la escuela tenían que completar la obra de lo que habían logrado la espada y la guerra. Pero un libro y una escuela que continuamente tenían que recurrir a la ayuda de la espada y la guerra para no ser aniquilados por los viejos hábitos y costumbres, las viejas doctrinas y modos de ver impuestos a los mexicanos a través de tres siglos de dominio colonial de España. Por ello también nuestros liberales actuaron con el libro en una mano y la espada en la otra, creando escuelas y haciendo la guerra. Fueron a la vez pedagogos y guerreros, hombres de letras y políticos de acción ejecutiva.

¿Su ideal? ¿Su meta? Hacer de México una nación moderna. Esto es, una nación semejante a las que habían surgido en el Mundo Moderno. Una nación como la Inglaterra de los parlamentos y la revolución industrial; una nación como la Francia de la Revolución que reclamaba para todos los hombres la libertad, la igualdad y la fraternidad; o una nación como la vecina llamada de los Estados Unidos de Norte América que había hecho posible en América la primera República Liberal. Una nación en fin, en la que se combinase la libertad de los individuos con la felicidad material de toda la sociedad que la compusiese. Nuestros liberales aspiraban a establecer en México las instituciones que habían hecho posible el crecimiento de esas nacionalidades modernas, y los instrumentos materiales que habían afianzado ese crecimiento. Con libros y escuelas iban a formar los hombres aptos para las instituciones liberales y para el trabajo que somete a la naturaleza y la hace servir al hombre. La espada y la guerra no

serían otra cosa que instrumentos de transición, necesarios para derrotrar a los seguidores de las viejas doctrinas, a los que no podían desprenderse de los hábitos y costumbres que les había impuesto la Colonia. Su ideal fué incorporar a México en lo que las grandes naciones modernas llamaban la ruta del progreso, luchando con todas sus energías contra los agentes de los que aspiraban a mantener los hábitos y costumbres impuestos por la Colonia; contra los que aspiraban a que México siguiese siendo una Colonia aunque no dependiese ya políticamente de España. En otras palabras, luchando contra las fuerzas del retroceso.

## II

*¿Y el mundo Occidental?* ¿Cuál era la actitud de estas naciones modernas que servían a México y a Hispanoamérica de modelo? ¿Cómo podían ver el afán de pueblos como el nuestro por incorporarse a la llamada ruta del progreso? Para entender los puntos de vista de este mundo sobre pueblos como el nuestro, será menester, previamente, tratar de entender, comprender, su espíritu: esos hábitos mentales, puntos de vista y concepción del mundo que hicieron del Mundo Occidental lo que era y aún es en nuestros días. Este Mundo se presentó entre nuestros pueblos como el abanderado de dos de las más grandes conquistas de la historia de la humanidad: la libertad y el *comfort* material. El Mundo Moderno, el llamado Mundo Occidental, mostró al mundo en general lo que se puede hacer en un mundo de hombres libres y la felicidad que se puede alcanzar en este mismo mundo si se sabe cómo dominar a la naturaleza. Con la una y con la otra los hombres podían alcanzar los mayores dones a que puede aspirar el hombre en este mundo: la meta parecía ser un mundo de hombres libres y ricos. La libertad y la riqueza material eran los dones que ofrecía el Mundo Moderno al resto del Mundo. Todos los hombres podían ser libres y, por ende, iguales: la libertad y la riqueza estaban al alcance de todos los individuos, de todos los pueblos. Las naciones modernas eran un ejemplo de esa libertad y riqueza.

Eran las mismas naciones que habían venido recriminando a España por la expoliación que realizaba sobre sus colonias; las mismas naciones que habían condenado y condenaban a la "España Negra" que había traído a sus colonias el despotismo político y la superstición religiosa. Eran las mismas naciones que en nombre de la libertad daban a los libertadores hispanoamericanos toda clase de ayuda material, incluyendo almirantes, oficiales y consejeros militares para su pronta emancipación de la Metrópoli Española. Eran las mismas naciones

que ayer, en nombre de la libertad de los mares habían vengado a los sufridos indígenas, que habían muerto en las minas de oro y plata, hundiendo los barcos que conducían estas riquezas para quedarse con ellas y ensanchar así el camino que conduce a los pueblos hacia el progreso. Sin embargo, cosa sorprendente para los mexicanos e hispanoamericanos, una vez alcanzada la emancipación política frente a España, los mismos pueblos, las mismas naciones que les habían servido de estímulo, les hacían reclamos que resultaban sorprendentes. La ayuda prestada tenía un precio que había de pagarse en concesiones sobre las riquezas naturales de las nuevas naciones independizadas. Exigencias que si bien sorprendían a los neófitos de las nuevas ideas en hispanoamérica, tenían su justificación moral dentro de los puntos de vista de los representantes del Mundo Moderno.

En efecto, en este Mundo Moderno, los individuos, como las naciones, son el producto de su propio esfuerzo. Los hombres y naciones se hacen a sí mismos; son el producto palpable de su propia libertad. Todos los hombres y naciones son iguales; no hay nada en el pasado que pueda establecer la desigualdad. La desigualdad se hace patente en el futuro, en la marcha hacia el progreso. Es en esta marcha donde los individuos y las naciones muestran sus capacidades e incapacidades. Hay naciones, como individuos, aptos para alcanzar el progreso con lo que el mismo significa de libertad y bienestar material; pero hay también naciones e individuos que muestran, por el contrario, su incapacidad para alcanzar estos bienes. La desigualdad es así un producto de la capacidad o incapacidad de los individuos y naciones para el logro de los bienes que pueden hacer su felicidad. Poco, o ningún aprecio siente el moderno por los individuos o pueblos que no han podido alcanzar, por sí mismos, la libertad y no son capaces de dominar su naturaleza para explotarla y aprovechar sus frutos. No comprenden, ni intentan comprender, las razones por las cuales otros individuos o pueblos tropiezan con dificultades en su adaptación al nuevo mundo. Para el moderno esas dificultades no son sino señales de incapacidad. Incapacidad que elimina de hecho a esos pueblos e individuos y justifica la actitud que frente a ellos tomen pueblos o individuos que han mostrado su capacidad para entrar en el camino del progreso.

La riqueza de las naciones y el bienestar de los individuos depende así de la capacidad de estos para el logro de los mismos. "Todo hombre —ha dicho, Adam Smith— está por la naturaleza, primaria y principalmente, recomendado a su propio cuidado". El bienestar social y la riqueza nacional tienen su origen en ese cuidado que de sus

propios intereses toman los individuos. Lo que el individuo realiza en su beneficio particular se transforma en beneficio social. El individuo no puede querer para la sociedad nada que no quiera para sí mismo, puesto que es parte de la sociedad. La moral kantiana toma en Adam Smith actitudes prácticas. El individuo, libremente, atendido tan solo a su "deber ser", daba origen al nuevo mundo con sus riquezas y bienestar. El mundo en el que los grandes negociantes, los grandes comerciantes y, poco más tarde, los grandes industriales, eran los benefactores de la sociedad. Negociantes, comerciantes e industriales frente a los cuales no podría haber otra traba que la de su propia conciencia: el hecho de que no podrían querer para la sociedad nada que no quisieran para ellos. Y como para ellos lo que quieren es riqueza y bienestar; la nación entera tendría, como natural consecuencia, esta riqueza y bienestar.

Frente a estos hombres y naciones amantes del progreso estarán, entonces, los hombres y naciones que no se han esforzado o se esfuerzan por alcanzar su propio bienestar y riqueza. Hombres que se consideran a sí mismos como creadores de su propia riqueza y bienestar al mismo tiempo que creadores de la grandeza de su nación, no sentirán simpatía alguna por hombres y naciones que no han hecho de esa riqueza y bienestar material la meta de su existencia, o, que por su propia formación y situación social tropiezan con dificultades para alcanzarlos, como sucede con los pueblos hispanoamericanos. En su marcha ascendente las naciones modernas se tropezarán con pueblos pobres en esos bienes por ellas estimados; pueblos que no les merecerán ninguna consideración, como no se las merecían sus propios individuos cuando no se adaptaban a la marcha del progreso. Esta ideología se hace patente en el liberalismo de que fueron abanderadas las grandes naciones modernas, el Occidente. De él ha dicho Laski lo siguiente al analizar su doctrina: "El Liberalismo siempre ha estado afectado por su tendencia a considerar a los pobres como hombres fracasados por su propia culpa".

Los pobres, pueblos o individuos, tienen, por supuesto, un lugar en la sociedad moderna; pero un lugar especial: el de subordinados. Subordinación que no es otra cosa que el producto de su propia libertad, de su incapacidad para ser algo más que subordinados. Ya Locke, el gran filósofo inglés al que se puede reputar padre del liberalismo moderno, separaba a la sociedad en dos grandes partes: la de los ricos y la de los pobres, señalando a cada una su misión en la sociedad. El filósofo que hablaba de la ciencia como instrumento al servicio del hombre para conquistar la naturaleza, nos dice también

que "los conocimientos y la ciencia en general son privilegio sólo de quienes disponen de medios y tiempo"; esto es, de los que ya poseen los medios o bienes necesarios y, con ellos, el mínimum de ocio que es menester para adquirir la ciencia emancipadora y creadora de la riqueza. Por eso aquellos que poseen los medios y el tiempo que son necesarios para adquirir los conocimientos y la ciencia en general son los hombres destinados al gobierno, a la dirección de una sociedad que alcanzará su bienestar y riqueza en la medida en que ellos los alcancen. A los otros, a los pobres, a los que no han podido escapar a las circunstancias que los limitan, a esos sólo les queda la obediencia piadosa y útil. Lo que se dice para los individuos vale también para los pueblos que no han sabido escapar a su miseria. Y el mundo entero, a excepción hecha de los pueblos que formaron el llamado Mundo Occidental, estaba formado por pueblos que se habían empeñado en mantener otros valores que los considerados como tales por los modernos, o, porque habían llegado demasiado tarde en la carrera hacia el progreso, como los pueblos hispanoamericanos.

*Sobre todos estos pueblos no occidentales mantendrían los pueblos occidentales su derecho a la expansión.* Una expansión que lejos de ser repelida o resistida debería ser aplaudida porque representaba la incorporación de los pueblos no occidentales al mundo moderno. Incorporación en la cual, a la postre, recibirían parte de ese bienestar y riqueza si en la nueva situación mostraban su capacidad para alcanzarlos. De aquí el empeño de los pueblos modernos por ayudar a la emancipación política de los pueblos como los hispanoamericanos frente a la *Metrópoli Española*. El mismo empeño que vemos repetirse en nuestros días con Norte América alentando los esfuerzos de emancipación política de los pueblos del norte de Africa frente a Francia. Por supuesto, una vez alcanzada esta emancipación política, de la capacidad de los pueblos emancipados para adaptarse al orden liberal dependerá su situación en el mismo. Un orden en el cual triunfan los mejores, los más hábiles. Un orden basado en la libre competencia en todos los órdenes. Un orden para el cual no tiene sentido hablar de los impedimentos que para la adaptación al mismo signifiquen la formación en otro que le puede ser antitético, como sucedía con pueblos hispanoamericanos como México. El Mundo Moderno no iba a esperar la readaptación de estos pueblos a las nuevas circunstancias; quiera que no, habían entrado en un orden basado en la libre competencia y tendrían que aceptar las consecuencias de la misma. Gracias a la libre competencia habían surgido naciones poderosas como Inglaterra, Francia y los Estados Unidos; las nuevas naciones hispano-

americanas, una vez rotos los lazos que las mantenían con el pasado, tenían ahora la oportunidad de participar en esa competencia. Eran libres, absolutamente libres, para hacerlo. De ellas, de su capacidad dependía ahora su puesto en el nuevo mundo. Un puesto que tenían que conquistar luchando por sus intereses e imponiendo éstos por encima de intereses que les fueran ajenos. Era este el resorte que había hecho el progreso en el mundo. Las naciones recién emancipadas, por el sólo hecho de su emancipación política, parecían adquirir esa su-puesta igualdad que había sido el punto de partida de los hombres que habían hecho las naciones modernas. Las nuevas naciones hispano-americanas, liberadas del pasado representado por la Metrópoli Española, eran ahora iguales, semejantes, a las grandes naciones modernas. Establecida la igualdad su segundo paso era participar en la competencia que iba a establecer las nuevas y necesarias desigualdades.

Eran estos los mismos puntos de vista, la misma ideología, que las sociedades modernas tenían sobre su propio orden interno. Un orden, ya lo hemos visto, dividido en ricos y pobres. Ricos y pobres, hombres iguales por naturaleza, pero desiguales por su capacidad para acumular riqueza y obtener bienestar. Igualdad ideal que justificaba una desigualdad real. Igualdad ficticia que justificaba los resultados de una competencia desigual. El pobre, el hombre que no pertenecía, ni había pertenecido, a esa clase media que había dado origen a la burguesía que ahora imponía sus puntos de vista al mundo, nada podía hacer con la declaración que le decía que él era igual a todos los hombres, si carecía de medios materiales con que hacer valer esta igualdad frente a los individuos que tenían sobra de ellos. Una igualdad ficticia puesto que en la competencia a que se le sometía no tenía otros medios para luchar que sus propias fuerzas físicas mientras su opositor poseía ya los instrumentos materiales, técnicos, medios de producción, que había acumulado y le habían permitido triunfar sobre las viejas fuerzas representadas por el feudalismo y la Iglesia. Una clase que había podido destruir el viejo orden medieval no estaba, en forma alguna, en relación de igualdad con las clases que no tenían otro bien que su capacidad de trabajar que podía ser contratada o no. En igual forma, los recién emancipados pueblos hispanoamericanos se encontraban en un alto plano de desigualdad material cuando al incorporarse el Mundo Moderno se vieron obligados a participar en una competencia para la cual estaban en desventaja. Pueblos que no poseían otra riqueza que su afán por alcanzarla se veían obligados a competir con pueblos que habían ya acumulado suficientes riquezas. Pueblos que empezaban por reeducarse para adaptarse al mundo moder-

no, tenían que competir con pueblos que habían hecho este mundo. Por ello la competencia, desde sus inicios, tuvo que ser una competencia desigual. Una competencia entre pueblos ricos y pueblos pobres. Entre pueblos que estaban llegando al apogeo de su expansión económica y política y pueblos que aspiraban a seguir los pasos de los primeros. En realidad, la aparición de pueblos como el nuestro, que aspiraban a transformarse en naciones modernas, vinieron a ser un reto para las naciones que ya se habían establecido. Un reto a su incontenible afán de enriquecimiento que podía ser mermado si las nuevas naciones obtenían éxito siguiendo su ejemplo. El Mundo Occidental llevaba, en el siglo XIX, su expansión sobre el mundo a su máximo. En este Mundo no había ya lugar para el enriquecimiento de otras naciones, ni posibilidad de acuerdo ninguno para su reparto. Si las nuevas naciones querían prosperar, no les quedaba otro camino que participar en esa competencia, para la cual, estaban, desde su inicio, perdidas

De otro lado, la incapacidad de nuestras nuevas naciones para entrar en una competencia para la cual carecían de medios, venía a justificar la expansión que sobre ellas se realizase, con argumentos que poco se diferenciaban de los usados para justificar la expansión del Mundo Occidental sobre los pueblos del cercano y lejano Oriente, el Africa y la Oceanía. Ni a México, ni a ninguna de las nuevas naciones independientes se les reconocería el carácter de naciones, con todo lo que la idea de nación implicaba en sus relaciones con otras como lo es la de la soberanía. No, estos pueblos estaban definitivamente al margen de la Modernidad, al margen del Progreso. Su incapacidad para entrar en él por el único camino, el de la competencia, había mostrado su situación marginal. Sólo la acción de las naciones modernas sobre estos pueblos marginales podría lograr su incorporación a la órbita del progreso del cual eran abanderados. Así, en nombre de la libertad y del progreso, en nombre de la civilización, iban a quedar justificados impactos sobre la América Hispana como la intervención de los Estados Unidos en México en 1847 y los numerosos atentados contra la soberanía de los pueblos hispanoamericanos realizados por Inglaterra y Francia en años anteriores y los siguientes. Impacto que habrá de culminar en la gran expansión económica de estas naciones, —del Occidente—, sobre Hispanoamérica.

### III

El enriquecimiento, con cada vez menores trabas, de la clase que había de originar el Capitalismo Moderno sobre las espaldas de las clases más débiles de sus propias naciones, amenazaba con terminar

en un desastre económico, político y social, si no se buscaba una salida a esta explotación. La pobreza de los más débiles amenazaba con detener el crecimiento de la riqueza de los considerados como mejores e, inclusive, con sumirlos en una nueva miseria. Poco o nada se podía sacar de un pueblo cada vez más explotado. La idea de que la búsqueda de la riqueza por sí misma llevaba aparejada el bienestar social fué pronto puesta en duda en los países, como Inglaterra, en los cuales esta idea había sido puesta en práctica. Los trabajadores del campo y de la ciudad empiezan a ver con desconfianza las doctrinas de un grupo que en nombre de un supuesto progreso de la sociedad por el camino de la libre competencia va sumiendo en la miseria a los grupos que no forman parte de esa nueva élite de negociantes y comerciantes. No pueden ver con simpatía a una clase cuya doctrina viene a justificar el sacrificio del consumidor y del obrero para el logro de mayores ganancias que sólo a esa clase aprovechan. Los grupos sociales que no tienen más mercancía que ofrecer que su trabajo, han apoyado la revolución liberal por lo que contiene de libertad teórica y de respeto a la dignidad de la persona; pero no están ya de acuerdo en las consecuencias de una libertad que permite la explotación de unos grupos sociales sobre otros a partir de una igualdad que de hecho no existe. La libre competencia social no era entre iguales, salvo teóricamente, sino entre desiguales económica, política y socialmente. Mientras unos no tenían otra cosa que su trabajo, los otros eran poseedores de los instrumentos de los mismos, de la riqueza para acumularlos y de la protección estatal que los consideraba como benefactores sociales. Laski ha dicho refiriéndose al liberalismo que justificaba esta desigualdad real partiendo de una igualdad ideal, que esta actitud siempre "ha sufrido por su inhabilidad para darse cuenta de que las grandes posesiones significan poder sobre los hombres y mujeres lo mismo que sobre las cosas. Siempre ha rehusado ver cuán poco significado existe en la libertad de contrato cuando está divorciada de la igualdad en la fuerza de negociación". Por ello, casi desde los inicios del surgimiento de la burguesía occidental, los grupos más débiles iniciaron su oposición a un tipo de libertad e igualdad que tan sólo iba en contra de sus ya raquíticos intereses.

La Revolución Industrial iniciada en el siglo XVIII en Inglaterra vino a representar uno de los mayores impulsos dados a la ascendente marcha de la burguesía occidental. La Revolución Industrial significó mayor producción y, con ella, mayores ganancias. Sin embargo, en sus inicios, en la experiencia que se hizo en Inglaterra en la primera mitad del siglo XIX, sus resultados aparecieron como negativos. Lejos

de llevar el bienestar social y el enriquecimiento nacional, sólo llevó la desocupación y, con ella, la miseria. Como señala Fritz Sternberg en su libro *¿Capitalismo o Socialismo?* esto se debió a que la expansión de la burguesía en la forma por ella originada, el Capitalismo, se realizó sobre los propios nacionales. Fueron las clases más débiles de Inglaterra las que se vieron forzadas a pagar el precio que significaba la industrialización y formación de capitales. “Esta expansión —dice Sternberg— se hizo principalmente a expensas de las formas precapitalistas de producción en el interior del país. El resultado fué una crisis que amenazó con frenar la marcha del mismo capitalismo que la había originado. Una masa con una mayoría de desocupados y empobrecida no podía ser un buen mercado para los productos alcanzados por esa industrialización del país. Por ello Inglaterra buscó la salida exterior. Esta salida se la dieron sus colonias, las que le abastecían de materias primas y, que ahora, iban a servir también de mercados para dar salida a sus productos. Los hombres de estos pueblos iban a cargar ahora con el precio que era menester pagar para lograr la grandeza y enriquecimiento de la nación inglesa. El bienestar económico y social ofrecido a los miembros de esta nación iba a ser posible apoyándolos en los sacrificios que para el logro de los mismos iban a ser impuestos a los pueblos de Asia, Africa y otras regiones del mundo. Pronto Francia y los Estados Unidos seguirían esta útil práctica que iba a permitir la etapa de prosperidad que se hizo patente en los pueblos occidentales en la segunda mitad del siglo XIX. Esa prosperidad anhelada también por las naciones nuevas como la nuestra y que se hace patente en la acción de nuestros liberales.

La expansión del Capitalismo Occidental se amplió a las naciones que, siguiendo su ejemplo, trataban de surgir pero carecían de instrumental industrial. “En países como la Gran Bretaña —dice Sternberg—, donde estaba ya bien desarrollado, la destrucción de las formas precapitalistas se realizó rápidamente, de modo que el capitalismo no tardó en ser la única forma prevaeciente de producción, en tanto que en los países donde su desarrollo había sido tardío, por ejemplo, en las naciones europeas, en particular en las de Europa occidental y central, llegó rápidamente a serlo. Esto es válido sobre todo en lo que se refiere a Alemania”. “Hacia el año 1850, el capitalismo penetró en países que apenas si habían desarrollado su industria, pero que, al paso que creaban sus sistemas capitalistas, conservaban su independencia política, por ejemplo, Rusia y el Japón”. “Penetró asimismo en zonas incapaces de conservar su independencia política y que se convirtieron en colonias de las potencias imperialistas (princi-

palmente europeas), por ejemplo, en amplias regiones de Asia y África. Así en esas regiones, los intereses de las "madres patrias" capitalistas decidieron la conveniencia de ese desarrollo y el grado mismo". "Por aquel entonces, el capitalismo se había desarrollado también en zonas escasamente pobladas, en particular en los Estados Unidos, pero también en el Canadá y en otras colonias "blancas"; es decir, en países en que no era preciso destruir considerables vestigios feudales y precapitalistas para que se estableciera el nuevo sistema". A lo presentado por Sternberg habrá que agregar los países hispanoamericanos y el Brasil. En los primeros, una vez rota la unidad y dependencia política de los mismos con el Imperio Español, se inició la penetración económica sobre estos países hasta subordinarlos a los intereses de los países que se fueron convirtiendo en cabezas del Imperio capitalista.

La expansión del Capitalismo Occidental sobre el mundo no occidental, detuvo el peligro que se hizo patente en las primeras etapas de su crecimiento en Inglaterra. Este crecimiento no iba ya a realizarse a costa de los propios nacionales, otros pueblos pagarían el costo del mismo. La prosperidad profetizada iba a ser un hecho, pero no para todos los pueblos del mundo; tan sólo para un grupo privilegiado de ellos y, dentro de ellos mismos, a un grupo relativamente amplio de los miembros de las naciones que habían originado las nuevas formas de vida económica, política y social. El Capitalismo representó un gran progreso para los países de que era originario, no así para los pueblos que sufrieron su impacto y pagaron la llamada gran prosperidad a que se decía estaba llegando el mundo. "Todo este indiscutible progreso económico del capitalismo es sólo un aspecto de la situación —sigue diciendo Sternberg—, dado que el progreso no se llevó a cabo de un modo uniforme en el mundo entero. Por el contrario, frente al prodigioso progreso de los centros capitalistas —de aquellos a los que se suele llamar "*madres patrias*", aunque su papel diste mucho de ser "*maternal*"— fué muy poco lo que adelantaron, cuando no entraron en decadencia, los países que los primeros habían convertido en sus colonias o que dependían, más o menos, de sus decisiones desde el punto de vista político, económico y financiero". "El progreso capitalista provocó un aumento considerable de los ingresos nacionales de los centros capitalistas, pero ni de lejos uno que se les aproximara en los países coloniales y semicoloniales, ni siquiera un mejoramiento iniciado en este caso, a un nivel mucho más bajo. Por el contrario, la diferencia entre los centros capitalistas metropolitanos y sus dependencias coloniales y semicoloniales aumentó de una manera considerable". A esta desigualdad se le dieron diversas justificaciones; en-

tre otras, como veremos más adelante, las raciales. Lo cierto es que el Capitalismo basó su propia prosperidad en la miseria de otros pueblos que no podrían minarla, como sucedía apoyándose en la explotación de sus propios pueblos. "La velocidad del progreso imperialista del capitalismo —agrega Sternberg— se basó, hasta cierto punto, en la explotación de los pueblos coloniales y semicoloniales y, por consiguiente, la desproporción entre el nivel de vida de ambos grupos se acentuó más aún". Pero hay más, esta acentuación de diferencias en el nivel de vida entre, metrópolis y colonias o semicolonias se convirtió en un programa racional, consciente: la prosperidad de unos dependería siempre de la incapacidad de los otros para vencer su miseria. Por ello los pueblos del Mundo Occidental, se opusieron, con todos los medios a su alcance, a la incorporación de otros pueblos a ese mundo de prosperidad de que se decían autores; no aceptaron a otros pueblos dentro de su orden en otra situación que no fuese la de explotados. Por ello señala también Sternberg que "el desarrollo capitalista de los centros metropolitanos se aceleró, en parte, gracias a que se impidió el desarrollo industrial de los países coloniales, o a que se le hizo deliberadamente más lento cuando no se le pudo impedir del todo". Así, fué como se impidió a otros pueblos no occidentales la igualdad, de la cual se decía campeón el Occidente, para poder participar en un orden basado en la llamada libre competencia.

Para entorpecer la incorporación de los pueblos no occidentales en otro plano que no fuese el de subordinados, los representantes del Capitalismo Occidental no tuvieron empacho en establecer alianzas con lo que llama Sternberg representantes del feudalismo de los países coloniales o semicoloniales. "Les fué necesario a los imperialistas —dice Sternberg— buscar entre la población colonial aliados en quienes pudieran confiar. Como la única esfera social en que podían encontrar dichos aliados eran las antiguas clases feudales gobernantes, el imperialismo comenzó a prestarles su apoyo y, en los lugares en que se había iniciado su decadencia, fomentó inclusive su resurrección". De esta forma las mismas fuerzas contra las cuales había combatido el mundo moderno se transformaron en aliados de sus exponentes para evitar el reparto de una prosperidad y bienestar que era menester monopolizar. "Esta alianza —dice Sternberg— tuvo ciertos resultados económicos importantes: retardó considerablemente el desarrollo industrial y económico en general en los imperios coloniales". De esta manera, los países que representaban la modernidad lejos de apoyar a los pueblos que trataban de incorporarse a ella se aliaron con los opositores criollos de esta incorporación. Las viejas fuerzas enemigas del

progreso que fueron vencidas en el Occidente, fueron estimuladas por éste en otros pueblos donde habían desaparecido o se encontraban en trance de serlo. Caciques y tiranuelos fueron apoyados en Asia, África y la América Latina. En México, los grupos conservadores, enemigos del progreso liberal, buscaron su apoyo y lo buscaron en pueblos que se presentan, a sí mismos, como abanderados de todas las libertades y progresos. El Occidente buscaba así el ahorro del sufrimiento de sus nacionales en la llamada marcha hacia el progreso, haciendo que pagasen por ellos otros pueblos del mundo. Por ello Nehrú ha podido decir: "El costo en sufrimiento humano se pagó... y lo pagaron plenamente otros, en particular el pueblo de la India, tanto con el hambre y la muerte, como con una extensa desocupación. Puede decirse que gran parte de los costos de la transición al industrialismo en la Europa occidental fueron pagados por la India, por China y por otros países coloniales, cuya economía era dominada por potencias europeas".

#### IV

¿Pero había alguna filosofía para justificar esta expansión y el sacrificio a que se sometía a los pueblos no occidentales para el logro del llamado progreso y prosperidad del Mundo? Sí, desde luego, esa filosofía de la cual hemos hecho ya un anticipo. Esa filosofía que partiendo de la idea de la igualdad de todos los hombres afirmaba a continuación la más difícil de vencer de las desigualdades. Todos los hombres son iguales por el ingenio o la razón. había dicho el padre de la Modernidad, Renato Descartes; pero diversos por una serie de circunstancias accidentales, ajenas a esa esencia del hombre. Pues bien, va a ser lo accidental, lo que debería ser circunstancial, lo que determina la desigualdad a pesar de esa esencia de lo humano. Todos los hombres son iguales, semejantes; pero, resultaba que algunos se habían formado en un país y no en otro, dentro de un ámbito cultural y no en otra; habían sido educados por un determinado o determinados maestros y no por éste o estos otros. Estos ya planteaban dificultades graves: no era fácil que hombres educados en un determinado modo de vida pasasen rápidamente a otro que les era ajeno. Tal era nuestro caso, así lo vieron nuestros liberales. Sin embargo, era esta una cuestión de educación que podía ser resuelta a pesar de las dificultades.

Pero más grave que esto era el haberse encontrado con un cuerpo físico y no otro. El que a ese ingenio o razón en lugar de habitar en un cuerpo blanco, de pelo rubio y ojos azules, le hubiese tocado la desgracia de habitar en un cuerpo negro, moreno, cobrizo o amarillo de

pelo y ojos distintos a los de los blancos. Esto era, desde luego, un accidente; algo ajeno a ese ingenio o razón que hacía iguales a todos los hombres; pero un accidente mortal. Porque ese ingenio o razón nada podía hacer dentro de un cuerpo que no llenaba las cualidades de los cuerpos de los hombres que habían inventado las nuevas técnicas y habían logrado expandirse por el mundo. La desigualdad se presentaba así dentro de un determinismo ineludible. La realidad había demostrado que había razas superiores e inferiores. Esta superioridad se había hecho patente en los resultados de la lucha en ese campo de lo que llamaban libre competencia. Los pueblos que habían sufrido el impacto de los pueblos occidentales no habían podido resistirlo. La superioridad de los occidentales se había hecho inmediatamente patente.

Pero había más, ni siquiera el ejemplo, ahora dado en sus propias tierras por los invasores había ayudado a transformarlos. Poco o ningún interés habían mostrado estos pueblos por adaptarse al nuevo mundo. En los Estados Unidos los naturales se negaban a dar paso libre a las caravanas y a los ferrocarriles empecinándose en vivir de la caza dentro de una llanura que no era de nadie en particular. Las tribus africanas oponían semejante oposición al avance del blanco y su progreso, dentro del cual les tocaba el papel de esclavo. Lo mismo sucedía en la India, China, los países árabes y todos los pueblos que no entendían el nuevo modo de vida con sus implicaciones expansivas. Los puertos de Japón y China habían sido obligados a abrir sus puertas a cañonazos para hacerlos recibir los productos elaborados por las naciones modernas y obligarlos a vender las materias que necesitaban para la elaboración de otros. Así, esta incapacidad para comprender otros modos de vida que no eran los suyos, estas resistencias a formar parte de un orden que no era el suyo y en un puesto que no habían elegido, debían tener su origen en algo más que diferencias culturales. Debía tener su origen en una incapacidad física, natural, biológica. Algo tendría que ver con ello el color de su piel, los rasgos de su rostro; algo frente a lo cual carecía de sentido esa supuesta igualdad de todos los hombres.

Por ello, la filosofía del liberalismo que habla de libre competencia entre semejantes, se transforma, poco a poco, en esa filosofía de la cual fué exponente el positivismo y en forma más concreta el darwinismo. La libre competencia se transforma en lucha por la vida, el más hábil es el más fuerte, lo mismo en el reino animal que en el del hombre, que no es sino un animal evolucionado. Era dentro de ese diverso grado de evolución del animal hasta el hombre donde se podía llegar

*debe ser el Darwinismo social.*

a explicar las diferencias entre los hombres. Los hombres son *iguales*, pero *distintos*; y lo predominante va a ser aquí la distinción basada en elementos físicos. Distinción que acabará por negar a otros hombres que no posean los rasgos propios del colonizador el carácter mismo de hombres, con lo cual queda resuelto el problema moral que podría implicar la imposición de una desigualdad entre iguales.

La desigualdad racial llevará a la negación de la humanidad de los unos por los otros. Esos seres tan desemejantes por la piel, sus hábitos y costumbres, deberán ser otra cosa que hombres. Simplemente cosas, objetos de dominio como lo son los objetos que forman el mundo natural que va a ser objeto de explotación. "Cuando nosotros los occidentales —dice Arnold Toynbec— llamamos a ciertas gentes *indígenas* borramos implícitamente el color natural de nuestras percepciones de ellos. Son para nosotros algo así como árboles que caminaran, o como animales selváticos que infestaran el país en el que nos ha tocado toparnos con ellos. De hecho los vemos como parte de la flora y fauna local, y no como hombres con pasiones parejas a las nuestras; y, viéndolos así como cosa infra-humana, nos sentimos con título para tratarlos como si no poseyeran los derechos humanos usuales. Son meramente *indígenas* de las tierras que ocupan, y ningún período de ocupación puede ser suficientemente largo como para hacerlos dueños de ellas por prescripción adquisitiva alguna. Su tenencia es tan provisional y precaria como la de los árboles de la selva que el *pionero* occidental derriba o la de las piezas de caza mayor sobre las que dispara. ¿Y cómo tratarán los *civilizados* señores de la creación a las piezas humanas cuando a su debido tiempo acudan a tomar posesión de la tierra que, por derecho de dominio eminente, es irrevocablemente suya? Tratarán a estos *indígenas* como sabandijas por exterminarse, o como animales domesticables a los que convertirán en cortadores de leña y acarreadores de agua?... "Todo está implícito en la palabra *indígenas*... —sigue diciendo Toynbee—. El vocablo no es evidentemente término científico sino instrumento de acción; justificación *a priori* de un plan de campaña... En suma, la palabra *indígena* es un vidrio ahumado que los observadores occidentales contemporáneos se colocan ante los ojos cuando miran hacia el resto del mundo, a fin de que el halagador espectáculo de una superficie occidentalizada no vaya a ser turbado por percepción alguna de los fuegos *indígenas* que todavía arden bajo ella".

En efecto, en adelante todo estará justificado moralmente. La filosofía que habla de la igualdad de todos los hombres no ha sido alterada. Los hombres siguen siendo iguales, dueños de todos los de-

rechos. La desigualdad no existe entre hombres, sino entre hombres y cosas. Y esto es lo que vienen a ser los habitantes de las tierras que ahora están bajo el dominio de los occidentales: objetos, cosas, de dominio como se domina o debe dominarse el resto de la naturaleza. Una naturaleza que debe estar al servicio del hombre; por ello el indígena debe ser el servidor de los hombres que lo han descubierto y conquistado. Nada ni nadie puede cambiar esta situación que ha sido el resultado de la misma evolución de la naturaleza o de un designio divino.

## V

Pero, ¿y qué pasa respecto a las relaciones de pueblos latinos, como el nuestro, con los pueblos representantes del progreso moderno? También frente a los pueblos latinos se adelanta, en el siglo XIX, una teoría racial de acuerdo con la cual son los pueblos germanos o sajones los que han hecho posible el progreso, al contrario de los pueblos latinos cuya naturaleza los hace inhábiles para el logro de técnicas de convivencia liberal y de dominio de la naturaleza. Son los pueblos anglo-sajones los que han hecho posibles las instituciones políticas liberales y los que han descubierto las técnicas que han hecho posible la revolución industrial. La libertad y el confort material son obras de pueblos de raza sajona. Y es esta una idea que ingleses y norteamericanos se preocupan por difundir. Los primeros para justificar sus incursiones sobre los mares y territorios que desde el siglo XVI formaban parte de los Imperios Español y Portugués; los segundos para justificar su expansión en el siglo XIX sobre las nacientes repúblicas iberoamericanas. España y Portugal, países latinos, han sido los principales opositores a la marcha de la modernidad, a la marcha del progreso. Países católicos, papistas, que se niegan a reconocer los derechos de las nuevas naciones a comerciar con todos los pueblos del mundo. Países enemigos de la libertad de comercio, de los mares y de todas las libertades. La inhabilidad de estos pueblos para adoptar y comprender los valores que ha descubierto la Modernidad, debe tener su origen en la raza a que pertenecen. Existen otros países latinos, como Francia e Italia, que no son tampoco una excepción a la regla. La primera, a pesar de todos los esfuerzos que ha realizado por ser una nación moderna, no ha podido evitar la formación de gobiernos despóticos que son lo opuesto al gobierno liberal sostenido por los anglosajones. Allí está Napoleón I que ha hecho de la idea de libertad un instrumento al servicio de su afán por crear un imperialismo basado en el despotismo que niega todas las libertades. Frente a este despo-

tismo en el Continente se han alzado los ingleses en el siglo XIX como se alzaron en el siglo XVI contra otro despotismo continental, el representado por la España de Felipe II. En cuanto a la Italia, difícilmente van triunfando las ideas liberales en su lucha contra los intereses feudales que no permiten en el siglo XIX su unidad como nación. Los Estados Unidos de Norte América, por su lado, muestran cómo se debaten los pueblos hispanoamericanos por el logro de instituciones liberales que ellos, por su parte, han logrado en una forma casi natural. Allí los países hispanoamericanos divididos una vez alcanzada su emancipación política frente a España; empeñados en guerras sin cuartel respecto a la forma de organización política que deberán adoptar sus naciones. Una guerra cruel y sangrienta entre los que están empeñados en mantener el viejo despotismo español y los que se empeñan en implantar repúblicas liberales modernas.

Pueblos, además, inhábiles para vencer su naturaleza como lo han hecho los sajones, para arrancarles sus frutos. Pueblos que, no conformes con estas trabas propias de su raza, han sumado a ellas las de pueblos de raza aun más inferior con los cuales se han mezclado, al contrario de los pueblos anglosajones que se han cuidado de no contaminarse. Hispanos y portugueses, sin prevención alguna, se mezclaron con las razas autóctonas de América y con la raza negra cuyos individuos fueron traídos a la América para servir en los trabajos que no soportaban los indígenas. De esta mezcla ha resultado una raza aun más inferior que la latina. Una raza híbrida, mestiza, aun menos hábil que la latina para incorporarse al progreso. Los anglosajones se encargan, también, de divulgar sus teorías sobre la inferioridad de las razas híbridas o mestizas. Teorías, como denuncia el liberal chileno José Victorino Lastarria, que no tienen otro fin que subordinar a estos pueblos a los intereses de los representantes de las razas que se dicen superiores. Lo que se ha querido con este absurdo de la inferioridad de las razas latinas o mestizas, dice Lastarria, es anular nuestra personalidad en favor de un poder que haga inútiles todos los esfuerzos que hemos realizado por alcanzar la libertad y el respeto a nuestros derechos.

Desgraciadamente no todos los liberales en la América Latina ven el peligro de esta interpretación de origen germánico y sajón. Está teoría respecto a la inferioridad de la raza latina y el mestizaje, es aceptada como una buena explicación que muchos de nuestros liberales dan frente a las dificultades con que han tropezado en su afán por hacer de nuestros pueblos naciones modernas. Aceptan ser la índole de la raza latina la que impide la pronta modernización de nuestros

pueblos. Quizá pocos liberales hispanoamericanos ha habido con tanta rudeza sobre la inferioridad de la raza que ha poblado la América del Sur como Domingo F. Sarmiento, aceptando los puntos de vista anglosajones. En América, dice Sarmiento, "iba a verse lo que produciría una mezcla de españoles puros, de elementos europeos, con una porción de raza negra, diluido el todo en una enorme masa de indígenas, hombres prehistóricos, de corta inteligencia". Una raza española, latina, con un cerebro ya disminuído por sus hábitos para obedecer en lugar de actuar por propia cuenta. Un cerebro atrofiado "por falta de uso". De esta mezcla, agrega Sarmiento, surgieron los pueblos hispanoamericanos, por lo que es de temer, dice, que estos tengan el cerebro más reducido que "los españoles peninsulares a causa de la mezcla de razas que lo tienen conocidamente más pequeño que las razas europeas". Frente a Hispanoamérica está Norte América poblada por anglosajones. Ahora bien, "Los anglosajones —dice Sarmiento— no admitieron a las razas indígenas ni como socios, ni como siervos en su constitución social". Esta fué la base del éxito de este pueblo, a diferencia de la colonización española, la cual se hizo como "un monopolio de su propia raza, que aun no salía de la Edad Media al trasladarse a América y . . . absorbió en su sangre una raza prehistórica servil." Estas ideas, respecto a la inferioridad de la raza latina, o respecto a la inferioridad de los pueblos mestizos como los iberoamericanos serán mantenidas con mayor o menor vigor por la casi totalidad de los líderes del liberalismo en Iberoamérica, que buscarán en sus orígenes raciales o culturales la causa de su atraso respecto a los países anglosajones, más concretamente aún, respecto a Norte América.

Por lo que se refiere a México en particular, el impacto de la guerra con los Estados Unidos en 1847 hará que, primero nuestros liberales, luego nuestros positivistas y, aun los nuevos liberales que preparan la Revolución de 1910, hablen de la inferioridad de la raza latina respecto a los anglosajones y ven en esta inferioridad la causa de nuestra derrota y el peligro de que seamos absorbidos por el "Coloso del Norte", si no somos capaces de adoptar las cualidades de la raza sajona. Sin embargo, los mexicanos, a diferencia de los nacionales de otros países de Hispanoamérica, no aceptan la tesis de la inferioridad de los pueblos mestizos. Nuestros liberales en general se sienten orgullosos de su mestizaje racial y cultural, el cual, lejos de considerarlo como un obstáculo para su afán de incorporación en el progreso, lo consideran como un resorte que ha de estimular esta incorporación. La rémora, el obstáculo, lo representa la herencia española,

la herencia latina pura. Los representantes más puros de esta herencia son los criollos; los hombres que se empeñan en mantener el orden despótico heredado de España: los conservadores. Frente a ellos están los mestizos, sangre nueva, revolucionaria, los hombres que quieren incorporar a México a la ruta del progreso: los liberales. La mejor expresión de este liberalismo orgulloso de su mestizaje, a diferencia de lo que en sentido opuesto representó el liberalismo del argentino Sarmiento, es Justo Sierra, que hace del mestizo el motor de la historia de México en su marcha hacia el progreso.

Pues bien, este era el Mundo dentro del cual tratarán nuestros liberales, en el siglo pasado, de actuar para incorporarse a la Modernidad. Fueron estas las ideas frente a las cuales reaccionaron buscando la justificación de sus propios anhelos por alcanzar un lugar en un mundo en el que la libertad y el bienestar material eran posibles. Para el logro de estos anhelos se vieron obligados a luchar contra sí mismos, contra el mundo en que habían sido formados y contra el mismo mundo que les servía de modelo, de estímulo, el Mundo Occidental.

## Ultimo acto

Es el tiempo de los caracoles. Me aparto con cuidado para no aplastarlos. Detesto el crujido de la cáscara y la blandura en que se hunde el pie. Me hacen acordar a ti.

Verdad que no te halagaría esto mucho, pero es así; pareces un enorme molusco, de húmeda y blanca piel rosa y tu cáscara es el cuarto, el maldito cuarto a donde te complaces en meter cuanto individuo cae en tus manos; no importa quién sea. Es una experiencia más para tí, y te encanta observar uno por uno los gestos del incauto o incauta.

Sabes que se va a asombrar con espanto o maravilla (según el grado de snobismo que tenga) de esa horrible momia que tienes a la entrada; y tu voz (creo que los caracoles tendrían tu voz) diciendo: "es mi niña mimada" y luego tu risa, esa estupenda risa de contralto que hace tintinear los cristales de la repisa.

—Te odio Mariana, cuando te ríes, porque en verdad, quisiera poder reirme como tú.

El asombro crece: en la penumbra, iluminado por una lamparilla azul, en la penumbra, un cuadro magnífico: tú, maravillosamente desnuda. Con el rostro más puro y encantador explicas "un capricho, mi amante se empeñó".

Aquí me río despacito, despacito, y busco tus ojos. Me miras diciéndome: "simple, no sabes guardar apariencias"; sigue el paseo por tu cuarto-museo: ahora están los cristales más raros y originales, y los libros, y el ventanal enorme con las cortinas color humo, y la fotografía dedicada de Jean Louis Barrault, y ...uff!... a qué seguir los detalles. Todo eso, para llevar sobre tí cuando sales, porque estoy segura que es eso lo que buscaste siempre, llevar sobre tu sobrio traje negro que te espiga, sobre tu rubio rodete, sobre tu boca ancha y tu

blanca frente despejada, todo lo que guardas en ese horrible cuarto gris, que me hace acordar desde el primer momento al porvenir. Repleto de cosas, de olores que flotan, de rostros que llamean y cerrado, cerrado, cerrado, como tu cuarto.

Hubiera querido encontrar alguna vez palabras para decírtelo, pero tú estabas tan colmada, tan satisfecha, tan extraviada en tí misma, que nunca hubieras comprendido cuanto yo hubiera podido decirte.

Ahora está la calle como de oro, y sube algo dulce en el aire y un hombre gordo ríe con fuerza en la esquina.

Ese olor dulce, es el olor que sale de tus pechos cuando te desvistas... ¡oh, qué asco te tengo Mariana! ... y sin embargo tu sonrisa asomando detrás de tus manos, o de un libro, es un golpe de hoz en mi corazón... pero no dura mucho, enseguida viene el horror, el horror por tu mirada perruna, por tu aire pedigüeño, y en realidad, eres una pobre cosita en mis manos aunque juegues a la gran mujer con los demás.

Soy miserable. El aire me limpia de tí. Me miro las manos. Están grises y estoy segura que tendría que emborracharme. Pero no me queda ni eso. Era un recurso tuyo. Bebías hasta que se te vaciaba la cabeza, se te ponían los ojos brillantes, tenías un gusto a acero en la boca. No me gustaba que me besaras así, pero lo hacías, como hacías todo lo que yo detestaba. Yo me niego a embriagarme. Siempre me negué. Es un recurso pobre y detestable.

Estoy completamente sola en la calle. Siento que estoy mirando a los demás.

Ahora sí que estoy verdaderamente sola. Sola. Es el momento que debo aprovechar para amortajar mis recuerdos con dignidad. Sí. Siempre tuve dignidad aun en los peores momentos. Un niño se asoma a mirarme con curiosidad. Tú decías: "eres insoportablemente digna", ¿por qué no tratas de parecerte a mí?" ¡Oh! Dios! Me he acordado de Dios. Dios... ¿Dios es esta tortura que tengo en el corazón? ¿y este alivio? ¿Y esta sorpresa de no oír tu charla "controlada", sobre diversos temas artísticos? ¿Todavía estás allá? ¿Se te habrá corrido el rouge? ¿habrás dejado caer el brazo? ¿quién estará sentado a tu lado?

Camino, camino, camino. Seguro que me toman por una... realmente me es todo tan indiferente. ¡Oh! ¿Es posible que seas tú quien me produce esto? Nunca te amé Mariana, lo dije alguna vez para llenar un silencio. ¿Y tú?... sí, creo que te conmovías verdaderamente ante mí. Era tu criatura, nada más que eso. Una vez dijiste con tu voz solitaria: "lo que amo en tí, es que nunca sé a donde voy contigo", pero temías forzar mis sentimientos y me dejabas libre. Cuando creías

notar una sombra en mis ojos, buscabas el rincón más oscuro y te evadías, huías de lo que yo quería decirte.

¡Ah, Mariana!, decías “nosotras” y cada vez la palabra me golpeaba con fuerza, porque yo no era tú, yo tenía que vivir fuera, al aire libre, pintarrajeando mis cartones multicolores, inventando muñecos felices, sola, terrible y voluntariamente sola.

Tú eres blanda, pesada. Me envolvías con tus gestos redondeados y tiernos.

—No, no necesito coartada— me doy cuenta que he gritado, porque esa mujer me mira y se acerca a hablarme, ¡maldita sea! porque no se quedará en su lugar, inmóvil para siempre— pero no, es estúpida como una gallina y tiene hermosos sentimientos humanitarios— se acerca, la miro con odio; abre su boca fruncida por treinta y cinco años de habladurías y desde su pesado rostro color ladrillo me viene la voz, envuelta en una sonrisa amistosa. La odio cada vez más— como si se pudiera sonreír e interesarse por una muchacha que de pronto grita en la calle cuando se tiene el alma llena de porquería como yo— ¡maldita! ¿por qué no te alejas con ese trocico de perra cansada y me dejas en paz? No. Allí está, un poco rígida, restregándose las manos.

Yo estoy perdida en una tormenta escarlata, escarlata como tus uñas, Mariana, y la mujer me habla, me pregunta, me acosa con su bondad, entre altos edificios amarillos, bajo este cielo azul que me ahoga. Un gato maúlla, me duelen las sienes. “Tú querías ir a Argel en una vieja chalana negra”... y la mujer se siente ya francamente despavorida ante mi inmovilidad y mi silencio.

Yo quiero sentarme en el suelo y ponerme a llorar... ¿ves Mariana? quiero llorar, pero no por tí que estás allá, sino por mí, por este acto de libertad que cometí, porque yo quise hacerlo.

En el fondo de la calle corren niños con delantales azules. La mujer mira a todos lados; va a dar voces.

—No, no, no. Me mira agradecida por mi voz, me sonrío aliviada. Su miedo es ahora un animalito que ha levantado la tapa para escapar. Más preguntas y más solicitud. No puedo soportarlo. Desinflaré su enorme vientre redondo y la boca se estirará y las piernas y ¡oh! la mataré, como te he matado a tí, Mariana.

La mujer retrocede, porque he comenzado a despedir un deslumbramiento. Es el fuego del infierno que me espera, que se está escapando de mí.. ¿Es que no acabará nunca esta pesadilla? Dios, ¡si la gente no tuviera olor! Porque fué tu olor Mariana, tu espantoso olor.

Yo estoy podrida. Pero tú tenías una vida llena. Eras alguien que

tenía el camino señalado. Cuando tu voz se alzaba en el escenario, yo sabía que muchas nucas se erizaban. La mía también, Mariana.

La mujer no se cansa. Ahora sí que está dispuesta a llamar, pero por suerte no pasa nadie. Una suerte absurda.

—¿Usted mató a alguien, alguna vez? le pregunto muy seriamente; entonces sonrío y después se aleja dando saltos y chillando. Ella vió tu rostro en mí, Mariana. Lo sé. Por eso se ha ido.

Esa gallineta va a alborotar. Debo desaparecer. Podría ir al puerto o meterme en un cine, Mariana, y pasarte la mano por los hombros y cuando tú como una niña feliz cerraras los ojos y te apoyaras en mí, entonces, en ese momento, dulce, dulcemente te hundiría el puñal que me regalaste el día de mi cumpleaños... ¡oh, cuántas coincidencias Mariana!... después quitaría mi mano con gran delicadeza y me levantaría muy despacio para no molestarte, Mariana, pero no te miraría; aborrezco el rostro de las muertes inesperadas y la tuya ha sido inesperada, ¿verdad, querida? porque cómo podías pensar que esta "mosquita asquerosa", como me decías a veces, pudiera ser tan razonable y lógica, como para pensar una cosa tan clara, tan preparada como tu muerte.

Porque estás muerta. Y tu vida como la de los demás no ha sido más que una espera. Seguramente habrás tenido algún viejo verano con una niña, de ojos claros y un triciclo y una torta con velas y después, seguramente también juraste ser una gran actriz, y luego te impacientaste y te entregaste a un viejo empresario que te lanzó a los affiches y a los más importantes escenarios.

Ayer aun pensabas que en agosto iríamos a Cannes, pero nada conseguiste, todo formaba parte de la espera y la muerte detuvo todo eso. Hasta tu gran amor por mí. Todo está ahora mudo, inmóvil, sin objeto. Nada te queda por hacer, ni un gesto, ni una caricia. Todo se borra en derredor de tí. Estás desapareciendo poco a poco.

El sol hace brillar una puerta de vidrio. Pateo una piedra, porque no puedo patear tu recuerdo. Porque estarás viva mientras esta maldita miseria que soy yo, respire.

Sin embargo, no estoy bastante abatida, estoy estupefacta, sí, pero no abatida... ¡cómo reprocharías mi indiferencia, Mariana!

¿Estarás rígida ya? ¿Te habrán descubierto? Y sin embargo he conseguido un triunfo más para tí. Otro proceso escandaloso en tu carrera. Mañana grandes títulos en todos los diarios del país: "Célebre actriz asesinada". La palabra tiene bordes rojos de vidrio.

Hace diez minutos que me sigue un negro. Cuando se acerque lo escupiré, porque los negros no merecen palabras... decía que, ¡ah!,

“Célebre actriz asesinada”, y luego: El misterioso crimen del cine Embassy”... ¡Oh! qué lectura sabrosa para el ambiente, cuántos, cuántos cargarán con tu preciosa muerte... alguien, algún suspicaz pensará en esa muchacha tan rara, que pintaba mamarrachos, que a veces te acompañaba, siempre vestida de negro y que no fumaba...

El negro tiene un olor insoportable. Me encerraré en mi cuarto y dormiré... ¡ah! ...—he vuelto a gritar—. El negro se abalanza y me toma un brazo. Le doy un bofetón. Trastrabilla, y se queda mirándome sorprendido. Sólo quiso ser gentil. Grité y me balanceé como para caerme. Ya sabía que algo faltaba. “Tú tienes la llave, Mariana, en el bolsillo de la chaqueta”...

—No señor, disculpe, me asusté. ¿Soy yo la que digo eso al mundo negro? —¿Dónde va? —repite él por segunda vez—. Al infierno, señor —le contesto con la mayor cortesía... tienes la llave, perra... sí, tú sabías que te iba a matar, la guardaste tú. Se aleja el negro, dándose vuelta para mirarme; una mujer alta de anteojos, cruza con aire importante. Corro. Un taxi. La llave... la llave, tengo que dormir Mariana, estoy muy cansada, dame la llave, tengo que lavarme, lavarme bien de pies a cabeza, y tengo que guardar el puñal... son muchas cosas... un taxi. Las piernas no me sostienen. Alguien se ríe y yo no escucho más que mi respiración. Estoy jadeando. ¿Estás muerta, Mariana? ¿Te sientes mal? Estúpida. Yo me siento mucho peor... Embassy... Embassy... Acá estoy. Sale gente. Entro. Tú te fuiste a casa, Mariana. Estarás con tu deshábille verde ensayando tu voz más implorante para cuando llegue yo. Creo que me tiembla la boca y tengo ganas de vomitar. El cine está oscuro y no tengo contraseña. Entraré al toilette, me empolvaré. ¡Ah!, acá está la contraseña... esta noche no, Mariana, no me atormentarás, no me atormentarás más. Es verdad que todos vuelven al lugar del crimen; yo he vuelto, pero no es verdad que estés muerta.

Ya está. Busco la fila. Aquí. Una voz gutural canta en la pantalla. ¿Qué pasó Mariana? ¿Se encontraron los amantes? Te quedaste dormida, ¿verdad?. ¡Claro!... siento que me estoy helando toda. No está. Estoy segura. Estoy segura que la dejé aquí, muerta. Estoy segura. Estoy segura... voy a gritar. Cierro con estrépito la cartera. Alguien me chista. Tengo la vista fija en el piso... la llave, Mariana... la llave. Gran beso en la pantalla. Ahora se encenderá la luz, pero tú no estás. Te has ido a casa, con el puñal en el costado... qué rara habrás estado... “Una originalidad más de Mariana, es tan snob”. Ya está la luz aquí. Creo que no podré pararme. Todo el techo está lleno de pinturas cursis, ¿quién lo habrá pintado?... la llave...

Mariana, infame. Tú tuviste la culpa. Yo vivía tranquila con mis muñecos locos. Me metiste la mano en el pelo y ¡me enseñaste a revolcarme en la mugre.

El grito, el grito resonó espantoso, pero no es en la película. Todos gritan.

—¡Ah, qué alivio, qué alivio! sé que estás ahí detrás Mariana, sólo se grita así cuando se ve un asesinado. Ya te han descubierto, con la boca entreabierta, rígida. Hace exactamente dos horas que estás ahí... la llave, estúpida, no me la has querido dar...

Corren, corren, corren, corren.. Yo también debo correr y gritar y asomarme a tu rostro de asesinada.

Peo me levanto tan despacio, tan despacio que no sé si llegaré a la salida.

Junio de 1954.

# Jirones del quebranto

Sal de la carne esparcida.  
Sal de la carne encrespada.  
Clamor de machos y hembras  
atravesando como un ciego sol  
desde las mínimas hiedras de la sangre  
hasta el helado silencio del acero.  
Marejada de savia y llanto  
rompiendo las escalas del tiempo  
del dolor hacia la muerte.

Ay los golpes golpeadores  
en la lucha que somos  
sostenemos derrotados.  
Ay los golpes golpeadores  
de nuestro inevitable fin:  
soledad y olvido en nosotros  
ya rendidos cenicientos y podridos.  
Ay angustia furia de los golpes.

Queremos acabar la destrucción  
y caemos un poco aniquilados,  
como pájaros iguales  
abatidos en sus vuelos,  
como ecos frutales  
cuya voz no hallamos.

---

Enredadera funesta.  
Ceñidora casa tierra.  
Carozo de la nacida muerte.  
Plenitud del día noche día.  
Pulpa de la vida inútil.

Nosotros a diario te sabemos.  
Sé yo mi sed atroz  
Sé yo mi grito errado o cierto,  
suspendido rostro  
muerto de risa en el aire.  
Sé yo mi desesperación  
cubierto de barro y de besos.  
Sé yo mi olor, ese olor en las calles,  
traspasando las paredes  
las ropas y los dedos.  
Sé yo mi gusto, ese gusto que baja y hiere  
mis esforzados miembros  
y se agota en la fatiga,  
y se obstina entre los labios.  
Sé yo esa húmeda tibieza,  
ese rescoldo,  
esa mueca descarada.  
Sé.  
Sé yo mi sed atroz.

- - -

Calenturientos de hambre  
estremecidos de ardor  
nos buscamos vilmente  
y reventamos frenéticos  
al encontrarnos desnudos.

Levadura de amor inconsciente.  
Segregación de raíces.  
Delirio de flor mineral.  
Doloridos origen y verbo.

JORGE RAUL LAFFORGUE

Bs. As., 1956

## In Promptu

Si no tuviera la tarde  
sabor de lejanías.

Ella se va  
llevándose mis sueños de viajero,  
y yo me quedo mordiendo  
mi despierta realidad.

¡No te vayas, tarde!  
No hagas que deserte de mi suelo.  
Allí,  
donde desapareces, quisiera estar  
para recibirte con los brazos abiertos.  
Pero llega la noche y me quedo.  
Aquí,  
harto ya de estrellas y de luna.  
Aquí,  
harto ya de amaneceres y crepúsculos.  
Aquí,  
soñando despedirme y despertando despidiendo.

Pero llega la noche y me quedo:  
sueños de viajero que se llevó la tarde,  
realidad de enamorado que me dejó la noche.  
Y me quedo, me quedo.

ALFREDO LETTIS

23 de Marzo 1956

## Et ascendit in caelum

Quemadmodum vidistis eum  
ascendentem in caelum, ita  
veniet, alleluia, alleluia, alleluia.

Y fué

un fuego súbito, un ímpetu  
maravilloso  
una blanca columna ardiendo.

Y no era un milagro.

Los caballos inquietos horadaban el aire. Precipitaban  
su angustia las palomas.

De pronto

un cántico  
total, atronador  
que ensordeció a la tierra:  
la luz, la luz  
insoportable.

Y no era un milagro.

Jueves de la Ascensión, 1956

CESAR MAGRINI

# Informe preliminar del Instituto de Sociología sobre las encuestas entre estudiantes universitarios\*

## I. GENERALIDADES. LOS ESTUDIANTES QUE TRABAJAN. ORIGEN SOCIAL DE LOS ESTUDIANTES.

### 1. *Carácter de este informe.*

A fines del año pasado el Instituto, gracias a la cooperación espontánea de un grupo de estudiantes, realizó una encuesta piloto relativa a algunas de las circunstancias que acompañan la elección de carrera universitaria en nuestra Facultad. El Centro de Estudiantes por otra parte llevó a cabo otra encuesta entre los alumnos de primer año y en el curso de 1956, iniciativas similares fueron promovidas por organizaciones estudiantiles y por autoridades universitarias, en otras Facultades. Estas investigaciones se hallan actualmente en curso de realización (tabulación, compilación o relevamiento) y para este informe se dispuso exclusivamente de la información relativa a los estudiantes de nuestra Facultad (encuesta del Instituto y del Centro de Estudiantes) y de algunos datos relativos a Ciencias Exactas, Ciencias Económicas y Arquitectura. Sobre la base de toda la información que logre reunirse con los trabajos en curso, y utilizando además otros datos generales, el Instituto elaborará un estudio más comprensivo, debiendo considerarse como provisorio el presente informe.

---

(\*) El primer día de clase el c. e. f. y l. realizó una encuesta entre los estudiantes de primer año que concurren a la Facultad. Se utilizó un cuestionario preparado por el Centro y revisado por el Instituto de Sociología. La tabulación de los datos así obtenidos fué realizada por estudiantes bajo la dirección de dicho Instituto que los está utilizando para complementar las encuestas realizadas y a realizar en las diferentes facultades de nuestra universidad.

Aunque un cuadro más completo de la información recogida sólo será posible cuando se disponga de datos relativos a otras facultades, hemos solicitado al Instituto un informe provisorio del que publicamos la primera parte.

## 2. *La encuesta del Centro.*

La encuesta del Centro de Estudiantes se llevó a cabo por medio de un cuestionario a contestar directamente por los informantes. Las respuestas permanecían anónimas.

Se obtuvieron 280 cuestionarios de las aproximadamente 300 personas que concurrieron a la clase de primer año el día de la iniciación de los cursos. Como la inscripción total a primer año es de 801, el número de cuestionarios recogidos asciende a un 35 % del total de inscriptos.

A pesar de esta elevada proporción, el conjunto de cuestionarios recogidos no puede considerarse en sentido estricto una muestra representativa del total de alumnos de primer año. En efecto, la selección de los casos observados se realizó de manera accidental (concurriencia o no concurrencia a la primera clase) y, en la medida en que las causas que motivaron dicha concurrencia se hallan asociadas a características investigadas en la encuesta, los resultados obtenidos pueden estar deformados por dichas causas. Sin embargo, la encuesta realizada por el Instituto (referente en parte a los mismos temas) se realizó en condiciones más experimentales y puede ser utilizada como control. Además, existe la convicción de que en muchos aspectos, las limitaciones aludidas no ejercen una influencia apreciable en los resultados (el mismo procedimiento se empleó por ejemplo en encuestas similares en Madrid, 1949 y Ciudad de México, el mismo año).

Hay además dos controles relativos a la adecuación de la muestra con respecto a la totalidad de inscriptos. El primero —distribución por sexo— muestra que las proporciones observadas en la muestra es análoga a la razón registrada en la Facultad (27 % varones y 73 % mujeres); en cuanto al segundo —distribución por edades— no se conoce aún la estadística relativa a los inscriptos, la que será computada para el informe definitivo.

## 3. *La encuesta del Instituto.*

La encuesta del Instituto fué realizada por medio de una muestra al azar obtenida seleccionando una de cada diez fichas del archivo, correspondiente a alumnos considerados en actividad por la secretaría. Se utilizó un cuestionario a llenar por los observadores de campo a través de una entrevista realizada en los domicilios de los informantes. Debido a la falta de personal no fué posible realizar todas las entrevistas proyectadas, obteniéndose así tan sólo un 60 % de respuestas (de las cuales 15 % incompletas) sobre los 212 casos incluidos en la muestra. Esta circunstancia no deja de limitar el valor de la encuesta; sin embargo, teniendo en cuenta que la falta de contestación no se de-

be a negativa del informante ni a otra causa presumiblemente vinculada con los aspectos estudiados, se puede tener cierta confianza en sus resultados.

#### 4. Ocupación de los estudiantes.

En la encuesta del Centro, más de una tercera parte de los alumnos declaró tener ocupación remunerada, un 30 % dijo no tenerla y el resto (33 %) no contestó. La alta proporción de no contestaciones arroja algunas dudas acerca de estos resultados. En la encuesta del Instituto el 61 % de los alumnos resultó tener ocupación remunerada: esta mayor proporción puede explicarse por los siguientes motivos: a) mayor edad promedio de los estudiantes (todos los años en lugar de primer año solamente); b) selección de la muestra: efectivamente es aquí donde puede haber influido el hecho de la asistencia o no asistencia a clase. A saber: las estimaciones basadas sobre un grupo que concurre a clase en horas de la mañana puede tender a sub-estimar el número de estudiantes que trabaja y que por lo tanto no estuvo en condiciones de concurrir. En síntesis debe retenerse como más probable el dato obtenido en la encuesta del Instituto (61 % de personas con actividad remunerada) y suponer que entre los estudiantes de primer año dicha proporción es menor, aunque probablemente superior a la arrojada por la encuesta del Centro.

Esta cifra concuerda también con los resultados provisorios registrados en Ciencias Exactas (55 % de estudiantes con ocupación remunerada).

CUADRO 1. *Estudiantes inscriptos y observados según sexo \**

SEXO	Inscriptos 1955	Instituto	Centro (1 año)
Varones .....	27	28	26
Mujeres .....	73	72	74
Total .....	100	100	100

\* En todos los cuadros se indicarán con la mención "Instituto" y "Centro" las encuestas respectivamente realizadas por las dos instituciones.

CUADRO 2. *Estudiantes inscriptos y observados según secciones.*

SECCIONES	Inscriptos 1955	Instituto
Letras y literaturas	41	45
Filosofía .....	28	33
Historia .....	14	14
Pedagogía . ....	7	5
Varios .....	10	3
Total .....	100	100

CUADRO 3. *Estudiantes con ocupación remunerada y sin ella.*

GRADO DE OCUPACION	Filosofía y Letras		Ciencias exactas (*)
	Instituto	Centro (1 año)	
Con ocupación ..	61 (**)	37 (**)	53
Sin ocupación ..	39	30	46
Sin especificar ..	—	33	1
Total .....	100	100	100

(\*) Para C. Ex. se conoce la distribución en cuanto a horario: horario completo, 30 %; medio día, 14 %; sin horario, 9 %.

(\*\*) Diferencia entre Instituto y Centro significativa (C. R.: 4,17).

En cuanto al *tipo de ocupación* predominan las ocupaciones *docentes* (57%) siguiéndoles *empleados* (26%) y *profesionales* (10%). Puede interpretarse —de acuerdo con lo expresado anteriormente— que aquí también ha intervenido un factor deformante: en efecto, en la encuesta del Instituto, aunque también predominaron las ocupaciones docentes ((47 %), los empleados tenían una proporción igual (47 %) y los profesionales casi no existían (2 %).

En conclusión puede afirmarse que algo menos del 60 % de los estudiantes (Filosofía y Letras y Ciencias Exactas) trabaja y de éstos en nuestra Facultad, la mayoría tienen funciones docentes (oficiales o particulares) o bien es empleado, y una proporción mucho menor, "profesional". Además hay escasísimas otras actividades. Los obreros representan entre el 1 y el 2 %.

CUADRO 4. Estudiantes que tienen ocupación remunerada, por tipo de ocupación.

OCUPACIONES	Instituto	Centro (1 año)
Docentes y similares .....	47	57
Profesionales .....	2	10
Empleados .....	47	26
Varios no obreros .....	2	5
Obreros .....	2	2
Total .....	100	100

##### 5. Origen social de los estudiantes.

Las carreras universitarias representan como es sabido uno de los canales reconocidos de ascenso social o un requisito para el mantenimiento del nivel económico social. La forma de reclutamiento de los estudiantes universitarios representa pues un medio importante para el estudio del grado de movilidad social existente en un país. Al margen de este interés sociológico el conocimiento de la composición social del estudiantado constituye un dato esencial para cualquier análisis de la universidad y de los problemas de la cultura nacional.

La encuesta del Instituto contenía tres datos destinados a poner en evidencia la clase social de los estudiantes: la ocupación paterna; la existencia de parientes universitarios (con especificación del parentesco) y una observación (por medio de una escala de cinco puntos) del tipo de vivienda. Las encuestas del Centro, de la Facultad de Ciencias Exactas, de Arquitectura y de Ciencias Económicas sólo contienen los dos tipos de datos indicados en primer término.

CUADRO 5. Ocupación de los padres de alumnos universitarios en Filosofía y Letras (Centro e Instituto), en C. Exactas (1955-56) y en Ciencias Económicas.

CATEGORIAS OCUPACIONALES	Filosofía y Letras		Ciencias Exactas			CIENCIAS ECONOM. (**)	ARQUITECTURA
	Instituto	Centro 1 A°	Varones	Mujeres	Total		
Clase media autónoma	57	66	52	64	56	49	68
• Proprietarios comercio, industria, servicios, agricultura, ganadería .....	32	41	35	44	38	42	45
• Rentistas .....	2	2	1	1	1		2
• Profesionales .....	23	23	16	19	17	7	21
Clase media dependiente	39	27	39	29	35	35	27
• Docentes .....	3	3	2	3	2	—	3
• Militares .....	4	3	1	1	1	1	2
• Empleados similares .....	32	21	36	25	32	34	22
CLASE MEDIA - Total ...	96	93	91	93	91	84	95
CLASE POPULAR .....	4	7	6	4	6	15	5
• Obreros altamente especializados (y técnicos) (*) ..			2	2	2	—	—
• Obreros .....	4	7	4	2	4	15	5
Ocupaciones varias .....	—	—	3	3	3	1	—
	100	100	100	100	100	100	100

(\*) Los datos recibidos hasta la fecha no discriminan entre "obreros altamente especializados" y "técnicos".

(\*\*) Ciencias Económicas: recuento provisorio sobre una muestra de 476 casos.

La ocupación de los padres de los estudiantes de Filosofía y Letras, Ciencias Exactas y de C. Económicas (recuento provisorio) se registra en el Cuadro 5. Las tres distribuciones presentan un rasgo común: alrededor del 85/95 % corresponde a los grupos ocupacionales de las clases medias y de la clase alta, debiéndose observar además que la proporción más alta de hijos de obreros corresponde a Ciencias Económicas (15 %). Debe advertirse que la inclusión del grupo de "obreros altamente especializados y técnicos" en la clase popular (encuesta de Ciencias Exactas) debe considerarse por lo menos dudosa. Es posible que un análisis más detallado de la encuesta de Ciencias Exactas permita aclarar este aspecto. Se observan también ciertas diferencias que trataremos de explicar. En primer lugar la composición ocupacional de la clase media en la encuesta del Centro difiere sensiblemente de la observada a través de la investigación del Instituto: en la primera aparece una proporción mucho mayor de hijos de propietarios de comercio, industria y similares; mientras que en la segunda es más elevado el porcentaje de empleados. Esto parecería indicar la presencia de una proporción de alumnos de origen social más elevado en la encuesta del Centro, lo cual coincidiría con la hipótesis de que, por razones de trabajo, ha habido una menor concurrencia a clase por parte de los estudiantes de situación económica más modesta; deformación posible a la que ya se aludió anteriormente.

Aunque en principio el hecho no representa una prueba en sentido estricto, es sugestivo que la proporción de hijos de empleados resultó idéntica en la encuesta del Instituto (Filos. y Letras), y en las de C. Exactas y C. Económ. Vale la pena señalar por último la diferente distribución ocupacional de los padres de las mujeres y de los varones estudiantes en esta última Facultad: las estudiantes parecerían revelar un más elevado nivel social (más propietarios de comercio, etc. y menos "empleados") que los varones. Es verdad que la sola ocupación (escuetamente indicada) no es suficiente para discriminar de manera más fina dentro de cada categoría; por ejemplo no es posible diferenciar a los industriales, comerciantes, etc., por la importancia de su actividad, o a los empleados por el grado y tipo de sus funciones. Sin embargo parecería que, en promedio, la mayor proporción de "empleados" apunte a un nivel social más modesto, que el indicado, también en promedio, por la categoría de propietarios de empresas. Esta hipótesis se ve confirmada por otro índice a saber, la proporción de estudiantes que cuentan con algún pariente que haya cursado estudios universitarios.

CUADRO 6. *Estudiantes que poseen parientes con estudios universitarios.*

PARIENTES UNIVERSITARIOS	Instituto	Centro	Ciencias Económ. (*)	Arquitectura
Con parientes universitarios	69	82	39	71
Sin parientes universitarios	31	18	61	29
Total .....	100	100	100	100

(\*) Recuento provisorio sobre una muestra de 476 casos.

Como se ve en el Cuadro 6, la proporción de éstos resultó ser más elevada en la encuesta del Centro.

Los datos provisorios relativos a Ciencias Económicas confirman las características observadas a través de la composición ocupacional de los padres: mucho menor proporción de familiares universitarios.

El tipo de vivienda ocupada por los estudiantes fué asumido como un indicio complementario del nivel económico social.

La observación se llevó a cabo por medio de una escala que describía cinco tipos de vivienda (departamento o casa), desde los más lujosos hasta los modestos e inferiores, debiendo el observador asignar cada vivienda visitada al tipo más próximo.

CUADRO 7. *Tipos de vivienda ocupada por los estudiantes de Filosofía y Letras (encuesta Instituto).*

Número de orden	Tipo de vivienda	%
I	De lujo	3
II	Superior	13
III	Buena	41
IV	Corriente - Modesta	31
V	Inferior	12
		100

El Cuadro 7 confirma en general el carácter medio-superior del origen social de los estudiantes, (casi 60 % vivienda buena, superior

o de lujo y sólo 12 % clasificada como inferior), mas agrega también importantes detalles, los que, sin embargo, deben interpretarse recordando la situación de crisis existente en materia de vivienda. Se interpretará pues este dato, teniendo en cuenta a la vez, lo referente a ocupación. De este modo se llega a la siguiente distribución:

Ocupación clase <i>media</i>		Nivel "alto" y
Vivienda tipos I y II .....	16 %	"medio superior"
Ocupación clase <i>media</i>		Nivel "medio"
Vivienda tipo III .....	41 %	
Ocupación clase <i>media</i>		} Nivel "medio inferior"
Vivienda tipo IV .....	31 %	
Ocupación clase <i>media</i>		}
Vivienda tipo V .....	7 %	
Ocupación clase <i>popular</i>		Nivel "popular"
Vivienda tipo V .....	5 %	

Combinando los dos índices se puede llegar a una discriminación conjetural del estudiantado de nuestra Facultad en cuatro niveles económico-sociales. El hecho más importante que revela esta clasificación es la presencia, dentro de la clase media, de una proporción considerable (aunque minoritaria) de personas correspondientes a las capas inferiores de dicha clase.

*En conclusión: el estudiantado de las Facultades de Filosofía y Letras, Ciencias Exactas y Arquitectura de la Universidad de Buenos Aires pertenece en un 94 % aproximadamente a las clases media y alta: en Ciencias Económicas esta proporción se reduce al 84 % registrándose aquí, por consiguiente, un mayor porcentaje de estudiantes de origen obrero. Dentro de las clases media y alta —por lo que se refiere a Filosofía y Letras— puede estimarse que dos terceras partes corresponden a la clase alta y a los niveles medio y superior de la clase media, mientras que el tercio restante pertenece al nivel inferior.*

6. Una estimación de los índices de escolaridad universitaria de diferentes niveles ocupacionales en el Gran Buenos Aires.

Para determinar la probabilidad de acceso de los diferentes grupos de ocupaciones y niveles económico-sociales a la Universidad sería preciso conocer para cada grupo la proporción de los estudiantes uni-

versitarios, sobre la totalidad de los jóvenes (comprendidas en las mismas edades) correspondiente a familias de cada ocupación y nivel. Se necesitaría conocer, es decir, la *escolaridad universitaria* discriminada por ocupación. No se poseen tales índices, ni la información que permita computarlos directamente. Sin embargo, a través de una serie de estimaciones fundadas sobre la elaboración del censo de ocupaciones realizado en 1947, y otras informaciones más recientes (composición por edad y sexo, población del Gran Buenos Aires, etc.) puede intentarse una estimación de dichos índices de escolaridad. Debe advertirse claramente que estos cálculos no tienen nada de preciso ni de seguro; y además, habiendo sido computados en base al total de alumnos inscriptos en la Universidad de Buenos Aires, sin conocer la proporción de alumnos originarios de otras provincias o del extranjero, tiende a sobreestimar la escolaridad universitaria de la población del Gran Buenos Aires. Se ha incluido aquí este cómputo por cuanto puede dar una idea del *orden de magnitud* de la escolaridad en los diferentes niveles económico-sociales.

CUADRO 8. *Alumnos universitarios (actuales) por cada 100 jóvenes de 17 a 30 años pertenecientes a familias de las categorías ocupacionales indicadas. 1956 (Estimaciones).<sup>(1)</sup>*

CATEGORIAS DE OCUPACION	Escolaridad según las proporciones promedio Filosofía y Letras, (Instituto) C. Exactas y C. Económicas	Número índice escolaridad universitaria obrero = 1
Propietarios de comercio, industria, servicios, agricultura, ganadería .....	14,2	18
Profesionales .....	40,0	50
Empleados .....	5,8	7
Clases media y alta .....	<u>10,0</u>	<u>12/13</u>
Obreros (*) .....	<u>0,8</u>	<u>1</u>
Población de 17 a 30 años ..	4,7	6

\* En Ciencias Exactas incluye técnicos y obreros especializados.

(1) Fuentes: **IV Censo Nacional** (datos publicados e inéditos); **Informe demográfico de la República Argentina: 1944-1954**; G. Germani: **Estructura Social de la Argentina**. Buenos Aires, Raigal, 1955; datos de las presentes encuestas. Estadística universitaria, 1955 (inédita).

El cómputo se ha realizado en base a un promedio ponderado de las proporciones observadas en Filosofía y Letras, Ciencias Exactas y Ciencias Económicas.

Debe advertirse que el índice aquí calculado no indica la proporción de jóvenes que en algún momento fué alumno universitario, sino la que actualmente estaría inscripta (en base a las proporciones observadas).

La categoría que presenta un índice más alto es la de "profesionales": el 40 % de los jóvenes de este grupo se halla cursando estudios universitarios. Le sigue el grupo de los propietarios de empresas, de cuyos hijos estudio casi una sexta parte. Para los empleados esta proporción se reduce considerablemente y se comprime al mínimo en lo que se refiere a los hijos de obreros, de los que estudiaría alrededor de un 0,8 %.

*En resumen: si, en base a las proporciones de escolaridad observadas en las tres Facultades (Filosofía y Letras, Ciencias Exactas y C. Económicas; promedio ponderado), se asigna el valor de 1 a la probabilidad de que el hijo de una familia obrera estudie actualmente en la Universidad, el hijo del empleado tendría 7, el de empresario de comercio, industria, etc., 18 y el hijo de profesional 50. El valor general promedio para todas las ocupaciones en relación al de los obreros, es 6. Se advierte que estas cifras son meramente conjeturales y sólo tienen cierto valor indicativo del orden de magnitud de las diferentes chances de ingresar a la Universidad que corresponden a los jóvenes de los varios niveles económico-sociales según las encuestas realizadas hasta el presente.*

7. *El origen social de los estudiantes: confrontaciones internacionales.*

Razones de orden práctico (los problemas de la universidad) o teórico (el estudio de la estructura y la movilidad social) han originado recientemente varias investigaciones sobre el origen social de los estudiantes. Los datos de que se dispone son todavía muy escasos, y, sobre todo, como suele ocurrir en ese campo, de difícil comparabilidad. Con todo, ofrecen por lo menos cierta base para efectuar una confrontación que puede resultar útil para una primera aproximación. Al utilizar a este respecto los datos obtenido en las presentes encuestas, debe tenerse en cuenta, además de las reservas antes formuladas, que se trata de una información parcial apenas indicativa de la situación argentina en su conjunto.

Los porcentajes indicados en el Cuadro 9 han sido obtenidos reclassificando con criterios análogos los distintos grupos ocupacionales

registrados por las fuentes consultadas. La validez de este procedimiento está limitada por los alcances de la escasa información suplementaria proporcionada por cada una de ellas. Los datos relativos a nuestro país resultaron del promedio de los porcentajes obtenidos en las tres Facultades.

Es obvio que, además de las reservas señaladas, el hecho que las cifras de nuestro país, se refieran únicamente a tres Facultades (y no a la universidad en general) introduce otro elemento de incomparabilidad. Es interesante mencionar a este propósito que en México, las proporciones observadas en la Facultad de Filosofía y Letras son mucho más próximas a las que hemos registrado en nuestra Facultad (95 % clase media), de las que se dan para toda la Universidad.

CUADRO 9. *Origen social de los estudiantes en la Universidad de Buenos Aires en comparación con el observado en otros países. (1)*

NIVELES ECONOMICO-SOCIALES	BUENOS AIRES C. Exactas, F. y L. y C. Económicos. 1956	MEXICO Universidad 1949	MADRID Universidad 1949	FRANCIA Universidad 1951	INGLATERRA Educación uni- versitaria de la poblac. 1949
Clases alta y media	90	88	95	92	95
Clases populares .	10	12	5	8	5
Total .....	100	100	100	100	100

Aún teniendo en cuenta todas estas reservas hay un hecho que parece indiscutible: el estudiantado universitario se recluta, en los países indicados en el Cuadro 9, en su gran mayoría, en las clases media

(1) FUENTES: **Buenos Aires:** Promedio de los resultados de las encuestas en Filosofía y Letras, Ciencias Exactas y Ciencias Económicas. **México:** Universidad Nacional Autónoma **Primer Censo Nacional Universitario**, México 1953; pág. 45, 47. **Madrid:** M. Fraga Iribarne y J. Tena Artigas: "Una encuesta a los estudiantes universitarios de Madrid" en "Revista Internacional de Sociología 1949 (VII): 5-45. **Francia:** B. U. S. **Recueil de Statistiques 1949,50,51;** S.E.U.P.E.N., citado por C. Bourdet: "100 Millions pour retrouver l'honneur", en *La Nef*, marzo 1955, XII: pág. 99. **Inglaterra:** D. V. Glass (ed.): **Social mobility in Britain**. London, Routledge & Kegan Paul, 1954; pág. 137. (Estos datos no se refieren a la inscripción en la universidad sino a la instrucción recibida por personas cuyos padres pertenecen a las diferentes categorías: tienen validez para toda la población).

y alta. Desde este punto de vista, el origen social de los estudiantes, tal como ha sido observado hasta ahora en las encuestas realizadas, no escapa a esta característica general. Es interesante observar que, hasta ahora, la composición social de la *Universidad de Buenos Aires se acerca bastante* al cuadro presentado por la Universidad de México. Además habría que disponer de datos para extender la comparación a los diferentes niveles de la clase media. Por ejemplo, existen en las fuentes algunos indicios que parecerían indicar que en estas Facultades de Buenos Aires habría una proporción bastante mayor de clase media inferior, que la registrada en Francia y en Inglaterra. Mas los datos son demasiado imprecisos para intentar aquí una comparación formal.

*En conclusión: el origen social del estudiantado universitario, observado en las Facultades de Filosofía y Letras, Ciencias Exactas y Ciencias Económicas en la Universidad de Buenos Aires es muy parecido al que se observa en México, y presenta una proporción ligeramente mayor de alumnos de origen obrero de la que se registra en España, Francia e Inglaterra.*

Prof. GINO GERMANI

# Bolivia, Revolución Nacional

## I

### UNA CONVERSACION CON CARLOS DUJOVNE

Recientemente pasó unos días en Buenos Aires Carlos Dujovne. Argentino de nacimiento, se adhirió desde joven a la doctrina comunista. En 1923 marchó hacia Rusia, y allí vivió cinco años observando directamente cómo se iba concretando, en uno de sus momentos más difíciles, la ideología bolchevique. En 1928, después de haber terminado sus estudios de derecho en el país de los soviets, regresó a la Argentina, donde volvió a luchar por sus ideales. Durante varios años dirigió la editorial comunista "Problemas", y ocupó importantes puestos en el Partido Comunista. Pero, poco a poco, comenzó a captar la *originalidad* de la situación latino-americana —y de la situación argentina—, y la captación de esa *originalidad* lo llevó a alejarse de un partido que nunca supo demasiado de qué se trataba cuando algo ocurría en Sud América. En 1948 rompió definitivamente con el Partido Comunista. Tres años más tarde, llamado por Siles Suazo con motivo de un trabajo que estaba preparando sobre temas agrarios, se dirigió a Bolivia, donde hoy desempeña el cargo de asesor del Consejo de Planeamiento. Para algunos, es la *eminencia gris* del gobierno boliviano. De todos modos, es uno de los hombres que está *haciendo* la revolución que tiene por escenario el altiplano. Con el venezolano Rangel, de la *Acción Democrática*, es una de los teóricos más lúcidos del nacionalismo democrático de Bolivia. Su mujer es la novelista argentina Alicia Ortiz, y es primo hermano de nuestro conocido León Dujovne.

Quise aprovechar la pequeña estadía en la Argentina de Carlos

Dujovne para conocerlo, para conversar largamente con él, para tratar de descifrar el enigma de la llamada *Revolución Nacional* boliviana. El contacto directo con los revolucionarios permite aprender más sobre las revoluciones que una colección de ensayos. Y creo eficaz iniciar estas notas sobre la revolución boliviana reproduciendo una charla amistosa con uno de sus hombres. Esta conversación permitirá ir fijando algunos datos concretos, señalando algunos puntos que luego trataré de analizar para buscar de desentrañar lo que es una *revolución nacional* concreta.. A través de una experiencia de transformación realizada en un país latino-americano, puede asimilarse el sentido de sus errores, de sus victorias, de sus frustraciones. No para incorporarlo mecánicamente a una realidad nacional tan distinta como la nuestra —la situación de Bolivia es más parecida a la de China que a la nuestra— sino para aprehender los datos comunes a todos los pueblos que buscan el camino de su emancipación nacional.

La conversación se desarrolló en un modesto departamento ubicado en Primera Junta, en presencia de Alicia Ortiz, su hija; un hijo de León Dujovne; Abel Alexis Latendorff y una gata. Luego de hablar largamente sobre política argentina, comencé a hacerle preguntas sobre Bolivia, y, convertido en periodista de facto, a tomar algunas notas.

Por supuesto, con la primera pregunta busqué que me explicara qué era eso de "Revolución Nacional".

—*En sustancia, debe entenderse por Revolución Nacional, ante todo, la independencia de los pueblos coloniales y semi-coloniales respecto de la dominación de las potencias imperialistas, tal como ocurrió en nuestra gesta en América Latina, en el proceso que se inició a principios del siglo pasado —aunque no se puede, estrictamente, hablar de imperialismo en aquella época. Este es también el caso de China y de India, que se vieron impelidos a arrojar al ocupante extranjero. Es el caso de Birmania, de Indonesia. Pero como las clases nativas interesadas en mantener el dominio extranjero han sido, invariablemente, las oligarquías terratenientes, y como todo el mundo moderno, en mayor o menor grado, vive la hora de una revolución socialista, y como ha aparecido en la escena de la historia universal esa nueva clase social que se llama el proletariado, todas aquellas acciones de liberación que culminan con la recuperación de la soberanía política nacional, ingresan casi simultáneamente en un proceso de transformaciones sociales que se expresan en reformas agrarias, en una política económica que encara las realizaciones mediante empresas mixtas y en una nueva política social tendiente a mejorar la situación de*

las masas laboriosas. El grado de profundidad de las transformaciones sociales, dentro de la revolución nacional, depende de la madurez del pueblo y de sus partidos. Así, no sólo la República China realiza el socialismo, sino que países como la India, Israel y Birmania, que se hallan gobernados por partidos no estrictamente proletarios, proclaman abiertamente y realizan en la práctica una política tendiente a nuevos tipos de sociedades, por ellos mismos denominadas socialistas y cooperativistas.

—En Latinoamérica, creo, las revoluciones nacionales no tienen exactamente las características de los movimientos que usted citó. ¿Qué diferencia a unas de otras? Prefiero hacerle la pregunta más concretamente. ¿Cuál es la peculiaridad de la Revolución Nacional boliviana?

—Bueno, en Bolivia no se trataba tanto de recuperar la soberanía política, sino de la expulsión de tres empresas mineras monopolistas, cuyo daño no consistía tanto en el monopolio que ejercían en el mineral —particularmente en el estaño— como en el hecho de que impedían el desarrollo de todo lo nuevo en el orden de la industrialización del país, y sobre todo en el de la agricultura en las nuevas regiones fértiles del Oriente.

—¿Qué medidas tomó la revolución con respecto a esas empresas mineras de tipo monopolistas?

—La revolución del 9 de abril terminó drásticamente con esta situación, nacionalizando las minas. Si bien la minería nacionalista actualmente dá pérdidas, no cabe duda que se llegará pronto a una situación satisfactoria.

—Quiere decir que el éxito de esa medida ha sido hasta ahora relativo. ¿Por qué?

—Efectivamente, la nacionalización ha dado hasta ahora un resultado muy relativo. No porque se trate de una empresa del Estado, como dicen los reaccionarios, sino debido a que ha disminuído enormemente la ley del mineral de estaño, de manera que hay que remover tres veces más roca para obtener la misma cantidad de estaño que antes; a que ha bajado extraordinariamente la cotización del estaño en el mundo; a que se ha carecido de capital circulante, retirado por los primitivos dueños de las minas; a la deserción de todo el equipo técnico extranjero, y también ¿por qué no decirlo? a la propia indisciplina obrera, reacción primaria, falsa interpretación de lo que debe entenderse por la liberación de la opresión de los tres barones de la minería, aspecto este último que se ha ido modificando, al punto que ya existen retos y desafíos entre minas y minas para ver quién produce más. La solución llegará cuando se resuelvan ciertos aspectos econó-

micos, y también mediante una reorganización administrativa, basada en una mayor descentralización y haciendo funcionar todo con un criterio comercial que contemple más que hasta el presente el aspecto de costos y rentabilidad. Personalmente creo que las empresas mineras nacionalizadas no son tan deficitarias como se las presenta, inclusive por parte del propio gobierno, ya que el tipo de cambio que se les paga por dolar no corresponde a la realidad, es extraordinariamente bajo. Básicamente, la solución de este grave problema estaría en la fundición del mineral en el país y también su última transformación en productos químicos e industriales, ideas en las que se piensa actualmente.

—Usted afirmó que las tres empresas mineras monopolistas trababan el desarrollo de la agricultura, ¿qué hizo el gobierno revolucionario en ese sentido?

—La tierra se hallaba en posesión de 40.000 terratenientes, y dos millones y medio de campesinos indígenas no sólo carecían totalmente de tierra, sino que eran siervos absolutos en la misma forma y medida que los campesinos europeos de hace quinientos años. Aquí no hay ninguna exageración. Esta es la situación que encontró el M.N.R. en lo que respecta a los agricultores.

El actual gobierno del M.N.R., con el pleno apoyo de todos los partidos bolivianos de la democracia revolucionaria y del pueblo en su conjunto, ha realizado la más radical y pacífica reforma agraria de América Latina. Nada más y nada menos. Actualmente, y por efecto automático del decreto del año 1953, del 60 % al 70 % de la tierra se halla en poder de los campesinos, y se espera que en los próximos cuatro años de la gestión del doctor Siles, se termine con el reparto del otro 30 % ó 40 %. Esta reforma, al igual que la China, salvo en la propiedad parasitaria latifundista, ha dejado un poco de tierra para el primitivo terrateniente a fin de que se reeduce en el espíritu de trabajo. No ha obrado con espíritu de venganza de clase, sino teniendo en cuenta el interés de las mayorías desposeídas y el de la producción para abastecer las ciudades.

—¿Qué resultados efectivos tuvo la reforma agraria?

—Como he señalado, automáticamente con el decreto de Reforma Agraria, más de la mitad de las tierras han pasado a poder definitivo de los indígenas campesinos. En cuanto al resto, la distribución ha marchado con suma lentitud y se ha empantanado en procedimientos leguleyos y formalistas. Ha faltado en verdad gente calificada que entienda de mediciones de terrenos y de aparatos de medición, aspectos que se van resolviendo. Existe ahora la opinión de que hay que

aligerar el decreto de Reforma Agraria de toda su hermenéutica compleja en el reparto de tierras. Se piensa no seguir más con la práctica de pretender dividir las tierras a lo largo de todo el país simultáneamente, sino concentrarlo en las regiones más importantes, a saber:

a) Cochabamba; b) Lago Titicaca; c) Yungas Paceños.

En cada región y por turno se lanzarían todos los recursos de dirigentes y técnicos del Consejo de la Reforma Agraria, y junto con el reparto de tierras se organizarían bancos campesinos cooperativos para el otorgamiento de créditos a las cooperativas, obras de riego menor y mediano, utilización racional del guano, distribución de semillas genéticas y, en general, asesoramiento agro-técnico y agro-biológico, introducción del arado de hierro en reemplazo del de madera, rotación de cultivos, etc... Como ya dije, se piensa dar cima a la Reforma Agraria en el término de cuatro años.

—¿Qué otras realizaciones de la Revolución Nacional puede citar?

—Otras realizaciones de esta fundamental revolución latinoamericana son: el voto para los indios analfabetos y las mujeres, la reforma educacional, que en escasos años ha creado 700 nuevas escuelas, y un régimen de democracia que adquirirá su esplendor después de estas elecciones con un parlamento auténticamente popular. Si hasta el presente el gobierno debió recurrir a represiones, se debe a que los partidos que en una u otra forma representan los intereses de los terratenientes y los antiguos intereses de la gran minería no se conformaron, obvio es señalarlo, con la pérdida de sus privilegios y apelaron desde el primer momento al complot y a la insurrección armada contra el gobierno popular.

La prenda y garantía más efectiva de esta revolución, aquello que respalda la creación de un nuevo orden social en Bolivia, radica en el hecho de que las masas campesinas, como los obreros sindicados, se hallan armados, en tanto que el viejo ejército de la oligarquía ha sido destruido. El que hoy existe cuenta con escasísimos efectivos, y así y todo se halla volcado por entero en tareas productivas de la agricultura. Este es el rasgo más original de la Revolución Nacional boliviana, y esto es lo que hace imposible —o casi imposible— concebir un retorno al viejo orden de cosas.

—¿Qué clases respaldan a la Revolución Nacional boliviana?

—Oficialmente, el M.N.R. se define como un partido y un gobierno del proletariado, de los campesinos y de la clase media empobrecida. Una observación objetiva del gobierno indica que el papel predominante lo tiene el sector de la clase media del M.N.R., sector que dá el tono a las medidas de la revolución. No obstante, el papel del pro-

letariado y de los sindicatos obreros es enorme, no sólo porque cuenta con varios ministros escogidos en el seno de los propios sindicatos, sino porque imponen prácticamente muchos de sus puntos de vista. Obvio es destacar que se trata del sector más sano y vigoroso de la Revolución, el que sostiene sus principios más denodadamente, sin concesiones ni claudicaciones. Si el sector de izquierda y proletario del M.N.R. insuflara su política con un programa de realizaciones económicas más concreto, y si fuera menos verbalista, posiblemente su influencia sería determinante. El campesino, hasta el presente, es más bien objeto que sujeto de la política del gobierno, pero rápidamente, en la medida que va organizando su movimiento cooperativo y se forman líderes propios, su peso va creciendo en el organismo de la Nación. Aunque en la fórmula se excluya a la burguesía industrial y progresista, es evidente que esta clase social juega un papel bastante importante en la política gubernamental y podría ser una clase social progresista interesada y aliada de la Revolución Nacional, si se fuera más al encuentro de sus necesidades, posibilitando el desarrollo de la iniciativa privada, hoy trabada por infinidad de medidas burocráticas y leyes de regímenes pasados. En los hechos existe una muy activa colaboración entre el Gobierno y la Federación de la Industria. No debe olvidarse que la expansión industrial se ha visto fuertemente trabada por los gobiernos de los Barones de la Minería y de los terratenientes.

—¿Qué intereses respaldan a la contrarrevolución? La Falange Socialista, ¿qué características tiene?

—La Falange Socialista Boliviana es una agrupación reaccionaria y fascista. El jefe lo dispone allí todo y exige sumisión. Su lema es, aparte de uno relativo a la obediencia al jefe, el mismo que utilizó en la Argentina la tristemente célebre Alianza Libertadora Nacionalista, partido con el que tiene muchas afinidades: Dios, Patria, Hogar. Es un calco de la Falange Española de Franco. Aspira a la reorganización del ejército y, en caso de arribar al poder, no cabe duda que devolverían las tierras a los terratenientes. Creen en el culto de la violencia y de la fuerza, pese a que encubren su naturaleza íntima con frases sobre libertad y democracia. En la reciente elección, los partidos tradicionales se han abstenido de intervenir, pero se han cobijado bajo el ala de la Falange, integrada por la juventud dorada y la llamada gente bien del país. Aunque Falange se proclama abanderada del catolicismo, el clero nacional no está con la Falange, y convive muy bien con el M.N.R., que es por otra parte un partido eminentemente católico. Así, por ejemplo, en la reciente manifestación obrera del 1º de Mayo, al lado de Lechin, líder de los trabajadores bolivianos, se vió al Jefe de la Iglesia Ca-

tólica saludando a las masas obreras.

El complot que prepara la Falange, junto con otros partidos reaccionarios lamentablemente parece contar con la aquiescencia de algunos sectores que se mueven cerca del gobierno argentino, y que influyen para que los "golpistas" tengan plena libertad operativa en territorio argentino. Ello se debe a que grandes sectores de los partidos democráticos argentinos consideran que el gobierno del M.N.R. es fascista o peronista. Paradojalmente, los conservadores lo consideran comunista. Este es un profundo error. El gobierno boliviano es un gobierno plenamente democrático, que rechaza por igual al fascismo, al peronismo y al comunismo. La revolución boliviana es simplemente una revolución humana, progresista, que ha aventado al régimen feudal; liberado al indio, al que ha transformado en pequeño propietario y que ahora piensa organizarlo en cooperativas; que se ha lanzado con audacia inusitada al desarrollo económico del país. No cabe duda que se han cometido muchos errores, tanto en la aplicación práctica de los grandes enunciados de la propia Revolución Nacional como en la necesidad de una convivencia democrática en lo interno, pero es notable el coraje con que se revisan y se enmiendan los errores. Es innegable que cierto sector del M.N.R., en las condiciones de la segunda guerra mundial, por odio al dominio yanqui-británico, y por considerar inevitable una victoria nazi-fascista, fué influido considerablemente por ideologías fascistas, excrecencia ideológica de la que no le fué difícil deshacerse en las nuevas condiciones motivadas por el triunfo del mundo libre sobre Hitler, ya que en lo esencial el M.N.R. era un partido eminentemente boliviano con un programa nacional y popular. El demócrata formal que no entiende que los hombres, como los partidos, evolucionan de acuerdo a lo cambiante de las condiciones reales, que se apega a ideas fijas en un medio tan flúido como el que vivimos, no podrá coadyuvar al progreso humano, y, en modo especial, al progreso de nuestro continente. El M.N.R. de hoy en día dista profundamente de ser lo que ha sido en 1943, y se puede hablar en realidad de un nuevo partido que ha condensado en su programa y realizaciones los anhelos de todos los partidos y corrientes de la democracia revolucionaria boliviana de los últimos 25 años.(\*).

(Reportaje de RODOLFO MARIO PANDOLFI)

(\*) La segunda parte de este reportaje será publicada en el próximo número.

## Crónicas de viaje, de José Ingenieros

La crónica de viajes es un género que se escapa de la literatura para ser una consecuencia o una fijación del deslumbramiento. Nace cuando de pronto alguno distingue hechos inconcebibles y realidades inauditas hasta el momento anterior, que son nuevas no tan sólo para él sino también para los otros. Al deslumbramiento sucede una urgencia en la transmisión que exige ser escrupulosa y verídica, detallada y amplia. Por ella, los demás sabrán cómo es esa realidad que se abre ante uno de los suyos, sentirán un poco la fuerza de la revelación. Este sentido de la crónica está bien probado en la historia del mundo, desde César a Ulrico Schmidl pasando por Marco Polo. Con éste, sin embargo, el viaje, que para los otros era solamente instrumental, se convierte en objetivo. Los otros iban a la guerra o a la conquista y de paso establecían el registro de las novedades; Marco Polo *hace un viaje* sin otra finalidad que ver cómo es eso tan lejano y de lo cual se oyen decir tantas cosas. Claro que de paso hará un poco de comercio, pero lo esencial es que su objetivo está predeterminado y consiste expresamente en ir a observar para referir en seguida, habida cuenta de que los demás han puesto confianza tanto en su capacidad de observación como de relación.

De aquí parten dos líneas que se continúan en los tiempos hasta que una de ellas se agota y la otra se degenera. La no instrumental, una vez que todo ha sido conocido, no tiene más razón de ser: no hay más mundos ni gentes inauditas, no hay más revelaciones ni descubrimientos, en consecuencia no tiene mayor sentido seguir describiendo lugares que de un modo u otro todos conocen. La otra, a medida que no se encarga más a nadie que vaya a visitar un lugar para referir

rinos cómo es porque su objetividad ya no nos hace falta, se altera en su sentido y se convierte no en el relato de lo que el lugar y la gente visitada son, sino en la historia de lo que nos ha sucedido a nosotros como primeros personajes en los lugares visitados. Porque nuestras experiencias tienen cierto valor para nosotros, nos parece interesante hacerlas conocer a los demás, pero como se sabe ya que en el fondo a nadie le importa, recreamos el material, le soslayamos el aspecto descriptivo y cognoscitivo para hacerle resaltar su costado literario o analítico. A menos que la crónica declare otro carácter y otra pretensión, ateniéndose a éstos con abandono de toda personalización y sin ambigüedades literarias. Esto es posible aun actualmente, donde se encarna en una forma del periodismo que interesa sólo en y a los diarios o eventualmente, y por razones de momento, en libros, como por ejemplo las notas de Pierre Gascar sobre la China comunista o las de Lazareff sobre la U.R.S.S. Si algunos persisten todavía en hablar de lugares sin intención divulgatoria, ya han abandonado totalmente las ilusiones de creer que estaban ilustrando. La crónica, como *Voyage en Italie* de Jean Giono, se agrupa decididamente en la literatura y campea junto a la poesía o a la novela: es una pura creación.

El hecho de citar nombres contemporáneos como exponentes de lo que se hace y puede hacerse en este género, no excluye a Ingenieros de una desubicación que invalida su olvidable volumen. No hay tanta distancia ni diferencia entre su tiempo y el actual como para pensar que entonces tenía vigencia un género y un tono que ahora carecen de realidad.

La molestia que produce la lectura de esta obra reside sobre todo en la actitud con la que encaró Ingenieros no tan sólo sus notas sino también su viaje. Esa postura mental puede interpretarse como una reacción de época en un hombre del talento de Ingenieros, aunque una actitud análoga tiene actualmente desdichado curso en la clase más lamentable de viajeros que pueda darse: los turistas. Es un espíritu compuesto de vanidad, suficiencia y filisteísmo. Su mejor disposición consiste en exigir pruebas de la sugestión o de la belleza o de la cultura de los lugares: exigen ver el fantasma de Hamlet cuando llegari a Elsinor. Si no lo consiguen se van afirmando que Elsinor no vale la pena, que son cuentos todo lo que se afirma acerca de su valor. Ellos lo pueden decir porque han estado. Sin intentar reducir totalmente a Ingenieros a esta categoría de advenedizos se ve con decepción que su actitud no es esencialmente muy diferente, aunque motivada por otras razones.

Lo que en los otros es la incapacidad del conformismo burgués,

en él es el producto de la satisfacción de pertenecer a un mundo casi perfecto que había descubierto la psicología experimental y que había ajusticiado la metafísica por inocua, dañina y primitiva. Es la adquisición y la profesión del positivismo lo que se encuentra en la base de esa disposición que, ligeramente grotesca (en su lado negativo) en otras partes, en nuestras latitudes lo es en grado superlativo. Esto no quiere decir que todo el positivismo haya sido nefasto o negativo. No se trata aquí de considerar como tampoco de juzgar al positivismo. Lo que se puede señalar como hecho curioso es el sentimiento tan especial que provocó en los hombres que vivieron el momento de su auge. Todos participaban de la confianza en la ciencia, todos creían que del abandono de la religión y la metafísica, del culto a lo útil y limpio surgiría la felicidad para el género humano. El alma humana era puesta todos los días sobre la mesa operatoria de hábiles cirujanos que opinaban luego brillantemente en los congresos sobre sus resortes y sus límites. Los sentimientos estaban fichados y fijados porque se creía en la eficacia del conocimiento de las hormonas. La idea del cuerpo como mecanismo surge de allí porque se está en éxtasis frente a la infalibilidad de los mecanismos y el conocimiento de éstos lo permite todo. Mediante esta asimilación, el cuerpo deja de ser un problema insoluble o por lo menos difícil. Y así la cultura, la civilización, la educación, el arte y todo lo demás.

Con este bagage que hace de contrapeso y lastre, Ingenieros afirma que en Venecia no pasa nada. Hay, sí, algunos Tintoretto y Canaletto y edificios renacentistas de valor innegable, pero que se encuentran también en otras partes, especialmente en museos y aun en las colecciones privadas de los hombres cultos. Pero, en cambio faltan inexcusablemente edificios modernos, no hay instalaciones sanitarias, no hay donde ir. ¿Qué pueden haber visto los románticos en ese dadero fluvial de inmundicia? Sagazmente adivina que nadie quiere confesarse la decepción y que por esa razón hipócrita el entusiasmo se multiplica. Naturalmente no menciona siquiera las detestadas iglesias bizantinas ni los mosaicos, el Lido le parece una playa insignificante inferior a la más miserable de las arenas sudamericanas. Sin llegar a exigirle que debiera haber sentido que la vida de las ciudades es apenas intuible por los merodeadores, se lo puede acusar de carencia de sensibilidad artística por causas de postura ideológica, por prejuicios filosóficos que llegan hasta a cegarlo. No menciona una sola de las iglesias que no pudo dejar de ver puesto que están por todas partes, imponiendo su piedra a los lugares y a los hombres. Ingenieros consideró indecoroso mirar San Marcos, dejó de lado Notre-Dame de

Paris, ignoró la catedral de Colonia, no vió los primitivos toscanos ni el románico español sólo porque provenían de ese detestado período de la humanidad que se llama Edad Media y cuyas oscuridades todavía deprimen a los espíritus positivos.

Su mejor disposición, su prejuicio favorable es para la ciencia y sus trabajos. También allí reside su mayor deslumbramiento, lo más concreto de su viaje. Todo lo encarará científicamente. Teoriza sobre el amor explicándose por desarreglos del sistema nervioso; estudia crímenes no improvisadamente como se hacía antes, sino provisto de la nueva ciencia: la criminología, de cuya infalibilidad no duda. No en vano cambió impresiones con Lombroso, Ferri y muchas otras notoriedades. De a ratos, con todo, su optimismo sobre nuestro tiempo se va al demonio arrojado de sus aposentos por los manes de Gobineau, Chamberlain, etc. Para él, es un hecho que los negros son de una raza inferior puesto que no han podido demostrar lo contrario. Las condiciones seculares de la vida de esta gente le resultan débiles argumentos en contra de la afirmación sobre todo porque una vez más el razonamiento le sirve para hacer surgir su satisfacción por vivir en un momento tan inteligente y tan avisado del mundo. Alguna línea se salva, pese a todo, donde la ciencia empírica no tiene nada que hacer y donde no actúa con el aplomo de la gente que lo ha resuelto todo. O quizá porque en este aspecto se encuentra lo más válido con que cuenta: la interpretación de la historia. En este sentido, su comprensión del imperialismo y su visión de lo que el roce de esas enormes fuerzas acarrearía, es aceptable y lo reivindica. Pero es muy poco frente al caudal de despropósitos y limitaciones en que incurre sin remisión. Total incapacidad psicológica, total insensibilidad histórica, total incompreensión estética. Estos cargos condenarían a cualquiera a un olvido irreparable. Ingenieros se salva porque es esta una de sus obras menos importantes y porque su verdadera obra es la de su persona y su conducta, la de su actuación y sus trabajos, la del lado concreto del positivismo que reside en la tarea y la iniciación y no en el liviano sentimiento personal de identificación con la época y consecuente satisfacción.

Es curioso comprobar al mismo tiempo la existencia de un extraño espíritu que domina la mentalidad de nuestras clases cultas durante el "Régimen". Es como si los ideales se hubieran limitado y todos debieran recurrir a ellos para tener una carta de ciudadanía cultural, porque de ese espíritu participan los venidos de todas partes del ámbito cultural. Un socialista tardío como Ingenieros tiene el tono y la soltura de cuerpo de un reaccionario como Cané. Uno y otro están ale-

jados y son lejanos al hombre medio argentino como nunca lo ha estado "l'homme illustré" del hombre del pueblo. ¿Será el rigor del método positivista lo que provocó la fractura? Tal vez más bien el contenido de esa mentalidad que se contentaba y satisfacía con su novedosa visión del mundo mientras la gente de la calle no podía ni soñar con ese confort. En esa misma época de delicia intelectual el pueblo se manifiesta de la manera lo menos feliz que se pueda imaginar. No comprende el lenguaje que habla la clase ilustrada y sólo recibe de ella lo que ésta le ofrece concretamente (y ocasionalmente) en forma de defensa legislativa (no demasiada) o de apoyo a las luchas en que está empeñado sin muchas esperanzas. Si se piensa que son los anarquistas quienes hacen el telón de fondo de la época y la cortina musical, se comprende el alejamiento y la provisoriedad de esa cultura que ya se sentía heredera de la europea y capaz de competir con ella para superarla en su propia línea.

Para reencontrar este disloque, el libro de Ingenieros "Crónicas de viaje" (1905), sirve perfectamente.



# San Martín y Viamonte

**TULIO CARELLA: El Tango. Mito y esencia.** Buenos Aires, Ediciones Doble "P", 1956.

Bajo este pomposo subtítulo, Tulio Carella emprende una serie de reflexiones que abarcan desde los orígenes etimológicos de la palabra "tango", hasta las posibilidades presentes de pervivencia en una Buenos Aires radicalmente distinta de aquella que le viera nacer. Desde sus oscuros orígenes afrocubanos y andaluces, el tango despierta en la cintura del arrabal, hacia el noventa, y a fuerza de atropelladas compadres se va aquerenciando, rezongón e insolente, en el corazón mismo de la ciudad. Su música, su letra, su danza, provocan la inmediata resistencia de aquellos núcleos sociales e intelectuales que lo ven exclusivamente como producto de burdel —lo cual es cierto— e impugnan la vulgaridad plebeya de su traza idiomática.

Pero el tango demuestra poco a poco su capacidad protéica de expresión, desbordándose en una vasta temática que alterna temas sombríos y sensuales juntamente con la evocación sentimental de las eternas alegrías humanas. Paulatinamente, va afirmándose en su poderío popular y gana la voluntad de las patotas elegantes y su órbita trasciende así el marco rioplatense para saltar al parisién.

A lo largo de esta historia, más o menos conocida por todos, se van planteando los interrogantes profundos que suscita la aparición del tango.

El carácter de la pugna social que provocó; el papel de las grandes inmigraciones europeas, así como el de la raza negra, en su gestación y su estilo; su validez como expresión directa y auténtica de un personaje único: el compadrito; la polémica estética y moral que levantó con la audacia de sus movimientos y la peculiar relación hombre-mujer que éstos implican; su

controvertida tristeza; su léxico peculiar, de espontánea creación popular, según Carella; su filiación desde Carriego y Almafuerte y el doble carácter consecuente de su herencia —colorida nostalgia sentimental por una parte, protesta y denuncia agresiva por otra; la dialéctica de su trayectoria, desde el tabú de sus orígenes orilleros hasta el logro de su indiscutible prestigio, tentación de artistas verdaderos: la dimensión de toda esta problemática confirma las palabras de Carella: "ningún trabajo serio sobre los usos y costumbres de los argentinos sería completa en la actualidad, si no se incluyese el estudio del tango".

Preciso es aclarar, sin embargo, que si bien Carella hace tarea positiva señalando la real importancia de los problemas concomitantes con la naturaleza y la historia del tango, su ensayo se resiente por la ambigüedad en que se diluyen los planteos propuestos. El número de los problemas establecidos incide en la rapidez y la superficialidad de las soluciones apenas bosquejadas. Pese a la prevención contra las citas expresada en la página 38 ("Venzo la tentación de acopiar más citas"), abundan en el texto, frecuentemente deshilado, las citas y referencias imprecisas, insuficientes o insólitas. Así la específica consideración de las letras de los tangos, da lugar a una disquisición general acerca de la naturaleza del idioma, en que aparecen, uno tras otro, Max Muller, Parahmhansa Yogananda, Anatole France, Voltaire, Platón, etc., etc. Sólo Borges hubiera salido airoso de tal empeño. Carella no es Borges. En la página 100, se establece una insospechada correspondencia, inspirada en la consideración de la temática tanguística: "Es normal que la curiosidad se detenga en suce-

sos de mayor dramatismo, que bordean lo tenebroso o que muestran un sentido sexual intensamente positivo. (Este último asunto tiene un curioso parentesco —aún no señalado por los comentaristas— con la actitud de los raptos de las Sabinas)" (sic).

Horacio y Catulo resultan presuntos manes inspiradores de "El alma que canta": "No sólo la sombra de Horacio aparece en el tango; se percibe también la de Catulo. Véase si no la similitud entre estas dos filosofías: se dice en un tango:

"Se va la vida, se va y no vuelve. Lo mejor es gozarla y largar las penas a rodar."

Y Catulo:

"Vivamos, mea Lesbia, atque amemus" (...). La inspiración parece de primera mano" (sic, pág. 103).

No sabemos si el autor ha cedido al espíritu humorístico portefío que comenta en otras páginas, al escribir estos párrafos; de todos modos, ellos restan, sin ninguna duda, consistencia y seriedad a su ensayo. Se hace notar asimismo, la ausencia de un índice bibliográfico que precise el origen de las múltiples citas, a las cuales nos remite directamente el autor, sin ninguna aclaración de fuente o crítica personal al respecto.

En suma: un trabajo que al acopiar a la vez datos interesantes y otros prescindibles acerca del tango, va señalando oscuramente varios caminos hacia la comprensión, sin indagar tenaz, originalmente, en el requerimiento de su esencia misma.

Aciertos parciales —como el gracioso prólogo, la atinada crítica al falso enfoque de Martínez Estrada, la regocijante versión de **Yira-Yira** en inglés— no redimen a Carella de esta falla fundamental.

El tango —mito y esencia— sigue esperando al escritor que lo revele.

Ivonne Bordelois

**NOE JITRIK: Feriados (poemas)**, Buenos Aires, Contorno, 1956.

La generación que ya se está llamando de Contorno —y de la cual Jitrik forma parte— pretende, como se sabe, asumir en la Argentina una nueva actitud frente a la literatura, o mejor dicho, frente a la cultura en el sentido más amplio de esta palabra.

Digamos sin embargo y en primer término —para no tener que repetirlos pero para haberlas dicho en buen lugar— dos comprobaciones elementales: 1º) Borges es el mejor escritor argentino; 2º) nuestra joven generación —inclusive en ciertos torpes desmentidos— de él vive y de él muere. Durante mucho tiempo aún nuestros escritos no serán más que afeamientos, comentarios o—en el mejor de los casos— desarrollos de tal o tal otra línea de Borges.

Estos hechos no excusan sin embargo los errores de la solapa de **Feriados**. En ella Ismael Viñas, sabiendo probablemente que Noé Jitrik había vuelto de Europa a Buenos Aires y no viceversa, asegura que el regreso fué de descubrimiento y de posesión de la ciudad en que “hacemos todas esas cosas que significan vivir”. Estas afirmaciones —como por otra parte las que se refieren a la lucidez del libro de Jitrik— son quizás ciertas de un retorno emprendido por Borges hace unos treinta años. Aplicadas a Jitrik son tan erróneas que el lector se asombra de que Viñas luego de haber entrevisto ciertos planteos, haya podido dar respuestas tan manifiestamente arbitrarias

que cualquier página del libro las desmiente, que ni siquiera consiguieren ser disculpadas por la brevedad de una solapa o las confusiones de un estilo forjador de “remisencias que parecen presagios”.

No insistiríamos sobre estos errores si no tuvieran el mérito de ponernos sobre algunas pistas, junto al defecto de ignorar lo que hay de original —digamos de auténtico— en la actitud de Jitrik.

Este, decíamos, vuelve de Europa. Ahí se encontraban muchos argentinos, cada uno coleccionando lo que sus gustos le dictaban o sus posibilidades le permitían; etiquetas de Grand Hotel para pegar sobre las valijas, ceniceros, conocimientos, mujeres, fichas para hacer tesis, camisas de nylon, alumnos de español, o, más sencillamente, monedas y estampillas. Jitrik juntó un poco de vida, ciertas lecturas, algo de angustia emigratoria, bastante de hambre. También, por supuesto, decepciones. Retorna a la Argentina, pasea por las calles de Buenos Aires con un traje de semana a pesar de los Feriados, y —contrariamente a lo que anuncia la solapa— no se siente ni de regreso, ni descubriendo, ni poseyendo esta “ciudad increíble”. Agrega simplemente una nueva angustia, una nueva decepción a las de su álbum. Cualquiera que hojee el libro en cuestión acertará esta evidencia y convendrá en que hace buena parte de la sinceridad de sus poemas, de su tono depresivo, de su forma desordenada. Da también a los versos un sentido que está más allá de las circunstancias de un retorno individual: corrobora que en general los porteños no alcanzamos a poseer Buenos Aires, que aún en ella nos sentimos solidarios de los inmigrantes<sup>(1)</sup> y hasta más tristes que ellos, puesto que ni siquiera tenemos el con-

suelo de necesitar dinero.

Es en efecto un hecho ya notado que los ingleses sintieron la pampa mejor que nadie: quien lo dude puede comparar algún libro de Hudson con don Segundo Sombra. En cuanto a Buenos Aires, encontró su mejor resumen en la voz de uno que nació en Toulouse: Charles Gardès, también llamado Carlos Gardel. Jitrik intenta rescatar la ciudad y su lenguaje (imposible rescate puesto que antes habría que reinventarlos): dice de vós, alude a las sacramentales costureritas de Carriego, nombra la cancha de Atlanta (no la de River, como aprecia Viñas en la solapa), invoca la calle Pedro Mendoza, "Crítica", los cafés y los taxis. Vano propósito; todo es inútil: sólo la muerte —negación de negaciones— le podría dar la posesión de Buenos Aires. Y lo reconoce en las últimas páginas de su libro (2).

Por otra parte, no nos llamemos a engaño. Jitrik ya no cree en los cines suburbanos, en las instituciones, en las tías, en los interventores. Si fracasa en su búsqueda de esta ciudad sin mar lo hace sabiendo que eso es secundario. Exagerar el dolor que ello le causa es casi consolarse de mala fe. Porque ¿qué importa no encontrar a Buenos Aires cuando se busca a Galilea? ¿qué hace perder el tren, si éste no lleva a la tierra prometida? Esos son los "Días del porteño" para Jitrik (3). Y éste el exilio y el fracaso que cantan en realidad sus versos (4). Fracaso tanto más absurdo cuando se sabe que la tierra esa no existe, que ese país es la metáfora no de un espacio sino de un tiempo prometido: un tiempo menos cruel que nos permita encontrarnos a nosotros mismos, que nos sea una patria donde juntar la dispersión de

imágenes que es nuestra historia. Puesto que aceptaríamos no poder comunicarnos con los otros: "No nació mi dialoguista, mi entrañable dialoguista". Pero no queremos resignarnos a la desolación radical y sin embargo inevitable de no poder comunicar con nosotros mismos, de saber que el hombre está más lejos de sí que de la más lejána estrella, como diría Chesterton. Y el motivo de este drama no es nuestro viaje o la soledad, ni la oscura tradición de nuestra raza o un íntimo silencio animal: es solamente nuestra incomprensible condición temporal. Todo esto —creo— ha de haber sentido el autor de Feriados; así por ejemplo en "El paseo del perro":

"Por los barrios desiertos de la  
[tarde  
anda un perro solitario como un  
[negro."

Es paseando —pasando— por los barrios del tiempo, no por los de Buenos Aires, que Jitrik versifica. Y es en ellos que encuentra con toda naturalidad los temas de la poesía moderna y sus sedientos desiertos, así como la desdichada alienación del hombre, esta alienación que (lo) constituye fundamentalmente y que en lo esencial no es —como pensara Marx— sólo un momento pasajero de su historia.

"Kafkiano", dirían los críticos y niñas de Florida. No creo. Preferiría designar la situación con una palabra parecida a "embromado". A propósito, Viñas: Kafka sí tenía una desoladora lucidez; así es como escribió páginas que no quería publicar pero que parecen inscriptas sobre el mármol, o sobre nuestra piel, como en "La Colonia Penitenciaria". Jitrik, por el contrario, deja ver una confusa desolación (o disolución): así es como permite imprimir poemas que son borradores, que por falta

de trabajo consienten versos culpables. Confieso: no sé qué vale este reproche; desgraciadamente no soy uno de los tres o cuatro argentinos que entienden algo de poesía. Quizá para expresar una desolación confusa el estilo borrador sea el más recomendable, quizá Jitrik sólo podrá pasar en limpio sus versos cuando se pase en limpio a sí mismo. Pero su lenguaje ya es, por otra parte, preferible al cansado disco surrealista tal como lo rayan aún entre nosotros las tardías púas del Dr. Pellegrini y Cia. Decididamente: en sus momentos más felices las forman ligeras y abiertas de Jitrik van en el sentido de lo mejor de la sensibilidad moderna.

Tratándose de jóvenes autores, he aquí por lo menos una promesa.

Vuelvo a hojear las páginas de Feriados; leo:

"Vuelta al final: el regreso es lo  
[cierto  
una verdad existe volver volver  
marchitos".

Apuesto a que Jitrik recordaba una tarde de 1954: estábamos al sol de una playa española, separados por unos cincuenta metros de arena: de pronto una victrola

desorbitada empezó a mandar un tango de Carlitos: "Volver, con la frente marchita..." Supimos luego que —cada uno por su lado— habíamos sentido la misma emoción, comprendiendo que ni la tajante luz de ese cielo mediterráneo, ni la transparencia de las aguas y los sentimientos en Tossa de Mar conseguirían impedir o hacer más glorioso el retorno al oscuro Río de la Plata.

Y ahora veo también —en la pág. 25— un verso de Gérard de Nerval que no por estar reproducido en francés está citado correctamente. No es "pauvre", sino "ténébreux". Lástima, porque el verso es lindo de veras y queda aquí cojeando por la falta de una sílaba. No quiero ser severo: conozco la culpable y el momento del error: una alta voz que declamaba un sábado, en las duchas públicas de París.

Marcelo N. Abadi

- (1) "Te sentías solidario cuando pasas por allí/de la pobrecita soledad que los agrupa".
- (2) Cf. pág. 44.
- (3) Cf. pág. 13.
- (4) Si así no fuera, ¿qué sentido tendría la inclusión de "Napoleón en Santa Elena"?



Los libros

i.e.e.

## PERIFERIA

**BEATRIX BECK: Acomodados con el cielo.** Buenos Aires, Ediciones "La Reja", 1956.

En el primer libro de Beatrix Bécck que conocimos aquí,<sup>1</sup> la autora, impresionada quizá por el éxito de Cócchioli, de Greene, de Mauriac, tentó suerte mezclando ingredientes de los tres, y así salió "León Morin, sacerdote", especie de diario autobiográfico, con sus inevitables toques de aparente escándalo, problemas de conciencia, religión, sociedad, etc., y su no menos inevitable premio literario. Flores comunes en una literatura de posguerra ya evidentemente agotada, B. Beck obtuvo, no obstante, un éxito quizá no legítimo pero innegablemente de proporciones.

Ahora llega el segundo. Manejando con suma habilidad y una superficialidad impresionante una serie de elementos heterogéneos pero de segura repercusión, ha construido este "ente híbrido" (no podemos llamarlo novela) —impalpable secuencia del anterior— que mucho se parece, en líneas generales, a una colección de artículos del

Reader's Digest. Con cronométrica regularidad, la autora repite sus argumentos: catolicismo, comprensión (tan católica y comprensiva es que se ha casado con un judío), tolerancia, falta de recursos materiales, viajes absurdos, palabras y letanías en latín, parientes pintorescos, vulgaridades, la hija que crece, el marido muerto, el sexo dominado, un día de sol, críticas veladas a una sociedad teóricamente perfecta, etc., etc., etc. Así corre el libro, con prosa por desgracia liviana (lo cual impide abandonarlo desde el principio) y con un desenfado y una inconsciencia que serían deliciosos si la autora los dedicase a cuentos de hadas y de animales, y no a libros que en el fondo pretenden ser testimonio y documento.

Testimonio y documento es, este libro, no ya de la sociedad temporal que quiere pintar la autora, sino, a pesar suyo, de esa otra imponderable sociedad intelectual a la cual pertenece. A la de esa serie de "artistas" que, de tanto poner los ojos en la realidad, aquí y ahora en el mundo, dejan por eso mis-

(1) **León Morin, sacerdote.** Bs. As., Emecé 1954.

mo de captarla, dedicados sólo a contornear lo externo, lo sensible, lo atrayente y fácil, sí, pero también mudable y fugitivo. De la misma manera que alguien que se dedice a atesorar cenizas, mientras, oculto e invisible, el fuego sigue ardiendo en alguna otra parte.

En resumen: un libro que, leído, nos mueve a pensar que hasta Françoise Sagan quizá sea inteligente.

C. M.

### FRANÇOISE SAGAN: *Bonjour Tristesse* y *Un certain sourire*. Paris, Juillard.

Rimbaud, Lautréamont, Radiguet... Los franceses no resisten al placer de descubrir genios infantiles o adolescentes. Con la aparición del primer libro de Françoise Sagan, la duda era todavía posible. Se buscó precocidad allí donde había copia o infantilismo. Porque se describía alguna escena un poco cruda, los "bien pensants" pusieron el grito en el cielo. Es que *Bonjour Tristesse* evoca sutilezas psicológicas, aburrimientos de aristócrata en un cuadro 1920, sin la exquisitez de un Proust y con la morbosidad de una chica de Liceo. Ahora, con *Un certain sourire*, se evidencian los pobres recursos empleados, en un paralelismo de caracteres estereotipados, en situaciones convencionales.

Esquemáticamente, los personajes (puesto que se habló de agudeza psicológica), serían los siguientes: en *Bonjour Tristesse*, una "niña bien" con un padre rico y viudo, moviéndose en una sociedad de financistas, de hombres de mundo, donde el máximo entretenimiento es la ronda de amantes más o menos empuetadas. Frente a ellos Anne, la rubia Anne, la delicada y fuerte intelectual que pondría orden en esas vidas de una bo-

hemia que rechazarían los románticos más ortodoxos. Y como marco juvenil, Cyril, el atleta, el estudiante rico, con villa en Cannes, con velero, con el sol, con el mar. *Un certain sourire* vuelve a replantear situaciones; la misma "niña bien", pero transformada en estudiante; el hombre ya maduro, que no es el padre sino el amante (¡la fijación paterna se hace evidente!); la mujer segura de sí, Françoise; el adolescente, Bertrand. Pero a pesar de esta evidente falta de imaginación, hay cambio. Al poner en juego los titeres de *Bonjour Tristesse*, Françoise Sagan opta por un cinismo quinceañero, por un defender cierta libertad de costumbres, por rehuir lo establecido. Vivir artificialmente, pero sin problema moral. Y Anne desaparece. Queda solamente la desazón; Cécile termina diciendo: "cuando estoy en mi cama, al amanecer, con el solo ruido de los autos en París, mi memoria me traiciona a veces: el verano vuelve y todos sus recuerdos. ¡Anne! ¡Anne! Repito ese nombre por lo bajo y largamente en la oscuridad. Algo sube entonces en mí que llamo por su nombre: Bonjour Tristesse". No es que Dominique (otra reedición de Françoise Sagan) sea distinta, pero es consciente desde el primer momento de un estado de cosas al cual asiste como espectadora y al que se halla identificada por inercia. "Me siento absolutamente responsable. Pero, ¿de qué? ¿De mi vida? Es bien *suple*, bien maleable. No soy desgraciada. Estoy contenta. Ni siquiera soy feliz. No soy nada". De allí brota esa sensación de fracaso, de *spleen*, de inutilidad total y de rebusques estetizantes.

Aún la descripción de actos sexuales, que Françoise Sagan no escatima, tiene sabor a cosa prohibida. Es un poco la actitud de un

chico que quiere salir solo a la calle, y antes de hacerlo lo repite una y mil veces. Tanto Cécile como Dominique creen desafiar la sociedad y lo único que logran es mostrar sus límites, su ingenuidad de "niñas precoces".

Después de diez años de literatura comprometida, nos encontramos con dos novelas bien escritas, es cierto, pero cuyo alcance es nulo y que no se conciben sino en una sociedad decadente. El volver a Gide, aún conscientemente, no parece solución válida. Sin embargo, el interrogante existe. François Sagan, ¿representa o no a una generación de post-guerra, generación demasiado sufrida y que se refugia en un mundo convencional, brillante, con lustre de película americana y con un izquierdismo de buen tono?

Por otra parte, la misma Françoise Sagan acaba de firmar un manifiesto sobre Argelia en el cual adopta una actitud en aparente contradicción con sus novelas. Juega a la intelectual de izquierda y escribe libros decadentes. Puede objetarse que el describir un ambiente no es aceptarlo. Entonces, ¿es por masoquismo que Françoise Sagan se repite?

Sophie Fisher

### MARTIN BUBER: Caminos de Utopía, México, Fondo de Cultura Económica, 1955.

Cuando empezamos la lectura de "Caminos de Utopía", teníamos ciertas razones para suponer que íbamos a recorrer otra vez el país perdido de los sueños. Sin embargo, ahora al confrontar el caudal de experiencia viva adquirida, con aquellas primeras palabras del prólogo "Este libro nació de la intención de exponer genéticamente las ideas de lo que Marx y los mar-

xistas denominaron "socialismo utópico", y, en particular, su postulado de una renovación de la sociedad por renovamiento de su tejido celular. No me proponía dar una visión de conjunto del desarrollo de una idea, sino diseñar la imagen de una idea en proceso de desarrollo"... "Lo importante no son las afluencias, sino la corriente única a la cual desembocan finalmente. Observando su desarrollo a través de la historia del espíritu, surge ante nosotros la idea misma"; al confrontar estas palabras, decíamos, con una nueva situación en la que los aprioris ya no pueden apuntalar los estancos mentales, comprendemos cómo la fuerza de convicción y la evidencia de la "idea misma" en "su desarrollo a través de la historia del espíritu", bastó para mostrar la insuficiencia de un punto de partida que nacía en primera instancia de la limitación asignada al significado de la palabra utopía.

En una nota anterior yo decía a propósito de utopías, "esos universos inmutables poblados de hombres inmutables y serenos que reciben sobre sus quietas felicidades la cálida caricia del bienestar eterno", y si me cito es simplemente para evidenciar cómo esta idea, válida pero estrecha porque sólo devela una de sus posibilidades, se amplía en una profunda y nueva perspectiva a través de Buber.

Al trasladarse la imagen de lo justo desde el plano de la revelación en el que se consuma en un tiempo perfecto al plano de la idea donde lo hace en un espacio perfecto, surge la utopía como secularización de la escatología. Ahora bien, en la secularización socialista de la escatología, precisamente, que intenta corporizar su imagen de la perfección en lo social así como la revelación lo hacía en una ins-

tancia más allá del tiempo y del espacio terrenales, lo utópico adquiere su patencia según características que son propias de la escatología. Y así como en ésta se dan la manera **profética** y la manera **apocalíptica**, así también la utopía se encausa según esas vertientes irreductiblemente opuestas.

Según la segunda de las formas escatológicas, la apocalíptica, el hombre se limita a esperar la redención; su realidad en tanto voluntad que la va haciendo en un continuo querer consciente, es impotente frente a los designios divinos y su intervención en lo que inevitablemente será, de nada sirve ni en lo individual ni en lo social; sólo debe reducirse a vivir al margen del camino por el que llegará el "gran salto".

Para la escatología profética, en cambio, el hombre es un ente activo en el conseguimiento de su redención; ésta ha sido prevista pero el hombre avanza hacia su encuentro desde un presente que conoce y quiere superar. De la misma manera, dice Buber, y en tanto desplazamiento al orden natural, la utopía presenta también dos rostros; el **necesarista**, apocalíptico, con su ideal del "día luminoso" síntesis final de un inexorable juego dialéctico totalmente independiente de la voluntad, y el **voluntarista**, profético que "no cree en el salto revolucionario sino en la continuidad revolucionaria" (pág. 25); que quiere reestructurar la comunidad desde el aquí y el ahora en un ir hacia la descentralización en grupos autónomos federados, hacia la comunidad revitalizada por auténticos vínculos entre individuos que sólo pueden realizarse plenamente como tales para y a través de ella, aprovechando en cada circunstancia histórica las posibilidades que permanecen latentes por debajo del

atomismo y de la desintegración.

Utopía apocalíptica es el "socialismo" de Marx y sus adeptos; utopía profética —socialismo voluntarista— es la de todos aquellos que creyeron y creen que no puede haber diferencia esencial entre el camino y la meta. De aquí en adelante Buber reservará el término de utópica sólo para esta segunda forma.

En este momento se impone una revisión de conceptos; habría una primera acepción de la palabra utopía, referida al enfoque que vulgar y generalmente asume el pensamiento; es la inmutable visión de los universos irrealizables. A raíz de esa revisión debemos deslindar y corregir las denominaciones, trastocando los lugares de las cosas; quizá lo más inesperado sea que junto a la "Icaria" de Cabet y a la "Ciudad del Sol" de Campanella coloquemos ahora al científico Marx, y que aquellos para quienes Marx y Engels inventaron la terminología de utopistas —evidentemente en este sentido— porque no coincidían con su apocalíptica idea de la sociedad, se desplacen desde ese estamento que se creía les era natural al lugar donde se corporiza la imagen de la utopía en su segunda acepción, es decir en el sentido que Buber da a la utopía profética —y que en el vivir cotidiano forma parte no de lo irrealizable sino de los planes **realizables** en tanto quieren hacerse a través de una **adecuación** tenaz a cada circunstancia.

La terminología de "utópicos" en su primera acepción rebalsó los límites del marxismo y su manejo, como argumento fácil para "aniquilar" a los que estaban en otra cosa, convenció también por su eficacia al socialismo reformista no-marxista.

Y es este socialismo el que nos plantea ahora un nuevo problema,

¿por qué —nos preguntamos— parece soslayar Buber deliberadamente a los partidos socialistas modernos? Frente a este interrogante, surgido casi por fuerza de lo inevitable, podemos intentar una explicación. En primer lugar Buber encara la caracterización de un socialismo que considera válido; sigue la línea de ese socialismo utópico profético —en última instancia **el socialismo**— a lo largo del pensamiento histórico y a través de algunos hombres que representan otras tantas formas concretas de ese espíritu. Y si digo “el socialismo” de ningún modo me refiero a un sistema dogmático y cerrado que no admite variaciones; por el contrario, complejo y múltiple, puede presentarse con las mil facetas con que se muestra la vida; pero para que todas esas maneras integren y confluyan en el socialismo deben cumplir, so pena de dejar de ser lo que al menos pretenden ser, dos condiciones inexorables (necesarias pero no suficientes porque lejos de excluir otras las posibilitan): a) que sean eminentemente voluntaristas; es decir que consideren al hombre como co-artífice directo de su propio destino individual y social y b) que postulen la semejanza esencial entre el camino y la meta.

En segundo lugar, si Buber soslaya esa “tercera forma del socialismo” es precisamente porque como forma intermedia, cierto legítimo recurso didáctico lo autoriza a dejarla de lado; es decir, al oponer el socialismo al marxismo para una mejor limitación de sus notas, considera que los opuestos sirven al mismo tiempo para una primera aproximación hacia un lado o hacia el otro.

En cuanto a esa tercera forma de socialismo, nuestro socialismo moderno, en fin, creo que satisface la primera de las condiciones pero

que se frustra en la consecución de la segunda, aunque lo afirmen sus postulados teóricos. No se puede llegar a A siguiendo el camino que va hacia B; esto, evidentemente simple perogrullada, para muchos profesores de la suficiencia no es más que “infantilismo y utopía”.

El socialismo por supuesto es socialismo y no politismo; y con esto no me evado de la realidad ni niego la eficacia del hacer político; se trata simplemente de saber cuál es el predio de cada uno. El socialismo empieza removiendo lo de abajo y sólo puede prosperar a partir del hombre concreto en el que la conciencia se va haciendo cada vez más conciencia a través de cada conquista, de cada paso hacia adelante, de cada cosa recuperada. Y si, en este momento en que nos ahoga el centralismo, quiere reestructurar descentralizando y autonomizar grupos humanos naturales, su tarea inmediata no es por supuesto ni repudiar al estado como lastre inservible y elemento de coacción —que efectivamente tal como hoy se presenta, lo es—, ignorarlo refugiándose en prácticas puristas y permanecer al margen de un aspecto de la realidad que, nos pese o no, de hecho se dá; ni tampoco dejarse embotar por los datos de una situación que se cree inevitable por estar demasiado acostumbrados a ella, decir que es “utopista”, pretender la desaparición del Estado y olvidarse que este Estado es repudiable y que hay que ir acercándose a la desaparición de su forma actual.

Su tarea inmediata es precisamente ese avance voluntario, ese establecer los límites precisos entre la descentralización y la centralización no-prescindible en cada momento y —como dice Buber— tener conciencia de la centralización

innecesaria, de ese plus-Estado que es preciso hacer retroceder. Las condiciones deben preparar su madurez para que cuando el cambio exterior se produzca, el socialismo no sea otra vez la superestructura de una sociedad tan dislocada como la nuestra.

Ahora bien, es a raíz de la práctica del socialismo moderno, demasiado convencido del parlamentarismo y de las fórmulas democráticas, y en la que la forma va estrangulando el contenido, que se plantea la insuficiencia del segundo postulado y la posibilidad de un camino equivocado. Ante esta encrucijada podríamos llegar a pensar que inconscientemente él también se está volviendo apocalíptico y supone por lo tanto que la sociedad "será socialista" cuando se modifiquen los sujetos de la producción.

Martín Buber, como ya dijimos, busca la definición del socialismo a lo largo del desarrollo histórico y especialmente dentro de los límites que señala el último siglo; es decir a través de los años en que hombres como Saint-Simon, Owen, Fourier, Proudhon, Kropotkin, Landauer, significaron el pensar concreto de un espíritu que asumía en cada uno de ellos todas las contradicciones del espíritu humano, pero que, aunque diferente siempre y complejo, era en esencia siempre el mismo en un continuo ir superándose.

La evidente objetividad de la exposición, no es en su caso exigencia de frialdad; hombre apasionado y entrañablemente mancomunado con lo que dice, encara a esos hombres como sólo se los puede encarar cuando se tiene con ellos fundamentales cosas en común; Buber los acucia, discute, polemiza y estructura su propio pensamiento en el diálogo fecundo.

A los posibles reparos surgidos por eso de "la evidente objetividad de la exposición" y su apariencia de frase hecha, contesto que mi afirmación era consciente y que hay en Buber una objetividad innegable. Su método de trabajo —configurado sobre una claridad de ideas extraordinaria— consiste en remitirse directamente a los actores principales y hacerlos decir las cosas que efectivamente dijeron. Claro está, se me podría decir, quién se atreve a negar que, así como eligió ciertas cosas que dijeron esas gentes en ciertas ocasiones y lugares, pudo muy bien haber elegido otras que configuran quizás un rostro diferente.

Y bien, en primer lugar, Buber es efectivamente intencionado, porque nos hace ver las cosas que quiere que se vean; porque de ningún modo pretende erigirse en desapasionado observador y extender delante nuestro la esencia de esos hombres, sino acentuar el costado —para él— fundamental, ya sea como el lugar donde confluyen todas las contradicciones, ya sea como una de esas contradicciones que no pudo ser el elemento definitorio en la síntesis del pensamiento (quizás donde se demuestra más esa su justa actitud de comprensión sea en los capítulos de Marx y Lenin en quienes descubre notas del utopismo profético, que aunque sofocadas luego, innegablemente existieron).

En segundo lugar, es también probable que eligiendo otros momentos y otras situaciones de esas mismas personas se pueda llegar a estructurar una obra en la que se demuestre exactamente lo contrario. Esto es una inferencia lógica de la actitud intencional de Buber y del hecho de que en los hombres se quiebran infinitos planos. De todos modos y por lo que se ha aclara-

rado, la objetividad de Buber es inobjetable y lo es porque es una **objetividad intencionada** en singularizar lo que él cree son los factores **positivos**, los únicos, en fin que interesan para el desarrollo del socialismo.

Pocas veces quizás se haya escrito en este zarandeado terreno de la problemática contemporánea, una síntesis tan aguda y personal como la de Buber. Creemos, ahora después de leerlo, que tal vez pueda ser muy saludable para que a los milagreros de las fórmulas se les ocurra pensar de vez en cuando en todas estas cosas.

**Esther María Smud**

#### **HEMOS RECIBIDO**

Eskin, San, **Consejos para los que recolectan canciones folklóricas**, Folklore Américas, Florida, U. S. A., University of Miami Press, 1955.

Fogelquist, Donald F., **The literary collaboration and the personal correspondence of Rubén**

**Darío and Juan Ramón Jiménez**, Florida, U.S.A., University of Miami Press, 1956.

Guido, Beatriz, **La caída** (novela), Bs. As., Editorial Losada S. A., 1956.

Nettl, Bruno, **Relaciones entre la lengua y la música en el folklore**. Folklore Américas, Florida, U.S.A., University of Miami Press, 1956.

Valentín, Antonina, **El Greco**, Trad. de Aurora Bernárdez, Bs. As., Editorial Losada, S. A.,

Whitehead, Alfred, **Proceso y realidad**, trad. de J. Rovira Armengol, Bs. As., Editorial Losada, S.A., 1956.

#### **En canje**

**Cuadernos hispanoamericanos**, Madrid, junio-julio 1956, N° 78-9 (en canje).

**Cultura Universitaria**, Caracas, marzo-abril 1956, N° 54 (en canje).

**Imago Mundi**, Buenos Aires, diciembre 1955 (en canje).



## CINE

### “ANTES DEL DILUVIO”, de André Cayatte.

A lo largo de sus tres alegatos, en los métodos y las intenciones de Cayatte se fué imponiendo progresivamente el abogado en perjuicio, claro está, del cineasta. “Antes del diluvio” es la culminación del proceso y una buena muestra de los defectos del cine “de tesis” que se agota en esta misión de dialéctica demostrativa.

En “Avant le déluge” se observa, con mayor claridad que en el segundo film de Cayatte, el esquema con que trabaja el director francés, esquema que se desdibujaba en las películas anteriores en favor de ciertas urgencias estéticas —más rigurosas en “Y se hizo justicia”, menos notables en “Todos somos asesinos”— y que aquí, dejadas de lado esas urgencias, se revela con toda precisión.

Cayatte determinó primero lo que quería demostrar: la responsabilidad de la sociedad, representada sobre todo por los padres, en las conductas delictuosas de los hijos. Y eligió después el camino más sencillo: la exposición didáctica. Los distintos elementos huma-

nos no son sino elementos accidentales, seleccionados y dosificados para alcanzar la pertinente conclusión. Este procedimiento falsifica sustancialmente al film. Y, lo que es más importante, anula todo propósito denunciante. No se buscó en la realidad social casos que con toda su vitalidad dramática, fueran ellos mismos el núcleo de las intenciones demostrativas del director, al encarnar, sin más, el problema. Por el contrario, se los construyó expresamente a los fines expositivos. De aquí que el espectador tenga la sensación permanente de estar presenciando el modoso desarrollo de una fábula cuya prudente moraleja conoce de antemano.

En el terreno de la sintaxis cinematográfica, este método de trabajo se tradujo en el empleo, tanto en el planteo de los distintos casos como en su relación con el tribunal y su coordinación recíproca, de las técnicas más directas y convencionales. El montaje es simple, sin elaboración. Las relaciones cronológicas, inmediatas.

El film adolece de un esquematismo argumental que sirve a las necesidades del alegato. El muchacho rico, pertenece a una familia con mansión de lujos extravagantes y desproporcionados; el padre antisemita resulta ingenuo y hasta cómico; el personaje del muchacho judío está planteado con complejos y rasgos psicológicos que desfiguran el problema a causa de un simplismo y una acentuación alejados de la realidad; incluso la familia del socialista, a pesar de ser la única situación que tiene algo de espontáneo, está concebida mediante rasgos exagerados y extremos. Estas características impiden, por supuesto, abordar con cierta profundidad las cuestiones planteadas.

Por otra parte, la película tiene las virtudes reconocidas al cine

francés: interpretación muy ajustada, fluidez expositiva, cuidado de los detalles. Lo más logrado del desarrollo narrativo corresponde a la aventura policial de los muchachos.

Los diálogos de Charles Spaak tienen un cierto énfasis retórico, en especial las partes correspondientes al relator.

El balance instructivo se reduce a una observación muy simple: el film "de tesis" es, en su forma más pura, un género cinematográfico que acaba no convenciendo a nadie. La tesis es legítima cuando es el resultado del testimonio dramático de una situación humana, cuando surge con la evidencia originaria de las cosas.

E. V. T.

### "LAS HIJAS DEL MERCADER DE CABALLOS", de Egil Holmsen y el cine sueco.

A grandes rasgos, "Las hijas del mercader de caballos" ofrece marcadas semejanzas con películas suecas anteriores. Sin embargo, si bien esas semejanzas apuntan a una serie de constantes que integran algo así como un modo muy peculiar de hacer cine, existen entre los films que hemos podido ver, diferencias considerables. Estas diferencias, que tal vez puedan parecer poco importantes en una comparación ligera, se vuelven evidentes si nos detenemos en algunos puntos fundamentales.

Un primer elemento destacable es la **exaltación del marco natural**, siempre presente y que recibe, en la mayor parte de los casos, un tratamiento de cámara similar. Sin embargo, las consecuencias no son siempre las mismas. En unos casos (Bergman, Sucksdorf), la na-

turaleza gravita integrando constitutivamente una situación humana determinada; en otros, la integración es menos clara y se nota una tendencia a lo meramente decorativo ("Un solo verano de felicidad"); en otros, en fin, el tratamiento de la naturaleza se reduce a un vacío preciosismo fotográfico sin conexión significativa ("Las hijas del mercader de caballos").

Un segundo elemento, de otro orden, pero no menos importante y ligado íntimamente al anterior, es una cierta concepción de la **fatalidad del destino**. Sería aventurado y ligero proponer aquí relaciones con una supuesta mentalidad del pueblo sueco. De todos modos, lo señalado se advierte con claridad y hasta diría que ese sentimiento del destino es una vigencia confusa a partir de la cual pueden entender-

se muchas cosas, (Cfr. "Juventud, divino tesoro", "Un solo verano...", "Suplicio", "Barrabás", el Strindberg de Sjöberg en "La señorita Julia", etc.). Esta idea se relaciona con la perspectiva en que los films suecos han colocado reiteradamente al elemento religioso, atendiendo sólo a una rígida retórica moral intencionadamente esquemática.

En la exaltación de la naturaleza, se expresa la intuición global de la inexorabilidad, traspuesta después al plano humano. Lo que éste tiene de más íntimo, la naturaleza de su fatalidad, se refleja o condensa en las relaciones sexuales. El valor de este tema tampoco es el mismo en las distintas películas. En "Juventud, divino tesoro", era parte indispensable de una totalidad; en "La señorita Julia" era tal vez la clave de la arquitectura de conexiones temporales construída por las hábiles manos de Sjöberg; puede decirse que en "Las hijas del mercader de caballos" Egil Holmsen le ha dedicado atención exclusiva, pero el tema sexual no ha sido abordado con afán problemático, ni siquiera denunciador.

Siendo su centro de gravedad el tema del amor físico, se pretende plantear, a este respecto, dos problemas: el amor libre y la homosexualidad. Ambos han sido siempre tabúes en el cine y una aproximación con sabor de audacia, no podía menos de parecer interesante. Sin embargo, la audacia es aquí sólo la del efecto fácil sobre el público y se reduce a un aprovechamiento poco sincero de ese mismo tabú que aparenta violar. En consecuencia, ambos problemas acaban envueltos con cuidado en una ambigua simbología, que simula velar algún importante planteo, pero que en realidad es un recurso más para explo-

tar la sensibilidad del público. No puede extrañar, pues, que la película desemboque, con un completo desequilibrio, en varias secuencias finales cínicamente grotescas.

Así como "Juventud, divino tesoro" se desenvolvía y alcanzaba toda su intensidad a través de un conflicto de relaciones humanas, "Las hijas del mercader de caballos" ignora toda dimensión personal. No hay en las relaciones sexuales presentadas nada que se evidencie como específicamente humano. No parece haber pasión siquiera. Uno tiene la impresión de estar asistiendo a una representación alegórica: la Hembra y el Macho que cumplen la Función Sexual. Eso es todo. En un momento, se abre una perspectiva distinta: él, que sólo ha deseado poseerla, la ama. Pero ella lo rechaza en actitud de visionaria: no lo quiere. El ya ha cumplido su función. Ha sido el Macho. Ella lleva un hijo en sus entrañas y eso le basta. No lo necesita más.

Así, tras la exposición de una relación anormal entre las hermanas que no se trata de problematizar sino de aprovechar a los fines del efectismo, la pasión heterosexual que una de las hermanas experimenta, no significa nada demasiado distinto de lo anterior: se diferencia, en todo caso, en el aspecto simplemente fisiológico.

A la falta de honestidad en el planteo, se suma, por parte del realizador, un descuido del lenguaje expositivo —consecuencia de una falta de algo importante que decir. En el tratamiento del tema, Holmsen quiso alcanzar intensidad a fuerza de lentitud, y ha conseguido una pesada aridez que el trabajo fotográfico de Ingvar Borild no logra atenuar, porque éste se limitó a una plasticidad a veces artificial y a subrayar la retórica sexual

de las secuencias más importantes.

En este cuadro, es de suponer el papel que cumple toda referencia a la religión. Se muestra a un sacerdote joven, también con rostro de visionario, que maldice la concupiscencia, predica la necesidad de la mortificación y anuncia la perdición de los malditos que se entregan al vicio. Presentación acompañada de una pantomima de bautizo.

Si una función cumple el film, es sin duda la de fomentar el interés turístico —a juzgar por los comentarios escuchados en la sala— mediante una muestra abundante de los bosques suecos y de lo que, por lo visto, puede ocurrir en ellos.

El milagro sueco en el cine de

post-guerra es la admirable coherencia entre una concepción artística y su expresión; sus máximos realizadores no han ido de la primera a la segunda ni a la inversa, sino que en ellos se trata de una auténtica intuición que es en todos sus momentos cinematográfica. Pero esta virtud encerraba un peligro: la tentación de un aprovechamiento de los valores de la forma, como recurso de alcances inmediatos, vacía de un contenido veraz. Es el peligro esbozado en "Un solo verano..." y concretado en "Las hijas del mercader de caballos", producto bastardo de una escuela de cine de la cual, sin embargo, todavía estamos dispuestos a exigir mucho.

E. V. T.

### "LA CALLE DE LA ESPERANZA", de Carol Reed.

Si siempre es riesgoso estimar aisladamente las obras de un realizador, en el caso de "La calle de la esperanza" el problema deja de ser difícil para resultar radicalmente insoluble.

Carol Reed es un hombre que conoce perfectamente el lenguaje del cine, el cómo y el cuándo de los elementos estrictamente filmicos, pero su mundo cinematográfico es limitado; mejor dicho, esa cosmovisión no existe. Los cómo y los cuándo poco sirven para reorganizar la vida si no se han estructurado íntimamente con los para qué y los por qué; no basta que el realizador conozca el carácter de las unidades fundamentales, cómo depurarlas de todo lo afilmico y cómo y cuándo yuxtaponerlas con habilidad de artífice consumado —y Carol Reed lo es—; hace falta saber para qué se hacen las cosas que se hacen.

La contingencia premeditada en

el cine es imperdonable; sólo una dirección ordenadora que dé sentido a esa combinación de elementos perfectamente depurados, de modo que en ese sentido se integren la potencialidad expresiva de cada situación, el impulso vital del realizador que pre-organiza dentro de un sistema intelectualivo coherente y fiel a sí mismo, y mi necesidad de espectador de que las cosas se presenten como necesarias, justifica lo filmico y lo condiciona para que adquiera su razón de ser.

Es decir, la coherencia de un film es interna, pero nace del acuerdo tácito entre el realizador y yo como espectador; ningún arte como el cine es tan capaz de despertar las latencias dramáticas de lo cotidiano, pero esas latencias deben organizarse en un sistema lleno de significado para no transformarse en efectismo. No dudamos que Carol Reed tenga un sistema intelectualivo coherente y que sepa sus

porqués; estos porqués, sin embargo, y ésta es su limitación, se estrechan en el golpe espectacular, en el suspenso inauténtico. En cuanto a que las cosas se me presenten como necesarias, no quiero significar una exigencia de realismo, sino la afirmación de lo extraordinario como esencia misma del cine. Siendo éste un acto de revelación de la realidad, al coparticipar en una actitud de fe consciente, no podemos aceptar lo absurdo sino como necesario, como nuestro requerimiento de lo mágico.

Quizá el ejemplo más acabado sea "El tercer hombre" donde aparecen todas las insuficiencias agudizadas: allí ese hombre de los globos que aparece fantasmal en la calle vienesa, es la frustración de lo extraordinario, el absurdo no necesario, el golpe de efecto; y si en esta película —extraordinaria técnicamente— algunas escenas logran golpear nos la desnudez de las cosas, fracasan en la creación de un todo que tenga tanta vitalidad (y otra distinta) como cada una de las secuencias en sí.

Esta desubicación de Reed se hace patente en tanto el vincularse de una obra con otra es sólo exterior; sólo de amoroso oficio.

He intentado la aclaración anterior para llegar a una aproximación de "La calle de la esperanza". De no hacerlo así nos arriesgamos a acentuar las cosas de una cierta manera que muy bien puede ser la opuesta si sabemos recogerlas desde el plano de lo relativo.

Así, ubicada en el contexto de toda su realización, pienso que ella es el hiato que marca el desequilibrio espiritual de Reed. Si sus trabajos anteriores denunciaban una no-cosmovisión donde el lazo era la maestría técnica, aquí esa unión parece haberse aflojado; la separación se insinúa radicalmente y la

habilidad deja de ser la razón del film para degenerar en **lastres formales** que se superponen sobre un tratamiento en camino de superarse a sí mismo, para sujetar el tecnicismo a lo fundamental y **humanizar** el oficio. En aquéllos lo particular no se trascendía para mostrarse como uno de los rostros de lo universal; aquí las generalizaciones demasiado fáciles sofocan el preciso límite de lo concreto; pero Reed no es el mago que juega con sus personajes, sino el hombre que intenta comunicar, en abierta actitud de simpatía hacia las cosas.

Como toda obra que se supone de transición, "La calle de la esperanza" acusa indecisiones, injertos de lugares comunes y tipificaciones que serían inexplicable en el Carol Reed anterior; sólo como tal, como elemento de paso, pueden comprenderse sin caer en juicios injustos.

Los resabios rígidamente formales que ahogan la expresión adecuada de lo íntimo (como aquella secuencia del cementerio de pájaros en la que no encuentra mejor manera de decirnos su idea de la "tolerancia" que alegorizarla en una estudiada composición de Joe entre la estrella de David y la cruz) y la imposibilidad, muchas veces, de superarlos con éxito, dan lugar precisamente al abuso de recursos fáciles y a las escenas clichés. Por eso no tiene mayor sentido criticar el manoseado expediente de decir infinidad de veces una cosa para hacer ver que en realidad se la quiere. (Ej., el señor Kandinsky y su leit motiv de la planchadora a vapor) o la vulgaridad de las secuencias en la tienda de Madame Rita, o el ridículo y la tipificación de las persecuciones a lo Hollywood. (Ej. el señor Python, el Luchador Malo secuestra al mágico unicornio; la Muchacha lo salva; el

señor Python persigue al unicornio y a la Muchacha; el Muchacho salva a la Muchacha; etc., etc....)

Muy ingenuo sería también reprocharle haber elegido la adaptación del libro de Wolf Mankowitz con sus implicaciones de conformismo social (no conozco la novela; hablo suponiendo coincidencia espiritual) y su fatalismo de la aceptación; así como molestarnos por haber puesto en boca del viejo sastre frases como "no podemos mejorar nada; un unicornio será siempre un unicornio y un pantalonero será siempre un pantalonero", porque "no soluciona nada y con eso no vamos a ninguna parte".

De todos modos, en primer lugar sólo serían la tónica de una determinada concepción de la vida y juzgables o no sólo incorporadas en el todo (C. Reed no pretende reformar ni dar soluciones; muestra las cosas como cree que son y nada más). Y en segundo lugar, y esto es lo más importante, la clave del film está en otra parte, y es en esa otra parte donde se carga de aquella humanidad de la que habíamos hablado y en la que se reivindica porque logra comunicar algo que en modo alguno nos es ajeno; la clave es el unicornio, no como símbolo de lo mágico y del azar, sino como símbolo de **nuestro deseo de lo mágico**, de la voluntad que ayuda al azar. El unicornio no es un animal prodigioso sino un simple cabrito; todos lo sabemos, Sam y Sonia y Kandinsky y nos-

otros, pero no nos importa, porque queremos que lo sea, porque a través del fervor ingenuo de Joe, ese chico maravilloso que es Jonatan Ashmore, se despoja de toda realidad; y porque en ese transfigurarse cambiamos un poco también nosotros; más allá de toda lógica, y aunque nos neguemos a reconocerlo, nuestra apetencia del milagro se satisface con dolorosa nostalgia.

Creo en fin, que el impacto de este hallazgo basta para que todos los desaciertos anotados no tengan demasiada importancia.

En cuanto al tratamiento de los exteriores, Carol Reed es el maestro de siempre; sin detenerme en el bien logrado pintoresquismo de la feria, quiero recordar sólo la secuencia de la pelea, donde su ojo sagaz descubre la dinámica interna de la situación; allí la cámara saltando desde el ring a los espectadores que se levantan, a los close-up enloquecidos, logra un ritmo increíble y febril.

Podríamos extendernos mucho más sobre detalles de interpretación, montaje y otros componentes técnicos; pero, me parece en este caso especial, totalmente inoperante; porque "La calle de la esperanza", sólo se justifica plenamente no en su carácter de hecho individual sino como mera posibilidad; como la promisoría transición de Carol Reed en la búsqueda de su genuina expresión.

Esther M. Smud

## "LE BALON ROUGE", de Albert Lamorisse.

Si el unicornio de "La calle de la esperanza" es nuestra querencia del milagro, en "Le Ballon Rouge"—cortometraje estrenado durante la Semana del Cine Francés— lo mágico se libera de la voluntad y se hace realidad en el mundo de la

infancia.

En el primer caso, lo mágico es el lazo de unión entre las personas mayores, "que saben", pero que quieren tener la ilusión de su existencia, y el niño para quien lo extraordinario tiene la validez de la

realidad; allí, en última instancia, esa realidad es porque la ilusión la sostiene. En tanto los mayores intentan mirar más allá de su circunstancia, los dos universos se vinculan; el milagro es el sueño del milagro.

Pero cuando los señores se ponen serios, cuando sienten cómo fastidian los chicos y empiezan a fruncir el ceño, el vínculo se desata y se desprenden los dos círculos; los mundos girarán ahora separados, extranjeros, herméticos, cada uno con sus propias leyes y con su peculiar realidad; el milagro se desprende de una ilusión que, abatida por el circunspecto cansancio, ya no puede levantarlo.

El milagro se erige entonces como cosa tangible y al radicarse plenamente en el mundo de la infancia, su realidad se legitima. El mundo de la infancia es mágico, por eso también el milagro es —existente y liberado— cuando desenvuelve su dinámica interna dentro de ese preciso territorio. En "Le Ballon Rouge", el extraordinario globo y su extraordinario, correspondido amor por el chico, son tan reales como las calles y las casas donde viven su mágica realidad. Y así, cuando comprendemos hasta qué punto el globo es un personaje más —irreemplazable y característico— nos damos cuenta por

qué asistimos a la secuencia de su muerte con ese patetismo y ese estupor que sólo la muerte individual y concreta es capaz de provocar.

La técnica de este cortometraje y la eficacia con que ha sido comprendido su espíritu, son perfectas. La unidad del film a base de imágenes que no necesitan de la palabra para expresar, parece conseguida con el propósito de mostrar todo lo que en el cine es legítimo hacer. Es notable como se llega a intuir una especie de equilibrio tempoespacial que va ritmando el desarrollo; uno siente la duración de cada secuencia como el tiempo justo exigido por la composición. A través de ese ritmo armonioso, el color —luminoso, infantil— acentúa la magia. Albert Lamorisse, que en "Crin blanca" demostró su dominio de los grandes planos plásticos y las suaves tonalidades grises, lo maneja aquí como sólo un maestro que no deja nada librado al azar, puede hacerlo.

Desgraciadamente, de los milagros es difícil hablar; hay que verlos para creer en ellos, y "Le Ballon Rouge" es un milagro; la ternura de un chico, veinticuatro mil globos de París y un realizador de verdadero talento, consiguieron una pequeña obra maestra.

E. M. S.

"UN VERANO CON MONICA", de Ingmar Bergman.

Entre este nuevo film de Bergman y "Juventud, divino tesoro", median tres años y dos películas: "Sant bandar inte har" (Esto no sucede aquí) y "Kvinors vantan" (Mujeres que esperan). Nada sabemos de ellas, exceptuada alguna vaga referencia en publicaciones especializadas. Sin embargo, como me parece muy estrecha la relación existente entre "Juventud, divino

tesoro" y este verano con Mónica, no evitaré relacionarlas a riesgo de que la exhibición de las dos películas que no conocemos pueda imponer ulteriores correcciones.

Al igual que Marie y Heinrich ("Juventud, divino tesoro"), Mónica y Harry están juntos durante un verano. Han abandonado sus casas. Su huida tiene los caracteres de un desafío explícito a los otros, a las

mezquindades del trabajo, de la familia; la miseria de lo cotidiano que ellos sienten como "la sociedad" que se les opondrá, que los aprisiona. Y huyen. Para Harry no hay siquiera demasiados motivos que justifiquen la decisión. Es más bien arrastrado por el temperamento sexual de Mónica, que a partir de ese momento desbordará vertiginoso y violento. El verano es la experiencia de ese amor instintivo, sensual, liberado.

El secreto significativo, dinámico y rítmico de "Juventud, divino tesoro" era la contraposición entre las dos experiencias de la protagonista, vivida una, evocada otra, que confluían en un tiempo dramático cuyo sentido era la integración consciente de ambas. La primera había sido, auténticamente, experiencia de plenitud —la relación amorosa entre los protagonistas— y antes que la muerte la dejara sorpresiva y definitivamente trunca, lo sombrío se había insinuado muy fugazmente, como el mundo de los adultos, de los otros, que rodeaba a los jóvenes y de algún modo los amenazaba. Ante la muerte, la rebeldía de Marie había sido una entrega cínica y desesperanzada.

El problema de Mónica es en cambio muy diferente. Su rebeldía ante la sociedad adopta las formas de una agresividad violenta, pero no es el resultado de ninguna experiencia vital que ella oponga a la sociedad, que ella quiera proteger de la intrusión de los otros; en el fondo, su instintivismo, que la lleva a incitar a Harry a la huida, es lo que ella debe a esa sociedad, es lo único que los otros le han permitido desarrollar. Por eso, es una rebeldía destinada al fracaso. Las sombras, que en "Juventud, divino tesoro" se insinuaban apenas rodeaban el amor de los protagonistas, aquí lo han invadido todo: el ve-

rano de Mónica es un verano totalmente distinto del de Marie. Este era un verano brillante, límpido, pleno, con una serenidad apenas turbada. De aquí la brutalidad del desenlace. El verano de Mónica y Harry, en cambio, es un verano exasperado. Ellos sienten cada vez con mayor certeza la impotencia de su rebelión: no pueden huir del "mundo" porque éste los ha contaminado desde la infancia, y aunque en el amor se busquen a sí mismos, no logran encontrarse. Su regreso es el de quienes han sido derrotados. La traición final de Mónica es la consecuencia inevitable.

Como en "Juventud, divino tesoro", el contenido significativo y la expresión formal son, aquí también, una firme totalidad que sólo mediante abstracción es posible disociar. El principio rítmico que preside la narración es, por supuesto, muy diferente. El núcleo central es la experiencia del verano, y hay dos tiempos que forman un preludio y un epílogo, no contrapuestos a aquél, sino íntimamente relacionados.

Las primeras escenas del film, señalan el ambiente general de la historia: las secuencias que muestran el puerto son de acento sombrío y ese acento no será abandonado. Las sombras que rodean a Mónica y Harry en la ciudad, no los dejarán después.

El verano se desenvuelve en un crescendo progresivo, que desarrolla el drama de los protagonistas. Apenas hay al principio, alguna escena de particular brillantez. Son momentos aislados. La inquietud domina siempre el cuadro. Genuino maestro de la escuela sueca, Bergman hace hablar a la naturaleza: ésta se transforma entonces en una dinámica expresiva, que refleja y acompaña rítmicamente los estados psicológicos de los personajes. El

viento —casi permanente a lo largo de todo el film; las olas estrellándose contra las rocas con rugidos amenazadores; las nubes oscuras que preludian los truenos; los reflejos móviles de los remansos; los gritos guturales de los pájaros, establecen desde el principio un penetrante desasosiego y describen después el drama. La tensión de las escenas de amor desemboca en la exasperación (cantos destemplados, gritos; la escena en que beben y cantan) y en la violencia (la aparición de Lelle que quiere incendiar la lancha, el robo del asado).

La fotografía (Gunnar Fisher), responde admirablemente a las necesidades expresivas, mediante un manejo consumado de la iluminación y la gradación de los matices. Lo mismo puede decirse del encuadre y la composición. En las escenas iniciales predomina una cierta minuciosidad descriptiva lograda mediante la ubicación y el desplazamiento precisos de la cámara y la colocación y el movimiento correlativo de los elementos del cuadro. Así consigue Bergman esa **elaborada naturalidad** que creo es uno de los rasgos determinantes de su talento (las escenas de la calle, cuando los vecinos se saludan, con el detalle del perro; los chicos que juegan; el interior de bar, especialmente la composición del grupo de los hombres que comenta el encuentro de los protagonistas). Después el encuadre se hace menos detallado y más intenso, al cobrar mayor sentido expresivo los escenarios naturales.

Los diferentes momentos dramáticos se acusan también en el aspecto físico de los rostros de los protagonistas. Harriet Andersson en especial, —Mónica— ofrece diferencias notables en distintos momentos del film. Se van acentuando los rasgos sensuales de su rostro,

que ofrece, en la secuencia del regreso, un aspecto casi desagradable.

En conjunto, la elaboración no es tan prolija como la de "Juventud, divino tesoro". La segunda mitad del film incluye algún convencionalismo. En fin, ciertas escenas hacen pensar que tal vez Bergman quiso tener la completa seguridad del éxito comercial de la película: hay efectismos que se parecen demasiado a la pornografía.

"Un verano con Mónica" es un film cruel, sin atenuantes. En el conjunto de la concepción de Bergman, sin embargo, no es una exposición gratuita que se complazca en la negatividad. Tampoco nos remite, sin embargo, a reflexiones sobre el cumplimiento de las leyes de la naturaleza; Bergman no busca el pseudo-naturalismo en el que se refugia Holmsen en "Las hijas del mercader de caballos", ni recurre al vago fatalismo religioso de Arne Mattsson ("Un solo verano es felicidad"). "Un verano con Mónica" es un planteo abierto, un interrogante, un solo aspecto de la visión humana que persigue en sus películas: lo sexual puede no ser una dimensión liberadora, sino un círculo desesperado. Hay algo en "Juventud, divino tesoro", que todavía no ha sido resuelto: Mónica es el círculo cerrado del instinto, pero Marie había vencido la desesperanza cínica ante la muerte. El fracaso de Marie y el de Mónica no pueden reducirse a un denominador común, y en la temática de Bergman no apuntan a lo mismo. **Nada indica que si Heinrich hubiera vivido, Marie hubiese sido otra Mónica.** La confrontación parece indicar lo contrario.

E. V. T.

# Revista de revistas

**DIÓGENES. Revista trimestral**, publicada bajo los auspicios del Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas y con el concurso de la Unesco. Redactor en Jefe, Roger Caillois.

Siguiendo una recomendación de la Tercera Conferencia General de la Unesco (Beirut, 1948) y para remediar un estado de cosas que implicaba —e implica— que el hombre culto del siglo XX poseyera —y posea— una cultura general que data del siglo XIX, que una teoría comience a tener influencia cuando ha caducado su validez<sup>1</sup>, el Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas iniciaba, en octubre de 1952, la publicación de esta Revista en cuatro ediciones paralelas (francesa, inglesa, castellana y alemana) que actualmente alcanzan a cinco que son seis (las anteriores más la árabe y la italiana).

Así, se quería que **Diógenes** fuese una Revista —la Revista— que cubriera el puesto de ese “órgano de amplia información científica y síntesis internacional”, ubicable a

medio camino entre las publicaciones de carácter técnico y las revistas de vulgarización. Se quería escribir, publicar para “el gran público” (se sobreentendía culto) y no sólo, aunque sí también, para “el especialista que desea mantenerse al tanto de los progresos efectuados en las disciplinas lindantes con la suya”.

Se nos ocurre que solamente en su primer sentido, en el de Revista para “el hombre culto” —así, en general, y no especialmente en éste o aquéllo— valdría la pena ensayar la comprensión, seguida de enjuiciamiento, de lo que ha hecho **Diógenes** a lo largo de sus catorce números. Y esto porque en su segundo sentido, en el de Revista para el especialista que no se encierra en su especialidad, caeríamos, inevitablemente, en el desmembramiento de dos o tres artículos de los publicados, lo que a su vez, nos llevaría a ubicar, conectar estos artículos con la obra general de su autor, pero nunca a concluir sobre lo que son con referencia a **Diógenes**. Pues con referencia a **Diógenes** no son nada, porque sus autores no tienen en verdad nada en común (para hacer su Revista, al menos) como no sea ser excelentes en sus respectivos terrenos y colaborar en **Diógenes**. Al menos yo no lo descubrí —y elijo al azar— entre el etnógrafo francés, el profesor argentino de filosofía y el historiante norteamericano que llenaron las páginas de un número cualquiera de la Revista.

Aceptamos que esas páginas son buenas, muy buenas, pero pensamos que podrían leerse, con ventajas (las que dan trabajos en equipo, con eliminación de las distancias, geográficas y de las otras) en la Revista de cualquier Universidad universitaria. Por otra parte, y como frente a ésta, yo sospecho

que el especialista, o el generalista, que ya no es ni puede ser otra cosa que un especialista varias veces especializado, no leerá en la Revista que nos ocupa sino el artículo sobre la materia de sus estudios. Y esto, todos sabemos que lo podría haber hecho antes y más documentadamente en cualquier Revista de su especialidad.

Ahora, insístamos en que **Diógenes** se hizo, se quiso hacer, principalmente para "el gran público": "Puesto que la Revista habrá de dirigirse a un público culto pero no especializado, será necesario descartar de sus páginas, en la medida de lo posible, toda erudición excesiva, toda terminología técnica y toda discusión de detalle que no pueda tener interés sino para un limitado número de iniciados". Pero, ¿quiénes, sino los integrantes de ese "limitado número de iniciados" podrían enterarse, por ejemplo, del ensayo **Bases y líneas de fuerza de la Cibernética**, por François Le Lionnais, dado en el número 9, págs. 69-107?

Es sorprendente que quienes hacen **Diógenes** no adviertan que para que su Revista sea la que se proclamó, resulta de rigurosa necesidad que los grandes especialistas, los mismos grandes especialistas que en ella escriben, construyan, pacientemente, auténticos "artículos de síntesis" que pongan al lector, "al hombre culto", al corriente de tal o cual problema y no que se lo recuerden al especialista, o a lo más, a los otros especialistas. Si así lo hubieran hecho los responsables —L. Mumford, J. Madaule, K. W. Thompson, L. Renou, R. Heine-Geldern— del, a pesar de todo magnífico<sup>2</sup> número consagrado a Toynbee, éste —Toynbee y el número 13 de **Diógenes**— habrían llegado realmente al "gran público".<sup>3</sup>

En cambio, el aprovechamiento de los estudios, todos parciales, a pesar de algún título, del Estudio Toynbiano, supone la lectura y relectura de éste y aún de sus complementos. Y, ¿a qué hombre culto, no especializado, puede exigírsele tan penosa aunque apasionante tarea?

Cierran las entregas de la Revista que nos ocupa, secciones —**Crónicas, Reseñas, Correspondencia**— no estables y que prolongan la tiesura, en cada número, de los artículos que las preceden; y unas brevísimas **Noticias** sobre los colaboradores, con intolerable sabor a Diccionario, por lo que alejan más que acercan al lector del autor. Así, de nuestro Francisco Romero nos dicen en el número 11 que es "...miembro de la American Academy of Artes and Sciences, International Phenomenological Society,..." Y nada más.

Se nos dirá que es muy fácil —y cómodo, y siempre posible criticar y enjuiciar a quienes, por lo de aquí o lo de más allá, no cumplen sus propósitos. Y muy difícil —e incómodo y no siempre posible— encomiar lo logrado, propuesto o no. Pero no creemos que, en este sentido, **Diógenes** haya hecho otra cosa que poner a nuestro alcance, lo que de no existir **Diógenes**, iríamos a leer, quizá no iríamos nunca, en cuatro o cinco distintas Revistas especializadas.

Finalmente, entiéndase que no se nos escapa la existencia, visible por cierto, número a número, de una línea (¿recta?) **Diógenes** —**Unesco**— **O. N. U.**<sup>4</sup>, con todo lo que detrás de estas últimas tres letras puede encontrarse. Seguirla, nos llevaría —aparte de espacio y tiempo del que no disponemos— a donde por el momento no deseamos llegar.

En suma, decimos de **Diógenes**

que es una magnífica serie de artículos especializados, pero una Revista... inútil, por estéril, quizá por inexistente.

C. F. L.

(1) Cfr. Presentación (en *Diógenes* N° 1 págs. 3-5).

(2) Aunque con cierto regusto a "Número homenaje al maestro X en su aniversario".

(3) El único que lo consigue en cierto modo es el propio Toynbee, en sus breves Propósitos, págs. 9-14.

(4) Línea que explicaría ausencias de colaboradores, silencios de temas y relieve especial de otros. (Dos o tres de los fundamentales de Toynbee, por ejemplo).

## VOZ UNIVERSITARIA

En el editorial está anticipada con claridad la intención de los que trabajan en ella "Va con una consigna de fraternidad y sin portar el estandarte de ninguna agrupación o sector estudiantil". Basta echar una mirada a la lista de los colaboradores para comprobar que, efectivamente, la revista busca deliberadamente una multiplicidad de posiciones. Es decir, pretende una **neutralidad** en cuanto a la política universitaria.

Y es esa claridad en el planteo, ese propósito al parecer tan bien cumplido desde el número uno, lo que permite dirigir la crítica sin rodeos. No me detengo, pues, a analizar con mayor o menor prolijidad el contenido. Hay notas puramente informativas, sobre las que nada hay que decir (sobre la Universidad del Sur, la F.U.B.A. en Avellaneda; Emaús); alguna perfectamente inútil (Salamanca, ciudad universitaria); un cierto tono general académico, un poco molesto en una revista de estudiantes. En fin, no es esto lo que en definitiva me importa decir: el material, el contenido concreto de cualquier revista, por malo que sea, es superable en números sucesivos y

no es ésta la crítica definitiva, a menos que se compruebe un continuismo en la superficialidad que indique males más graves.

La intención, en cambio, es clara y cuestionable. Sé que es muy fácil ser simplemente negativo ante los trabajos de los demás, pero creo que lo que se propone hacer "Voz Universitaria" es precisamente lo que no necesitamos en este momento, lo que tendríamos que evitar con cuidado. Me refiero a la neutralidad. No cualquiera, sino precisamente la que ha conseguido "Voz Universitaria" la neutralidad de la coexistencia pacífica, tan pacífica como inoperante. No nos engañemos: que en el ambiente universitario, en los Centros, necesitamos el trabajo en común, el diálogo y todo lo demás, es cierto, es imperiosamente cierto. Pero no pensemos conseguirlo publicando un conjunto de monólogos elegantes con inflexiones doctorales o sabiondas, en el cual cada uno —con indiferencia y alguno hasta con mala fe— ignore al otro. Esta ignorancia acaba siendo no la simple de quien no sabe, sino la de quien no quiere saber, porque el enterarse significaría la molestia de plantearse las propias posiciones con verdadera seriedad, con responsabilidad, sin concesiones a la elegancia y al silencio premeditado.

El verdadero diálogo exige en primer lugar, un encuentro basado en una mínima actitud común y en segundo lugar, la intersección de las voces en centros de análisis también compartidos. (Ambas cosas están ausentes de Voz Universitaria).

Como defecto superable, anotamos una cierta propensión al lirismo, que se nota particularmente en el Editorial y en el artículo "El porvenir de América Latina".

Predomina, por otra parte, un

cierto tono bien definible en términos de política universitaria: está dado por artículos como "Autonomía universitaria y libertad", de Ludovico Ivanisevich Machado, que incluye una condenación vehemente del laicismo y le opone la "sed de absoluto" (?); y en especial por "A dónde va el movimiento universitario", de Mario Grondon, donde se perfilan las líneas de una actitud aristocratizante que postula que la solución de nuestra crisis nacional está en la creación de una minoría rectora que tenga una misión clara y la lleve adelante y dirija así a la "masa desorientada", que la debe seguir por un fenómeno de "mimetismo". Esa minoría debe cuidar no convertirse en "clase" (distinción no aclarada) porque si no, la masa se rebela y "trata de buscar otra minoría o de dirigir por sí misma la sociedad". La tarea actual es pues, constituir una minoría rectora que sustituya a las anteriores; es decir: evitar que se produzca el caos, que "la masa se dirija a sí misma".

Este tono general de la revista, es la otra cara —inevitable siempre, aunque sean buenas las intenciones— de la "neutralidad".

E. V. T.

## REVISTA DEL MAR DULCE (Nos. 1, 2 y 3)

Entre nosotros, el estudiante comunista presenta generalmente un aspecto traumático fácilmente perceptible. Tal vez no sea difícil averiguar las causas de sus complejos y abundantes resentimientos: se sabe sin popularidad entre los estudiantes y por lo demás, se siente un poco extraño a sus propias actitudes dentro del movimiento estudiantil, porque las más de las veces se limita a seguir las directivas de la Federación Juvenil y del

Partido (que, francamente, son un poco desconcertantes: en 1950, había que apoyar a la C.G.U. y **carnearear** las huelgas de F.U.B.A.; recientemente se reconoció la necesidad de trabajar intensamente dentro de los Centros). En fin, aunque debe resultar desalentador proponer sin resultados, una y otra vez, consabidas adhesiones a Congresos Pro-Paz en las reuniones de los Centros, hay que reconocerle al estudiante comunista una voluntad de trabajo y una disciplina poco comunes.

La REVISTA DEL MAR DULCE es un producto típico de cuando el estudiante comunista se entrega a cierta cómica tarea cultural en defensa de la Ciencia, la Paz, la Unidad de todos, etc. (tareas todas así, con mayúsculas). Es lamentable, pero uno tiene que reconocer que rara vez consigue superar el sermón ingenuo o la verborragia cansada.

En sus números y suplementos, MAR DULCE recorre a través de los artículos y notas —desmañados, despreocupados— una escala tonal que va desde el consejo "a la juventud", con peligrosas reminiscencias tipo Constancio Vigil (Cfr. "Misión juvenil", N<sup>o</sup> 1) hasta la vieja exaltación del racionalismo y el "espíritu de Mayo".

No la valoriza en absoluto la inclusión de alguna carilla anodina de Jacinto Grau, Nicolás Besio Moreno o algún poema de Miguel Angel Asturias. Menos todavía la favorecen artículos como el del Dr. Hussay, que con tono admonitorio nos habla de la Ciencia, la Moral, la Libertad y nos sugiere imitar a las universidades norteamericanas; o el del Dr. Mario Bunge, fuera de lugar en una revista de este carácter.

En cambio, la perjudica definitivamente que se traten con lugares comunes un poco neurasténicos

temas como el imperialismo, la universidad libre o la liberación de América.

El suplemento sobre la Reforma Universitaria, tal vez útil desde un punto de vista informativo, nos sorprende con fraseología que no ha pasado del 18: "es preciso (...) ir al encuentro de la tradición universitaria argentina liberal, racionalista y democrática" (pág. 1); "...es maravilloso el conjunto eterno de la humanidad, en que conviven jóvenes, adultos y ancianos..." (página 11).

El suplemento sobre problemas de la enseñanza, contiene una nota del Martínez Estrada posterior a la revolución de setiembre: visionario ya instalado en el más allá, que se dedica a las cartas abiertas y los mensajes paternalistas llenos de lamentos y de conjuros. Por otra parte, el resto del material es superficial, sectario, sin voluntad de análisis.

Se puede aprovechar una reflexión. MAR DULCE es la expresi-

ón de cierta actitud dentro del ambiente estudiantil (no sólo en él, por supuesto) que es algo tragicómica. Se habla mucho de "pueblo" en la revista: a propósito de Gershwin, de los teatros independientes, de la extensión universitaria, o en algún poema sentimentaloides sobre la República Española. Pero sueña a falso, definitiva y decididamente, porque hay dependencias políticas que malogran un acercamiento a la realidad. Lo paradójico es que MAR DULCE cae en contrasentidos como el de incluir a quienes como el Dr. Hussay, son claramente reaccionarios y obliga además a los que no están con el imperialismo, el colonialismo ni el clericalismo, a usar cierto tipo de crítica que recuerda la propaganda norteamericana. Y todo se reduce a un llamado estéril a la Unidad, que se invalida automáticamente a sí mismo por la postura mental de quienes lo proclaman.

E. V. T.

# Apuntes

## LOS CATOLICOS Y LA POLITICA

Muchos católicos se encuentran hoy ante un serio problema. En teoría saben, se les dice, que la Iglesia no se pronuncia en cuestiones puramente políticas, que las autoridades eclesiásticas se limitan a "recordar los principios del Dogma y la Moral" y que la opción política depende de la conciencia personal de cada cristiano. En la realidad, esos católicos estamos día a día en condiciones de comprobar lo contrario: detrás de la pretendida exposición de los "principios", viene la coacción, la violencia ejercida mediante el más repudiable de los métodos: la presión sobre la conciencia por motivos falsamente religiosos. De más está decir que ese pronunciamiento de hecho de la iglesia, favorece en general los intereses de la más cruda derecha y hace las delicias de nuestra alta burguesía que es —ella también— "auténticamente cristiana". Para quienes recordamos que muchos de los que hoy proclaman haber "hecho" la revolución de setiembre, aplaudieron no hace mucho tiempo la coronación de la Virgen en Plaza de Mayo, ante la sonrisa devota de Perón, no puede haber confusión alguna. Este es en resumen el problema: quienes reconocemos en la Iglesia la fuente única de toda Verdad religiosa, la vemos al mismo tiempo mezclada, históricamente, con una estructura social que legitima el privilegio de los cristianos burgueses, en un complejo de relaciones en que a veces se hace muy difícil, humanamente imposible, dis-

tinguir las partes. Los católicos tenemos siempre a mano un argumento: sabemos recordar la diferencia que media entre la Iglesia —eterna, invisible— y los sacerdotes que a veces nos rodean. Pero es una distinción que sólo la fe hace posible. Hay quienes no están en condiciones de establecerla. Ante éstos, los católicos tenemos que justificarnos, tenemos que encontrar una razón de ser, tenemos que dar cuenta de aberraciones como el concubinato Iglesia-Estado en España; como un reciente congreso católico en República Dominicana, en que los más altos prelados del país se dieron ostentosos abrazos con el generalísimo Trujillo y donde el Cardenal Spellman, arzobispo de Nueva York, hizo un panegírico de la obra de gobierno del presidente de la "república".

En 1947, el padre Lebrét denunciaba: "Un número grande de cristianos ha hecho causa común con el régimen capitalista. Defensores de la propiedad, no han luchado contra la expropiación continua resultante de la extensión universal de las estructuras capitalistas (...). Las consecuencias de esta traición han sido la materialización de las estructuras y la apostasía de las masas. Es necesario que los cristianos repudien un régimen históricamente desfalleciente y que llevaba en sus principios todos los gérmenes de su maleficiencia".

Dentro del panorama general de la acción política de los católicos, es muy útil detenerse un poco en el análisis de los sectores que pretenden un cierto progresismo y hasta una moderada tonalidad de iz-

quierda. Y digo esto porque en otro número de la misma revista de la que he copiado la traducción de los párrafos del P. Lebret (**Comunidad**), se puede leer, en "Bases para el programa de un partido social-cristiano" (Carlos Villar Araujo y Estanislao de Dobrzynski): "—Por la máxima difusión de la propiedad privada..."; "—Por una política económica que favorezca la mayor producción y alienante la inversión de capitales extranjeros"; "—Por la independencia de las escuelas y colegios privados..."; "—Por universidades libres...". Y en "Partidos y acción política" (Carlos Villalba Díaz) nos enteramos que la reforma de las estructuras sociales puede hacerse "desde dentro", que hay una reforma evolutiva que se opone a la revolución; que se puede transformar el capitalismo aceptándolo. En suma: que el capitalismo se va a inmolarse a sí mismo, gustoso, en el altar de la transformación social. Y se cita enseguida, aisladamente y adulterando su sentido en el contexto del pensamiento de Simone Weil, una frase de que es autora "la revolución es el opio del pueblo".

Esto indica que tal vez un cierto progresismo católico puede ser más peligroso que una posición neta de Unión Federal, para los intereses de una política auténtica en favor del proletariado.

Monseñor Franceschi ha reeditado en **Ediciones Criterio** un pequeño librito, **La democracia cristiana**, comentario a la alocución pontificia de la Navidad de 1945, añadiéndole un "prólogo de 1956". La obra es útil para fijar algunos puntos del problema.

La alocución pontificia (cuyo texto completo figura en el tomo) se desenvuelve en un plano abstracto y fija los principios básicos

de la doctrina y la moral cristianas respecto de toda posible estructura política democrática. Siendo el documento tan genérico, se lo podrá juzgar sin interés, pero deberá reconocerse que no suscita inconvenientes de tipo político. No es justificable, en cambio, que su comentario, reeditado en 1956 con la intención de aplicarse a una circunstancia mucho más inmediata (concretamente, a la situación política posterior a la caída de Perón —Cfr. el prólogo) tampoco salga de un plano vago y general cuando no equívoco.

La introducción es un artículo aparecido en la revista "Criterio" en agosto de 1955. Mons. Franceschi distingue allí entre "partido católico" y "partido de inspiración cristiana". La aclaración no es fundamental como él lo afirma; es más bien formal. El "partido católico" compromete a la iglesia. El "partido de orientación cristiana", no. Esa es —tiene razón Mons. Franceschi— la única diferencia. Los católicos sabemos que, de hecho, los partidos "de inspiración cristiana" existentes dependen de la iglesia (Mons. Franceschi no quiere reconocerlo) y responden, en mayor o menor medida, a sus directivas. (Cfr. la actitud del partido Demócratacristiano entre nosotros, por ejemplo en la campaña por la enseñanza libre). Lo grave, repito, es que esas directivas, lejos de limitarse a lo puramente moral o dogmático —aquí cada católico incondicionalmente debe obediencia— implican una posición política determinada decididamente reaccionaria.

Mons. Franceschi reconoce más abajo el mal que aqueja al partido D. C. de Italia: sus elementos reclutados entre terratenientes y capitalistas. Dejando de lado que sería importante preguntarse por

qué el partido ha canalizado esos elementos con preferencia a otros, se puede observar el límite máximo que alcanza la acción proletaria de los católicos demócras-tianos: Mons. Franceschi cree que la solución se reduce a incluir obre-ros en los organismos directivos del partido. (pág. 12). Más abajo, abo-ga por los sindicatos libres y rechaza el sindicato único porque "ha servido demasiado de instrumento a dictaduras de diversas categorías".

Después de estas precisiones, todo llamado a que el demócras-tianismo asuma un "concepto social" resulta ingenuo: el público obrero del partido serán las élites al estilo J. O. C., con tintes muy marca-dos hacia la derecha, por otra parte, como entre nosotros.

Las exposiciones centrales del co-mentario a la alocución pontificia son superficiales hasta en aquellos momentos en que quiere hacer so-ciología, como cuando hace alusio-nes a "las teorías marxistas" o cuando precisa la distinción entre "pueblo" y "masa". Tal vez sea más exacto decir que son sobre todo abstractas, inútiles hasta la exasperación. Predomina esa retó-rica de la que no se liberan ni si-quiera los católicos más sincera-mente democráticos (no dudo que Mons. Franceschi lo sea): el pue-blo (conciente) y no "la masa"; la verdadera libertad democrática ba-sada en el libre juego de la opinión, etc., etc. Sabemos que "la sana de-mocracia" no existe, que nuestras democracias no son tales ni lo van a ser y que el capitalismo es lo su-ficientemente hábil como para per-mitirnos la elaboración de nuestros esquemas y hasta publicarlos en al-guna parte. ¿Y entonces? Hay un liberalismo católico paralelo y co-rrelativo al liberalismo liberal y ambos justifican pasivamente, de hecho, las explotaciones en nombre

de la Libertad. ¿Qué peligro pue-de haber para los intereses de nues-tros católicos terratenientes en esas proclamas que llaman al Bien Co-mún?

Página 50: "Las democracias que niegan a Dios o prácticamente lo desconocen y que colocan en el sufragio de la mayoría no ya la fun-ción de designar la persona de los gobernantes... sino que ponen en la masa amorfa de los electores la fuente y principio primero de la autoridad, principio por encima del cual nada hay, establecen "una rea-lidad que no reúne siquiera las con-diciones mínimas de la democra-cia".

¿Qué significa que una democra-cia no niegue a Dios sino que lo afirme? Significará lo que en Es-paña, que el Estado apoye a la Iglesia incondicionalmente y le permita establecer una dictadura espiritual que someta toda acción li-bre de las conciencias? Yo sé que esto no es lo que Mons. Franceschi quiere. Pero en la mayor parte de los casos, los católicos lo han en-tendido así.

Además, ¿qué es lo que impide a la "masa amorfa" transformarse en pueblo? ¿Qué es lo que no de-ja que los "cuadros naturales" se manifiesten en las estructuras de-mocráticas? Nada de esto se pre-gunta Mons. Franceschi. Y es lo que habría que preguntarse. Deter-minar la acción política sin respon-der a esto, es condenarse a caer en el liberalismo católico.

El libro denota a veces completa falta de sentido histórico y de apre-ciación política: se equiparan Hi-mler y Lenin (sic, pág. 28); se re-laciona confusamente con el impul-so democrático del siglo XIX, la presión progresiva de la clase tra-bajadora en demanda del reconoci-miento de sus derechos. Mons. Franceschi parece por momentos

olvidar la relación existente entre la expansión de la burguesía europea y la mentalidad democrática liberal.

El comentario recuerda en fin, una cita de Gilson, que dice que los católicos "nunca resolverán un problema religioso mediante la solución de un problema político (...), identificar el orden espiritual con el temporal (...), es no sólo unir sino confundir dos cosas esencialmente distintas".

Ya sabemos la fórmula: es preciso seguir repitiendo nuestros preclaros principios **espirituales**. Porque, a lo que parece, la solución de los problemas políticos se logra solucionando problemas religiosos, nada más. El punto de partida es una falsa contraposición entre lo "espiritual" y lo "material". Tras una distinción de este género, es fácil hacerse de un método sencillo de reflexión: el marxismo es materialista porque sostiene que el hombre se determina económicamente; es preciso repetir sin descanso lo de "las necesidades del espíritu": al proletariado hay que ali-

mentarlo espiritualmente; la revolución se hace "desde dentro".

En fin, que nadie se engañe. La izquierda no se define abstractamente. Tampoco una pseudo-izquierda católica (Cfr., por ejemplo, **Comunidad**). La izquierda es una actitud política que se determina en la acción política y en cada caso. Nuestros pequeños burgueses católicos pueden hasta atreverse a hablar del colonialismo en Asia y el imperialismo en Latinoamérica. De todas maneras, tanto los árabes como los guatemaltecos son cosas un poco lejanas y en cambio sirven para cierta elegante ejercitación mental en el progresismo.

"Entonces —se puede decir, citando a Mascolo (**Les Temps Modernes**, 10 année, N° 112-13, pág. 1694)— la izquierda se identifica con las buenas intenciones, uno es de izquierda porque uno no es un malvado, porque uno se hace cierta idea del hombre, y es demasiado visible que fuerzas reales impiden al hombre realizar este ideal."

Ernesto Verón Thirion

## EL HEROISMO SECRETO DE GHERARDO MARONE (A propósito de **Bajo dos dictaduras**)

El autor destina este folleto a alumnos y amigos. Acaso no deje de tener algún interés para quienes no son ni lo uno ni lo otro. **Bajo dos dictaduras** es, en efecto, un testimonio no carente de significación. Sin duda, como juzga quien se ha encargado de publicarlo, no es un **alarde** (poco muestra de qué pudiera alardearse) ni tampoco una justificación (si pretende serlo no lo consigue). ¿Sus contenidos constituyen, como quiere Gherardo Marone, las etapas de "una resistencia y una angustia que me han acompañado por más de la mitad de mi vida"?

Acaso tampoco, no se ve qué resistencia y qué angustia se reflejan en la comunicación burocrática de que el profesor Marone ha sido nombrado para la cátedra de literatura italiana en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, o en la carta de Francesco Flora en que comunica confidencialmente al agraciado su designación como profesor a cargo del curso de Lengua y Literatura española en Bolonia, que a lo sumo muestra con serena impudicia ciertos poco edificantes entretelones de la vida académica italiana. Si no son exactamente el testimonio

de una resistencia y una angustia, son al parecer, todo cuanto Gherardo Marone ha podido encontrar en su favor en un momento difícil, y se proponen esbozar una suerte de autobiografía burocrático-espiritual del editor del folleto. En suma, se proponen sugerir esto: Gherardo Marone, viejo y probado antifascista, que se ha hecho expedir certificado por la policía napolitana de haber sido alguna vez vigilado por tal motivo, perseguido por la saña del secretario del Partido Nacional Fascista Starace (aquí el documento, que debía hallarse, según Marone, en los archivos de la Asociación Dante Alighieri, falta, debido a la desaparición total de esos archivos dispuesta por una providencia no se sabe si cruel o favorable, pero el concorde testimonio de los funcionarios —¿también ellos antifascistas?— de la Asociación en 1938 suple esa ausencia), llega a Buenos Aires en 1938. Desde entonces hasta 1946 **Bajo dos dictaduras** prescinde de resumir las nuevas hazañas de su héroe; a partir de la segunda fecha, y bajo su segunda dictadura, Marone se consagra a una implacable campaña antiperonista, a través de sus artículos dominicales en **La Nación**, campaña que se traduce en una serie de homenajes a Croce (que incluyen en el primer artículo, publicado el 3 de marzo de 1946 y redactado antes de la victoria electoral del peronismo, un homenaje al propio Marone y su inquebrantable resistencia democrática). El tono será luego menos enérgico; pero a Marone no le falta la necesaria audacia, y en un artículo sobre **Caravaggio**, pintor turbulento y picaresco, escribe el 10 de junio de 1951, a propósito del clima espiritual de la Contrarreforma, que la libertad es el

aire en que respira y se desarrolla toda cultura. A este rasgo de heroísmo individual debemos agregar una muestra del audaz temple resistente que reinaba entonces en nuestra Facultad. ¿Fue el señor François o el señor Serrano quien, entre una suspensión de alumnos desafectos y un informe a Control de Estado dispuso que la casa se sumara a la cruzada emprendida por el hasta entonces solitario paladín partenopeo? En 1951, en edición de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, aparece un volumen de Marone: **Vittorio Alfieri, poeta de la virtud heroica**, testimonio él mismo de la supervivencia de esa virtud sobrehumana. ¿No se dice acaso allí que para Alfieri “la libertad coincidía con la misma poesía y más aun con la posibilidad de la vida integral, con la moralidad y el carácter? ¿Y —rasgo aun más temerario— no se mencionaba en alguna página el nombre de Ricardo Rojas? Marone no dejó de hacerlo saber al anciano maestro, quien le envió un testimonio de ingenuo y sincero reconocimiento, guardado por su destinatario para tiempos mejores (o acaso peores), en todo caso, para tiempos en que el reconocimiento de Ricardo Rojas pudiese ser útil. Ahora podrá encontrárselo —prueba de la delicadeza y discreción del cultor de la virtud heroica— en la pág. 21 de este folleto. Pero algunas páginas más adelante se encontrarán testimonios menos crípticos del fervor antiperonista de Marone. Tienen un solo defecto: son posteriores a la caída del aborrecido déspota. El 24 de setiembre el diario **Il Mattino** de Nápoles, publica el siguiente telegrama: “Dopo ore angosciose enorme popolazione questa capitale malgrado pioggia torrenziale invade piazze

strade manifestando bandiere fazzoletti grida giubilo commozione fine decennale dittatura. Marone". Y el 26 mediante un telegrama económico a media tarifa destinado a amigos de Roma, Delia y Gherardo Marone celebran la "recuperata libertà questo generoso paese". Así termina con felicidad esta generosa lucha que ha abarcado un tercio de siglo de la vida de Gherardo Marone.

El ideal ético que propone Marone a sus lectores es en extremo discutible: al parecer el papel del docente frente a la tiranía consiste en conceder la adhesión exterior (de la cual quedan en el caso de Marone testimonios que creyó acaso demasiado prolijo introducir en este folleto), en tanto que, mediante alusiones sabiamente cautelosas, da a entender a los iniciados que esa adhesión es tan sólo hija de la prudencia, y que el culto de los valores hijos de la libertad es mantenido por el hombre interior. No se sabe por qué esta grotesca imagen del amor a la libertad que reniega cotidianamente de sí mismo, debía en opinión de algunos, permitir a las nuevas generaciones, que de otro modo quedarían del todo apartadas de la vieja tradición de cultura libre, crecer en el respeto por esos valores oprimidos.

Pero todo esto está algo fuera de la cuestión. En efecto, Marone sólo puede aspirar fraudulentamente al título de héroe de la resistencia pasiva, acuñado por uno de sus colegas de la triste Universidad del decenio. Esta autobiografía en documentos, a ratos curiosamente escueta, lo da ya a entender. Faltan en ella muchas cosas, desde el espectáculo de Marone, en las calles de Buenos Aires, y con el emblema fas-

cista en la solapa, y saludando, como se decía entonces, romaneamente; de Marone publicando en el **Mattino d'Italia**, pero sin compartir la ideología política del diario (esta aclaración la formuló el propio Marone; cuando el diario había sido ya clausurado y la ideología que sostenía estaba proscrita; notemos cómo la límpida trayectoria ideológica de nuestro héroe parece requerir estas periódicas aclaraciones, vinculadas con ciertos cambios políticos). Y faltan también muchos testimonios de estos años confusos en que Marone otorgó, una tras otra, sucesivas muestras de adhesión a un régimen que lo perseguía con crueldad inaudita, hasta alcanzar el intolerable vejamen moral de concederle licencia **sin goce de sueldo** (el subrayado es de la indignada víctima).

Acaso todo quede bajo una luz más justa si lo interpretamos juntamente con el desencantado comentario que Giovanni Ansaldo, director del **Mattino** de Nápoles, agrega al demasiado entusiasta telegrama del "amigo Marone", y que éste ha prescindido de traducir. "En cuanto a las manifestaciones de la multitud, más que conmovernos, nos inspiran un vago sentimiento de piedad"; Ansaldo está demasiado seguro de que se trata de la misma multitud que en los días del triunfo había aclamado al ahora caído dictador. Esta convicción guió toda la carrera de Ansaldo (también él antifascista hasta que pasó a dirigir el diario de propiedad del conde Ciano). Su triste moral enseña una sola cosa: a estar con el vencedor. ¿Esa ética desengañada, fruto de una experiencia larga y amarga, no explica todo lo que las reticencias y las verbosidades de **Bajo dos dictaduras** no alcan-

zan a explicar?

Es esta una conclusión algo problemática. Si se quiere otra menos discutible, será ésta: el señor Marone está dispuesto a seguir siendo profesor de literatura italiana en nuestra Facultad, sin preocuparse de lo que acerca de su ciencia y de su decoro opinen sus alumnos. Y para ello está dispuesto a muchas cosas, desde mostrar su ulcerado corazón y su foja de servicios sabiamente depurada de toda terrena escoria a la curiosidad de alumnos y amigos y otros que no son lo uno ni lo otro, hasta mostrar su despam-

panante persona recientemente condecorada a la admiración de los espectadores de la T. V. ¿Logrará o no logrará Marone enseñar lo que afirma que sabe a alumnos que lo desprecian? En el primer caso podremos deducir una moraleja trivialmente cínica, en el segundo una trivialmente moralizante; mientras tanto, como moraleja más pedestre y del todo provisional, acaso útil sin embargo a los señores Flora, Rojas y varios otros, propondríamos ésta: "no escribas nunca cartas privadas al señor Marone".

H. L.

FEDERACION UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

\*\*\*

CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFIA Y LETRAS

\*\*\*

COMISION DIRECTIVA

(Período 1956 - 1957)

<i>Presidente</i> .....	Ernesto Laclau
<i>Secretaría General</i> .....	Sofía Fisher
<i>Secretaría de Actas</i> .....	Marta Accinelli
<i>Tesorería</i> .....	Mabel Castello
<i>Secretaría de Relaciones Universitarias</i>	Patricio Esteve

DELEGADOS A LA F. U. B. A.

Jorge Lafforgue  
Dolores Soubrié  
Patricio Esteve (suplente)

DELEGADOS AL CONSEJO GENERAL

*Titulares*

Miguel Murmis  
Manuel Corchon  
Rodolfo Pandolfi  
Ernesto Laclau

*Suplentes*

Beatriz Baqueiro  
Marta Accinelli  
Sofía Fisher  
Esther M. Smud

# SUMARIO

LEOPOLDO ZEA: *El mundo Occidental y el liberalismo como filosofía de expansión*, pág. 5; MARIA MOMBRU: *Ultimo acto*, pág. 24; JORGE RAUL LAFFORGUE: *Jirones del quebranto*, pág. 30; ALFREDO LETTIS: *In Promptu*, pág. 32; CESAR MAGRINI: *Et ascendit in caelum*, pág. 33; Prof. GINO GERMANI: *Informe preliminar del Instituto de Sociología sobre las encuestas entre estudiantes universitarios*, pág. 34; RODOLFO MARIO PANDOLFI: *Bolivia, Revolución Nacional*, pág. 47; NOE JITRIK: *Crónicas de viaje de José Ingenieros*, pág. 54; SAN MARTIN Y VIAMONTE: *Ivonne Bordelois: "El Tango; Mito y esencia"*, de Tulio Carella; Marcelo N. Abadi: *"Feriados"*, de Noé Jitrik, pág. 59; PERIFERIA: C. M.: *"Acomodos con el cielo"*, de Beatrix Beck; Sophie Fisher: *"Bonjour Tristesse"* y *"Un certain sourire"*, de Francoise Sagán; Esther M. Smud: *"Caminos de utopía"*, de Martín Buber; *Libros recibidos*, pág. 64; CINE: E. V. T.: *"Antes del diluvio"*, de André Cayatte; E. V. T.: *"Las hijas del mercader de caballos"*, de Egil Holmsen y *el cine sueco*; Esther Smud: *"La calle de la esperanza"*; de Carol Reed; E. M. S.: *"Le balon rouge"*, de Albert Lamorisse; E. V. T.: *Un verano con Mónica*, de Ingmar Bergman, pág. 71; REVISTA DE REVISTAS: C. F. L.: *"Diógenes"*; E. V. T.: *"Voz Universitaria"*; E. V. T.: *"Revista del mar dulce"*, pág. 80; APUNTES: Ernesto Verón Thirión: *Los católicos y la política*; H. L.: *El heroísmo secreto de Gherardo Marone (A propósito de "Bajo dos dictaduras")*, página 85.

\$ 10.- m/arg.